GYÖRGY LUKÁCS

LENIN

(LA COHERENCIA DE SU PENSAMIENTO)

Lenin (La coherencia de su pensamiento)

[1924]

Por György Lukács

[Traducción al español de Jacobo Muñoz]

Prólogo de Néstor Kohan

La filosofía y el fuego
(Lukács ante Lenin)

Índice del volumen

PRÓLOGO

La filosofía y el fuego
(Lukács ante Lenin)

Por Néstor Kohan

Para José Luis Mangieri, compañero y amigo,
quien editó por primera vez en Argentina y América Latina
este libro de Lukács sobre Lenin a través de LA ROSA BLINDADA.
En agradecimiento por todo lo que nos enseñó.

György Lukács [1885-1971] es un filósofo húngaro y un militante comunista. Probablemente, junto con el italiano Antonio Gramsci, Lukács represente a uno de los principales filósofos marxistas de todo el siglo XX a nivel mundial.

La obra escrita de Lukács es enciclopédica y prácticamente inabarcable. La edición de sus *Obras Completas* incluye nada menos que... 24 tomos. De esa inmensa masa de trabajos e investigaciones, no pueden obviarse: *El alma y las formas* [1910], *Historia del desarrollo del drama moderno* [1911], *Teoría de la novela* [1920], *Historia y conciencia de clase* [1923], *Lenin (La coherencia de su pensamiento)* [1924], *Goethe y su época* [1946], *El joven Hegel* [terminado en 1938, publicado en 1948], *Peripecias* [1948], *Thomas Mann* [1948], *Existencialismo o marxismo* [1948], *El realismo ruso en la literatura mundial* [1949], *Realistas alemanes del siglo XIX* [1950], *Balzac y el realismo francés* [1952], *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler* [1953], *La novela histórica* [1955], *Problemas del realismo* [1955], *Franz Kafka o Thomas Mann* [1957], *Significación actual del realismo crítico* [1958], *Sociología de la literatura* [selección, 1961], *Estética* [4 tomos, 1963], *El hombre y la democracia* ([escrito en 1968, publicado póstumamente) y *La ontología del ser social* (3 tomos, [1971-73], publicado póstumamente).

Lukács nace en Budapest en 1885 (allí fallece en 1971). En su juventud pasa varios años en Alemania donde conoce a Simmel, Bloch, Tönnies, Windelband, Rickert y Max Weber. Con este último traba estrecha amistad. De regreso en Budapest, entre 1915 y 1917 Lukács funda el grupo cultural "Círculo de los domingos" donde asisten, entre otros, Arnold Hauser y Karl Mannheim. El comienzo de la primera guerra mundial en 1914 juega un papel importante en su primera radicalización política. En esos tiempos juveniles, Lukács rechaza al capitalismo desde las posiciones de un romanticismo revolucionario (muchas veces místico, mesiánico y trágico) que concibe al mundo burgués no tanto como una sociedad de explotación sino más bien como un modo de vida inauténtico, vulgar, mediocre, ordinario y rutinario. Ese rechazo se funda muchas veces en una ética absoluta asentada en el "deber ser" kantiano, que no acepta ninguna transacción con la realidad. Por

eso, en el pensamiento crítico de la primera juventud de Lukács predomina la revuelta ética anticapitalista por sobre la teoría y la estrategia revolucionaria.

En 1917 Lukács funda la "Escuela libre de las ciencias del espíritu" donde colabora el compositor Béla Bartók. Ese mismo año saluda con entusiasmo la revolución bolchevique que lo radicalizará todavía más. El 2 de diciembre de 1918 ingresa al Partido Comunista, fundado en Budapest solamente doce días antes. Cuando él ingresa al partido, éste contaba con menos de cien miembros.

A continuación comienza a militar en la izquierda del comunismo de la naciente Internacional Comunista. En ese período, Lukács es co-director de la revista *Kommunismus*, órgano de la Internacional Comunista para los países danubianos. Allí se publican, antes de formar parte del libro, varios ensayos de *Historia y conciencia de clase*. Mantiene entonces sus posiciones anticapitalistas y el énfasis culturalista en su interpretación del marxismo, pero va abandonando sus anteriores puntos de vista místicos y espiritualistas.

En 1919 participa en forma activa y militante de la insurrección consejista que proclama la República Soviética de Hungría en aquel país. Llega a ser ministro de Cultura y Educación Popular de esa revolución. Entre otras medidas, establece el Instituto de Investigación para el Fomento del Materialismo Histórico. Una de los ensayos de *Historia y conciencia de clase* surge de la conferencia pronunciada por Lukács en la inauguración de dicho Instituto.

Tras la derrota huye a Viena, donde vivirá desde 1919 hasta 1929. Mientras tanto, el gobierno húngaro del dictador y contralmirante Miklós Horthy lo condena a muerte. En 1921, en el III Congreso de la Internacional Comunista, Lukács conoce personalmente a Lenin quien, discutiendo precisamente con la izquierda de la Internacional, había publicado el año anterior —en julio de 1920— *El Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Según Michael Löwy, a partir de 1920 Lukács se distancia de la corriente izquierdista de la Internacional y adopta las posiciones de un realismo revolucionario (Véase Michael Löwy: *Para uma sociología dos intelectuais revolucionarios*. *A evolução política de Lukács.* São Paulo, Ciencias Humanas, 1979. pp.193). El término de "realismo revolucionario" no significa que en esta etapa de su evolución intelectual Lukács se haya adaptado al orden establecido. Por el contrario, alude al hecho de que el filósofo, manteniendo sus posiciones radicales, supera entonces el rigorismo formal de la ética kantiana (cuya generalidad impide operar sobre la realidad) para adoptar el punto de vista de los revolucionarios bolcheviques encabezados por Lenin y Trotsky.

Entre 1919 y 1923 escribe los ensayos del *Historia y conciencia de clase*, su libro fundamental, máxima expresión filosófica de la revolución bolchevique y una de las grandes obras del siglo XX. En ella sintetiza el mesianismo judío revolucionario, el cuestionamiento de Weber a la burocracia, la crítica hegeliana de Kant (y del iuspositivismo de Kelsen), junto con la crítica de Marx al fetichismo de la economía política y de la sociedad mercantil capitalista.

Según un célebre pasaje de *Historia y conciencia de clase*, toda la concepción marxista de la historia está resumida y sintetizada en la teoría del fetichismo de la mercancía que Marx expone en *El Capital*.

Cuando Lukács escribe *Historia y conciencia de clase*, los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* de Marx (que tanto impactaron en el Che Guevara en los '60) todavía no habían sido publicados. Recién se publican en 1932. Cuando Lukács llega en 1930 a Moscú, participa en el desciframiento del original de Marx y comienza a trabajar en el

Instituto Marx-Engels junto con David Riazanov. Pero una década antes, entre 1919 y 1923, el pensador húngaro no había leído aún esos *Manuscritos de 1844*. No obstante desconocerlos, en *Historia y conciencia de clase* Lukács ya ubica el eje de la teoría marxista en la concepción dialéctica centrada en la unidad sujeto-objeto y en las categorías de alienación, cosificación, reificación y fetichismo.

Lukács ya había utilizado anteriormente estas categorías. Por ejemplo, la primera vez que aparece el concepto de "reificación" en sus escritos es en 1909, en su *Historia de la evolución del drama moderno*. Pero, entre 1919 y 1923, la reificación es ubicada al interior de la lógica misma del capitalismo.

De este modo, en *Historia y conciencia de clase* Lukács generaliza la teoría del fetichismo desde la mercancía —"la célula básica del capitalismo", según la expresión de Marx— a todo el orden social. Articulando en un mismo discurso filosófico la teoría de la cosificación, la crítica de las antinomias del pensamiento burgués (y de la socialdemocracia), en tanto expresión conceptual reificada, y la defensa de la posición revolucionaria del proletariado, Lukács establece una ecuación brillante. Sostiene que el pensamiento racionalista formal (allí incluye desde Kant y el positivismo, hasta Kelsen y Weber) expresa "un pensamiento burgués cosificado". Ese pensamiento burgués que surge de la sociedad capitalista —no depende, pues, de la "bondad" o "maldad" de un empresario particular— se sustenta en un dualismo extremo entre la objetividad y la subjetividad.

Dentro de la objetividad se encontrarían las leyes de la economía y el mercado, mientras que en el plano de la subjetividad se ubicaría la lucha de clases, la conciencia revolucionaria y la ética comunista. Si el marxismo ortodoxo de Karl Kautsky entendía al marxismo como una teoría positivista de las "leyes objetivas", el revisionismo de Edward Bernstein se limitaba a defender al socialismo sólo como una ética. Pero ambos divorcian, separan y escinden el objeto y el sujeto. La base de esa escisión es, según Lukács, el fetichismo y sus derivados: la objetivación, la racionalización formal, la dominación burocrática y la cosificación. El proletariado puede romper y hacer estallar esa cáscara fetichista que envuelve lo social porque es la única clase social que puede impugnar en su totalidad al sistema. No se limita a un reclamo fragmentario.

Aunque los ensayos de ese libro comenzaron a redactarse en 1919, fueron modificados antes de ser publicados en 1922, después de la crítica de Lenin al izquierdismo. Fue en 1922 cuando Lukács redacta el principal de todos los ensayos: "La cosificación y la conciencia del proletariado", pieza maestra del pensamiento dialéctico y del rechazo de todas las formas de positivismo que impregnaron muchas veces al marxismo, castrando su impulso revolucionario en aras de una supuesta "cientificidad" natural.

Historia y conciencia de clase recupera para el corazón del marxismo la dialéctica revolucionaria que la II Internacional había bochornosamente abandonado y olvidado, tanto con la ortodoxia de Kautsky como con el revisionismo de Bernstein, ambos críticos de la revolución rusa de Lenin y Trotsky.

Al año siguiente de la publicación de *Historia y conciencia de clase*, muere Lenin. Inmediatamente Lukács redacta este nuevo libro, más pequeño, que ahora presentamos. Lo hace en una clara continuidad con *Historia y conciencia de clase*. Lo titula *Lenin (La coherencia de su pensamiento)* y lo publica en Viena.

Su tesis central defiende la actualidad de la revolución frente a quienes la pretenden postergar para un inalcanzable, lejano y difuso día de mañana, separando la táctica de la estrategia, dejando a la crítica social sin política, aislando las reivindicaciones puntuales de

todo proyecto de transformación global de la sociedad, divorciando la ciencia de la ética y escindiendo, en definitiva, el objeto del sujeto.

En el lenguaje de nuestros días, lo que aquí Lukács está poniendo en discusión es precisamente la fragmentación del rechazo del capitalismo en múltiples nichos inconexos (mientras se reclama un imposible "capitalismo con rostro humano") y la maniobra de postergar para pasado mañana o vaya uno a saber para cuando la perspectiva socialista de "otro mundo posible".

En estas cortas y afiebradas páginas Lukács, el más brillante, el más erudito, el más refinado de los filósofos marxistas, intenta aferrar entonces el pulso vivo e imperecedero de Lenin. Desde ese ángulo sintetiza al dirigente bolchevique de la siguiente manera: "un pensamiento enteramente vertido a la praxis". De manera sumamente similar al intento de Gramsci presente en los *Cuadernos de la cárcel*, Lukács ubica en *Lenin (La coherencia de su pensamiento)* al revolucionario ruso como un pensador de la filosofía de la praxis.

En un balance maduro sobre aquel ensayo juvenil de 1924, Lukács vuelve sobre sus pisadas y se interroga nuevamente sobre Lenin. Así dice, en enero de 1967, que: "Durante toda su vida Lenin no dejó, pues, de estudiar, siempre y en cualquier lugar, fuera la lógica de Hegel o el juicio de un obrero sobre el pan. El estudio permanente, el dejarse instruir siempre de nuevo por la realidad, es un rasgo esencial de la absoluta prioridad de la praxis en la línea leninista de conducta. Ya esto, pero sobre todo su manera de estudiar, abren un abismo insondable entre él y todos los empiristas y «políticos realistas»". Esa actitud que Lukács encuentra y subraya en Lenin —tan alejada de las modas, de las frivolidades del mercado (de las ideas), del "último grito" promocionado por los monopolios editoriales y sus industrias culturales— es la que nos está haciendo falta en nuestros días. Hoy se vive, se palpa, se respira y se siente una sed de teoría, de teoría política viva, no de *paper* académico ni de best seller mercantil. Por eso vale la pena releer estás páginas de Lukács ante Lenin.

El universo teórico-político en el que se inscriben las tesis del ensayo sobre Lenin gira en torno a los mismos problemas de *Historia y conciencia de clase* y a los mismos puntos de vista radicales, aun cuando el volumen sobre Lenin tiene un talante político más inmediato y directo. Según Michael Löwy: "En estas condiciones, nos parece que *Lenin* de Lukács es, en último análisis, la continuación de *Historia y conciencia de clase*, estando las dos obras fundadas sobre las mismas premisas teóricas fundamentales" (Véase Michael Löwy: *Para uma sociologia dos intelectuais revolucionarios*. *A evolução política de Lukács.* Obra citada. pp. 212 [la traducción de esta cita me pertenece]).

Retomar entonces la herencia radical de Lenin constituye, según la conclusión con la que Lukács cierra este libro, "la tarea más noble para todo aquel que verdaderamente asuma el método dialéctico como arma de la lucha de clases". Creemos no exagerar al caracterizar esa conclusión como pertinente, útil y sumamente productiva para el mundo teórico y político contemporáneo. Por eso lo publicamos cuando se cumplen 80 años de la muerte de Lenin. No se trata de trasladar mecánicamente las conclusiones de Lenin al mundo actual, haciendo violenta abstracción de las transformaciones históricas que han ocurrido desde que él murió hasta nuestros días. Pero sí se trata de retomar sus preguntas, sus indagaciones, sus interrogantes, sus inquietudes y sobre todo, como subraya Lukács, su manera de estudiar la sociedad. Esa manera que ha sido abandonada o sencillamente desechada —sin mayores trámites ni beneficio de inventario— por los partidarios del posmodernismo y del posestructuralismo contemporáneo.

Cabe aclarar que, aunque su autor mantenía una admiración total por Lenin, líder

indiscutido de los bolcheviques, la recepción de *Historia y conciencia de clase* no fue de ningún modo bienvenida en la URSS. Cuando recién vio la luz, esta obra fue "condenada" inmediatamente por la ortodoxia cientificista de un marxismo que se parecía demasiado al positivismo.

Este rechazo provino tanto de la Segunda Internacional —y su principal teórico: Karl Kautsky— como en la voz oficial de la Tercera Internacional —cuya presidencia estaba por entonces a cargo de Zinoviev—. Ambos condenaron, casi al mismo tiempo, *Historia y conciencia de clase* en 1924. Lo mismo hizo Nicolás Bujarin. A su vez, el diario oficial soviético *Pravda* aprovechó la ocasión y condenó de un solo plumazo a Lukács, Korsch, Fogarasi y Revai (esta condena se publicó en el *Pravda* el 25 de julio de 1924).

Mientras tanto, el filósofo soviético Abraham Deborin (antiguo menchevique y discípulo de Plejanov), rechazando *Historia y conciencia de clase*, escribió un artículo cuyo título lo dice todo: "Lukács y su crítica del marxismo". Lo publicó en 1924 en la revista soviética *Pod Znamenen Marxisma* [Bajo la bandera del marxismo]. Allí defendía la tesis plejanoviana de que el marxismo desciende del materialismo naturalista, sumamente criticado por Lukács. A estas impugnaciones se sumó también la de un joven intelectual comunista húngaro llamado László Rudas, defensor de la dialéctica de la naturaleza y de una concepción objetivista extrema del marxismo.

Resulta por demás sugestivo observar que en muchas de las impugnaciones, rechazos y airadas condenas que la ortodoxia realizó contra Lukács en este período encontramos exactamente los mismos motivos ideológicos y los mismos lugares comunes que esa misma ortodoxia utilizó en América Latina para enfrentar y condenar al marxismo revolucionario del Che Guevara y de sus partidarios. En ambos casos se los acusa de "subjetivismo", "romanticismo", "voluntarismo" y, por supuesto, de "no respetar las condiciones objetivas ni las leyes científicas"... Aunque las circunstancias históricas eran distintas (revolución rusa en la década del '20, revolución cubana en los '60) las condenas y los exorcismos de ambas herejías eran prácticamente las mismas. Parecían calcadas unas sobre otras.

Durante muchísimos décadas se pensó que Lukács había aceptado mansamente esas impugnaciones ya que, al poco tiempo, en 1926, el gran filósofo húngaro acerca sus posiciones a los puntos de vista que por entonces, burocratización mediante, tras la muerte de Lenin, se van convirtiendo en oficiales en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Pero recientemente, hace menos de una década, se ha descubierto que el pensador húngaro sí respondió los ataques ortodoxos. En 1925, después de publicar su *Lenin*, Lukács redactó *Chvostismus und Dialektic*. En Francia se lo tradujo en el año 2001 con el título: *Dialectique et spontanéité. Em défense de Histoire et conscience de classe* [*Dialéctica y espontaneidad. En defensa de «Historia y conciencia de clase»*]. París, Les Éditions de la Pasión, 2001. Prefacio de Nicolás Tertulian.

Michael Löwy ha cuestionado la fidelidad de esa traducción francesa del título original (Véase Michael Löwy: "Un marxismo de la subjetividad revolucionaria. *Dialéctica y espontaneidad* de Lukács". Mimeo).

Este manuscrito se descubrió en los antiguos archivos del Instituto Lenin de Moscú y fue publicado por primera vez en Budapest en 1996 (todavía no ha sido traducido al castellano).

Fiel a su convencimiento militante de que la disputa había que darla al interior del comunismo, ese ensayo de anti-crítica no lo envió a Occidente, donde lo hubieran acogido con los brazos abiertos (no por simpatía, obviamente, sino para utilizarlo contra el

comunismo de la URSS). Lo presentó a dos revistas soviéticas. *Westnik der kommunistischen Akademie* se llamaba una, y *Pod Znamenen Marxisma* [Bajo la bandera del marxismo], la otra. En esta última había sido publicada la crítica contra Lukács de Deborin. La respuesta de Lukács, obviamente, nunca se publicó... Lenin había muerto y los debates al interior de la URSS comenzaron a resolverse administrativa y burocráticamente. Lo interesante es que si bien Lukács responde a las críticas soviéticas contra su principal libro, nunca se toma el trabajo de responderle a la socialdemocracia.

En el mismo año —durante 1925— en que elabora esta defensa de *Historia y conciencia de clase*, Lukács escribe una crítica concisa y pequeña, pero demoledora, del volumen *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista* [1921] de Nicolas Bujarin. En ese momento, Bujarin era otra de las voces cantantes de la ortodoxia soviética. No casualmente será este mismo Bujarin quien, presidiendo en 1928 el VI Congreso de la Internacional Comunista, declarará al materialismo dialéctico (DIAMAT) "filosofía oficial" de la Internacional. Lukács escribe entonces el ensayo "Tecnología y relaciones sociales" donde demuestra, analizando la caída del Imperio romano, que las tesis ortodoxas no sólo son teóricamente erróneas sino que además son inútiles para explicar la historia. Allí acusa a Bujarin de caer en "un materialismo burgués" y en un "burdo naturalismo". Como se sabe, Antonio Gramsci llegará a las mismas conclusiones que Lukács (sin haber leído su crítica) cuando arremete contra Bujarin en sus *Cuadernos de la cárcel*.

Pero en 1926 la ola revolucionaria expansiva, nacida en 1917, había comenzado a decaer. Descendía el impulso revolucionario tras muchas derrotas proletarias (Alemania, Italia, Hungría). Ese año Lukács escribe un ensayo que marca su viraje político: "Moses Hess y los problemas de la dialéctica idealista". Dejando atrás el radicalismo político de *Historia y conciencia de clase* y de su *Lenin*, allí celebra la "reconciliación" hegeliana con la realidad como señal de realismo... Es el paso filosófico para aceptar una reconciliación de él mismo con esa Unión Soviética que comenzaba a burocratizarse de la mano de Stalin, con el telón de fondo de un fuego revolucionario que se iba lenta y trágicamente apagando.

En 1928, Lukács redacta las tesis del II Congreso del PC húngaro a realizarse en 1929, conocidas como "Tesis de Blum" (Lukács firma con seudónimo porque estaba en la clandestinidad). En ellas se opone al sectarismo extremo que primaba en el denominado "Tercer Período" de la Internacional Comunista (cuyo lema era "clase contra clase", identificando como enemigo principal —justo cuando en Alemania los nazis avanzaban hacia el poder— a la izquierda de la socialdemocracia). En 1929 Lukács pasa tres meses en Hungría (dirigiendo en forma clandestina el trabajo partidario).

Sus "Tesis" son derrotadas y se lo amenaza con la expulsión del partido. El ejecutivo de la Internacional Comunista —ya completamente stalinizada— envía una "Carta abierta" al PC húngaro donde reclama "concentrar el fuego contra las tesis antileninistas del camarada Lukács". Lukács es obligado a publicar una declaración autocrítica... Él acepta. A partir de esa aceptación, abandona la política directa para refugiarse durante casi treinta años en el mundo de la cultura y la filosofía.

A pesar de esa marcha atrás y de ese acercamiento al stalinismo —y su aceptación de la doctrina del "socialismo en un solo país"—, Lukács mantiene una tensión conflictiva con esta corriente. Ese cortocircuito atraviesa y recorre la mayor parte de su vida intelectual madura. Tal es así que, aunque Lukács vive exiliado en la Unión Soviética durante el nazismo (los alemanes asesinan en 1944 a su hermano mayor János), los jerarcas oficiales soviéticos lo hostigan en reiteradas ocasiones. Y eso que él ya había aceptado la "división

de tareas" que por esa época el stalinismo imponía en todo el mundo a los intelectuales miembros de los partidos comunistas (ellos se ocupaban de la cultura, pero... la política práctica la manejaban los cuadros de Stalin).

En la URSS, entre sus adversarios se encontraba, por ejemplo, Alexander Alexandrovich Fadeyev [1901-1956]. Pope de la doctrina oficial soviética en asuntos de literatura e impulsor de la revista oficial *Gaceta Literaria* de Moscú, donde se atacaba públicamente a Lukács. Junto a él, otro de sus adversarios era Yermilov. Ambos defensores de la línea del Proletcult.

Pero el recelo de los intelectuales stalinistas oficiales hacia este antiguo izquierdista, no queda reducido allí. Se lo obliga a formular varias "autocríticas" (la primera es la ya mencionada de 1929. Habrá otras...) y se lo encarcela en dos oportunidades.

Cuando llega a Moscú, Lukács trabaja entre 1929 y 1931 en el ya mencionado Instituto Marx-Engels-Lenin dirigido por Riazanov. Allí no sólo puede consultar los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* sino que también toma conocimiento de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, publicados después de la muerte del dirigente bolchevique, entre 1929 y 1930, cinco años después de que Lukács redactara su *Lenin*. La lectura de los apuntes manuscritos de Lenin sobre la *Ciencia de la Lógica* contribuirá al cambio de perspectiva de Lukács sobre Hegel que se expresará en *El joven Hegel*.

Luego de un breve período en Alemania —que se extiende desde 1931 a 1933— Lukács regresa a Moscú. Allí forma parte del consejo de la revista *Literaturny Kritik* [Crítica Literaria] junto a su gran amigo Mijail Lifshitz, autor del excelente estudio *La filosofía del arte en Karl Marx*.

Aunque la publicación de Lukács y Lifshitz contaba inicialmente con la "protección" del filósofo oficial Pavel Iudin, en 1940 es cerrada. En ese tiempo —entre 1939 y 1940— Lukács publica el ensayo titulado "Tribuna del pueblo o Burócrata". Ese ensayo, según su brillante discípulo István Mészáros: "es la crítica más aguda y penetrante de la burocratización publicada en Rusia durante el período de Stalin" (Véase István Mészáros: *El pensamiento y la obra de G.Lukács*. Barcelona, Fontamara, 1981. pp. 123).

Al año siguiente, en 1941, Lukács es detenido en la URSS a partir de la denuncia de un agente húngaro. Sus interrogadores soviéticos intentan, sin éxito, extraerle una declaración según la cual habría sido desde principios de los años veinte "un agente trotskista". Permanece prisionero poco tiempo, entre el 29 de junio de 1941 y el 26 de agosto de ese mismo año.

Según Vittorio Strada —director del Instituto Italiano de Cultura en Moscú durante los 90—, a fines de 1999 habría aparecido en la capital rusa un volumen titulado *Conversaciones en la Lubjanka*, donde se publican por primera vez los materiales de aquella investigación policial a la que fuera sometido Lukács en 1941 (El título original de ese volumen es *Besedi na Lubjanke*). Entre los "errores cometidos", por los cuales le pregunta el interrogador de la policía soviética, Lukács habría respondido lo siguiente: "*Historia y conciencia de clase* contiene la síntesis filosófica de mis ideas ultraizquierdistas de ese período. La base de esta filosofía es una sobrevaloración de los factores subjetivos y la desvalorización de los factores objetivos. He sobrevalorado el papel histórico de la sociedad y desvalorizado el papel histórico de la naturaleza. He polemizado contra Engels en la cuestión de la dialéctica de la naturaleza [...] Todo esto demostraba que, en el campo de la filosofía, yo era un idealista" (véase Vittorio Strada —*Corriere della Sera*, Milán, 2 de febrero de 2000—, traducido y publicado en Argentina por *La Nación* el 27 de febrero de 2000. pp. 3. Nosotros no hemos tenido acceso a esas *Conversaciones*. Según Strada, se

publicaron apenas 300 ejemplares en ruso. No tenemos noticias de que se hayan traducido a algún idioma occidental. Debe tomarse la información de este artículo con absoluta cautela, dado el profundo desprecio por Lukács que destilan tanto el académico italiano que dice haber tenido acceso al ejemplar, el *Corriere della Sera* donde publicó su nota original, como el diario conservador argentino que la tradujo. Nicolas Tertulian, en su prefacio a *Dialéctica y espontaneidad* editado en Francia, también hace referencia a este libro publicado en Moscú).

Entre 1944 y 1945, tras la derrota de los nazis, Lukács tiene la posibilidad de instalarse en Alemania o en Hungría. Elige su país. Ejerce allí una actividad cultural y militante frenética, hasta que vuelve a buscarse "problemas" con la burocracia. Luego de la publicación de numerosos ensayos entre 1946 y 1949, nuevamente debe soportar el fuego cruzado de los ideólogos oficiales. El primer ataque lo abre László Rudas. A ese ataque le siguen muchos otros en la prensa de Hungría. Lo acusan de "revisionismo", de "servidor del imperialismo" y otros disparates del mismo calibre. Márton Horvath, miembro del buró político en el campo cultural, se pliega a los ataques. El conflicto se vuelve intenso y agudo cuando su viejo adversario Fadeyev publica desde la URSS un ataque virulento en el periódico *Pravda*. Empieza a circular la amenaza de una nueva detención policial del filósofo.

Entonces, Lukács vuelve a "autocriticarse"...

József Revai, ideólogo del PC húngaro, jefe de redacción del órgano del partido comunista *Szabad Nép* y ministro de cultura entre 1949 y 1953, declara que esa autocrítica era demasiado "formal" y sigue atacando a Lukács. Pero éste ve el gesto de Revai como algo positivo pues de algún modo impide la detención que se preveía a partir del momento en que los soviéticos de *Pravda* tomaron cartas en el asunto contra Lukács.

A los pocos años, tras la muerte de Stalin [1953], cambia la relación de fuerzas. Lukács se convierte entonces en miembro del comité central ampliado del PC húngaro y, lo que es más importante, en ministro del gobierno de Imre Nagy, abortado por la invasión soviética de ese año. Una invasión realizada en tiempos del supuestamente "abierto" Nikita Kruschev... Con los tanques soviéticos en Hungría, Lukács es capturado y deportado a Rumania junto con Nagy (a este último lo ejecutan allí en 1958).

Vuelve desde Rumania a su casa el 10 de abril de 1957. Entonces el departamento de Lukács en la Universidad es clausurado y a él se le prohíbe mantener cualquier contacto con los estudiantes. Los ataques continúan durante varios años, en Hungría, Alemania, Rusia y en otros países del Este europeo. Por ejemplo, en 1960, la editorial Aufbau Verlag de Berlín publica un largo volumen de 340 páginas titulado: *Georg Lukács y el revisionismo*.

¿Por qué Lukács, tantas veces víctima del stalinismo, no rompe definitivamente con esta corriente? ¿Por qué aceptó hacer esas humillantes "autocríticas"?

Las razones son múltiples y las interpretaciones posibles también. Por ejemplo, en la editorial con que la revista *Pensamiento Crítico* presenta por primera vez al público cubano capítulos de *Marxismo y filosofía* de Karl Korsch y de *Historia y conciencia de clase* de Lukács se plantea lo siguiente: "Alabadas y atacadas durante casi medio siglo [referencia a ambas obras], han permanecido casi desconocidas para la mayoría de los marxistas [...] Ese destino ensombreció la posibilidad de enjuiciar uno de los movimientos teóricos más interesantes que se produjeron en una etapa crucial del movimiento revolucionario de este siglo [...] También afectó a los autores: uno [Korsch] abandonó el movimiento revolucionario, y **el otro** [Lukács] **claudicó en sucesivas autocríticas que no**

ayudaron nada al desarrollo del sentido de los deberes del intelectual comunista en la dictadura del proletariado" (véase *Pensamiento Crítico* N°41, La Habana, junio de 1970, Editorial. p.7 [el subrayado me pertenece]).

Es cierto. Lukács "claudicó". Aceptó dar marcha atrás y terminó rechazando su propia obra. Pero ¿por qué?. Esa es la cuestión. No fue por oportunismo. Podría quizás pensarse que prefirió ser un "hereje" desde dentro y no desde fuera del comunismo de aquellos años. Podría haberse ido a vivir a EEUU (como Agnes Heller y algunos otros de sus discípulos húngaros... hoy tristemente liberales y posmodernos), donde lo hubieran recibido con bombos y platillos. Él mismo reconoció años después: "Hubiera tenido repetidas veces la posibilidad de cambiar de residencia, pero siempre rechacé tal cambio de lugar" (Véase G.Lukács: "Más allá de Stalin" [1969]. En G.Lukács: *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía inéditos en castellano*. Buenos Aires, Herramienta, 2003. pp.130).

Sin embargo, eligió quedarse. Primero en la URSS, sufriendo incluso la cárcel, la no publicación de algunos de sus libros y hasta la incautación de papeles manuscritos a manos de la policía (por ejemplo, una biografía que había escrito sobre el autor del *Fausto* y que probablemente llevaba por título *Goethe y la dialéctica*, de la que sólo se conservó un fragmento, publicado luego en italiano). Después en Hungría, donde también es apresado, insultado y expulsado de la Universidad. Fue una elección política militante, sumamente incómoda, angustiosa y lacerante, que sacrificaba su propio interés intelectual, llegando al límite de la humillación y el autoflagelo, en función de algo que él consideraba mayor: "la reforma radical del socialismo", según sus propias palabras.

Haciendo un balance maduro de aquella decisión, en "Más allá de Stalin" Lukács caracteriza su militancia intelectual como "una lucha en dos frentes: contra el americanismo y el stalinismo".

Pero la comprensión crítica de este último no fue rápida ni espontánea. Él reconoce sin medias tintas ni eufemismos que en un comienzo: "En las disputas partidarias inmediatamente posteriores a la muerte de Lenin, me encontré del lado de Stalin en algunas cuestiones esenciales, aunque todavía no me hubiera presentado con esta posición en forma pública. El problema principal consistía en el «socialismo en un solo país». Concretamente, cedió la ola revolucionaria que se había desatado en 1917". (véase G.Lukács: "Más allá de Stalin".Obra Citada. pp.125). Más adelante, en el mismo balance retrospectivo donde recorre diversos encontronazos suyos con la cultura oficial del stalinismo, el pensador húngaro afirma con notable honestidad: "Ni siquiera los grandes procesos [Lukács se refiere a los denominados «juicios de Moscú», donde fue liquidada toda la vieja guardia bolchevique. Nota de N.K.] pudieron alterar hondamente esa posición. El observador actual puede designar esto como ceguera. Olvida, al hacerlo, algunos importantes factores que para mí eran decisivos, al menos en aquel tiempo. [...] Recién cuando la acción de Stalin se expandió a amplias masas con el lema «el Trotskismo debe ser extirpado, junto con todas sus raíces», se fortaleció la crítica interna, intelectual y moral. Sin embargo, esta **quedó condenada al silencio frente a la esfera pública**, a causa de la necesaria prioridad de la lucha contra Hitler" [el subrayado me pertenece].

Desde nuestro punto de vista, Lukács no fue un oportunista. Fue un comunista convencido que sufrió trágicamente, en carne propia, el estrangulamiento y la burocratización de la maravillosa revolución socialista de 1917 y del impulso de ofensiva que ella inyectó a la rebelión anticapitalista mundial en aquellos tiempos.

Intentando explicar y explicarse, décadas después, ya al borde la muerte, las razones de su comportamiento político durante aquellos años, afirma: "Desde mi punto de vista, aun el peor socialismo es preferible antes que el mejor capitalismo. Estoy profundamente convencido de esto, y viví esos tiempos con esta convicción" (Véase G.Lukács: "Entrevista: En casa con György Lukács" [1968]. En G.Lukács: *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía inéditos en castellano*. Obra Citada. pp.121).

Esa toma de posición, que de algún modo cedía su radicalismo juvenil —lo más interesante y actual de toda su obra— en aras del reconocimiento de "la racionalidad de la realidad histórica", incluso al punto de llegar al sacrificio personal cuando padeció diversos procesos de "caza de brujas", también se proyectó en su producción teórica. Especialmente, en la interpretación y reinterpretación de su admirada dialéctica de Hegel y, en particular, en *El joven Hegel*, libro leído y estudiado por el Che Guevara en Bolivia, dicho sea de paso.

A pesar del clasicismo, del "realismo político" y de la mesura con que el Lukács maduro, crítico de su propia producción juvenil, abordó la teoría del marxismo (tanto en filosofía, con *La ontología del ser social*, como en los gruesos volúmenes de su *Estética* y en muchos otros de sus trabajos), durante su vejez su principal obra inspiró a muchos jóvenes de la nueva izquierda del '68. Entre ellos, por ejemplo en Alemania occidental (la RFA), muchos militantes, en medio de las rebeliones estudiantiles y en pleno apogeo de la izquierda extraparlamentaria radical, se pasaban de mano en mano ediciones "piratas" [ilegales o artesanales] de... *Historia y conciencia de clase.*

Todo lo apuntado previamente podría quizás ser materia de análisis, debate y estudio para los historiadores del socialismo. Lukács, en ese caso, quedaría encerrado en un museo, el museo de las ideas. Pero no tendría nada que decirnos hoy en día a las nuevas generaciones. No es precisamente su caso.

Cinco décadas después de que Maurice Merleau-Ponty reinstalara en el seno de la intelectualidad occidental su formidable e inigualada *Historia y conciencia de clase*, el interés por la obra y el pensamiento de György Lukács parece resurgir de las cenizas y volver al centro del debate.

Pensadores tan diversos como Fredric Jameson, en Estados Unidos, Michael Löwy y Nicolas Tertulian, en Francia, Itsván Mészáros, en Inglaterra, Carlos Nelson Coutinho, Leandro Konder y Ricardo Antunes, en Brasil, y muchos otros intelectuales críticos encuentran inspiración en la obra de Lukács para continuar batallando contra la globalización capitalista contemporánea y sus perversas lógicas socio-culturales. Incluso John Holloway, cuyas tesis sobre el poder resultan tan discutibles y endebles desde nuestro punto de vista, se ha inspirado en el pensamiento de Lukács en no pocos pasajes de su libro más difundido.

Volver a discutir este texto injustamente "olvidado" de Lukács constituye un enorme desafío. Se trata de retomar lo mejor que produjo en el campo del pensamiento teórico la revolución bolchevique en la pluma de uno de los principales filósofos del siglo XX. Pero el desafío no se detiene allí ya que no se trata de cualquier obra. Lo que aquí está en discusión es nada menos que Lenin, el más vilipendiado, el más insultado, el más rechazado de los políticos revolucionarios radicales del siglo XX. Pues bien. Sin hagiografías, sin panteones intocables, sin santos ni momias embalsamadas, y por supuesto a contramano de cualquier moda que nos quieran imponer, de lo que se trata es de volver a leer, estudiar colectivamente y discutir a Lenin. Nada mejor entonces que comenzar con esta sugerente y provocativa introducción de Lukács.

Diciembre de 2004

PRÓLOGO

Por György Lukács

Las breves observaciones que a continuación expongo jamás se han propuesto constituir un estudio exhaustivo de la teoría y de la praxis de Lenin. Su objeto no es otro que mostrar -a grandes trazos- la conexión existente entre ambas, partiendo de la idea básica de que, en realidad, dicha conexión no está presente de manera suficientemente clara ni siquiera en la conciencia de buen número de comunistas.

Un estudio a fondo de todos estos problemas haría, por una parte, necesario un espacio muy superior al de estas pocas páginas y, por otra, en la medida en que pretendiera exponer la obra completa de Lenin exigiría una serie de documentos que en modo alguno resultan hoy disponibles, sobre todo a quien no tiene acceso directo a la bibliografía rusa y se ha de contentar con traducciones. La historia de Lenin debe ser situada en el contexto histórico, por lo menos, de los últimos 30 o 40 años. Esperemos que la correcta exposición del mismo no se retrase demasiado.

El autor de estas observaciones -de naturaleza meramente alusiva- es de todo punto consciente de la enorme dificultad que conlleva el estudio de unos problemas particulares cuando el todo al que pertenecen aún no ha sido dilucidado, así como la vulgarización de algo que antes de ser vulgarizado debería haber sido tratado de manera científicamente rigurosa.

De ahí que no hayamos pretendido en absoluto ocupamos de la totalidad de los problemas que llenaron la vida de Lenin, ni hayamos tampoco observado la exacta sucesión histórica de su aparición.

En la elección de problemas, en el estudio y orden de presentación de los mismos, nos hemos guiado exclusivamente por el propósito de presentarlos, de la manera más clara posible, en toda su coherencia. Las citas han sido asimismo elegidas, como es obvio, desde esta perspectiva y no en exclusiva atención a la exactitud cronológica.

Viena, febrero de 1924

Capítulo 1

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN

El materialismo histórico es la teoría de la revolución proletaria. Y lo es porque su esencia es la síntesis conceptual de ese ser social al que se debe la producción del proletariado y que determina el ser entero del mismo; lo es porque el proletariado que lucha por su liberación encuentra en él su más clara autoconciencia.

La grandeza de un pensador proletario, de un representante del materialismo histórico, se mide, en consecuencia, por la amplitud y profundidad de su penetración en estos problemas. Se mide, así mismo, por la intensidad con que es capaz de percibir adecuadamente, más allá de los fenómenos de la sociedad burguesa, esas tendencias de la revolución proletaria que en ellos y por medio de ellos van elaborándose hasta adquirir un ser eficaz y una clara conciencia. De acuerdo con este criterio, Lenin es, sin duda, el pensador más grande que, desde Marx, ha producido el movimiento obrero revolucionario.

Los oportunistas, ya que no pueden ocultar o simplemente trivializar su importancia ante el mundo, tienen a bien decir que Lenin ha sido un gran político ruso, pero que para llegar a líder del proletariado mundial le ha faltado el necesario conocimiento de la diferencia existente entre Rusia y los países capitalistas avanzado; que ha hecho extensibles de manera nada crítica -y ésta habría de ser su gran limitación desde una perspectiva histórica- los problemas y soluciones de la realidad rusa a la generalidad, intentando su aplicación al mundo entero.

Olvidan -y es algo que hoy se olvida con razón- que este mismo reproche le fue hecho a Marx en su tiempo. Se decía que Marx había convertido, de manera nada crítica, sus observaciones en torno a la vida económica inglesa y a las fábricas inglesas en leyes generales de la evolución social; las observaciones podían ser, en cuanto a tales, de lo más justas, sin embargo, como leyes generales, no podían menos de resultar necesariamente falsas.

Actualmente no es ya en modo alguno necesario refutar detenidamente este error, ni ponerse a evidenciar que Marx, en realidad, jamás "generalizó" experiencias aisladas, limitadas en el tiempo y en el espacio. Marx vislumbró, por el contrario, tanto histórica como teóricamente -y de acuerdo con el método de trabajo de los auténticos genios históricos y políticos- en el macrocosmos de la fábrica inglesa, en sus supuestos básicos, condiciones y consecuencias de orden social, en

las tendencias históricas conducentes a su surgimiento y en las que hacían problemática su existencia el macrocosmos del capitalismo en la totalidad de sus dimensiones.

Porque esto es, precisamente, lo que distingue al genio del simple rutinario en la ciencia o en la política. A este último sólo le es dado comprender y distinguir los momentos del proceso social en sus datos inmediatos, aislados unos de otros. Y si pretende remontarse a conclusiones generales no hace, en definitiva, sino interpretar -de manera totalmente abstracta- ciertos aspectos de un fenómeno limitado en el espacio y en el tiempo como "leyes generales", aplicándolas como tales.

El genio, por el contrario, que penetra en la verdadera esencia de una época, en su verdadera tendencia primordial, viva y efectiva, percibe más allá del conjunto de los acontecimientos de su tiempo la vigencia, precisamente, de esta misma tendencia, de tal modo que aun cuando su intención no sea otra que hablar de los problemas del día tan sólo, está en realidad ocupándose de los problemas decisivos.

Hoy sabemos que la grandeza de Marx estriba, precisamente, en esto. A partir de la estructura de la fábrica inglesa captó e interpretó todas las tendencias decisivas del capitalismo moderno. Tuvo siempre ante los ojos la totalidad del desarrollo capitalista. He ahí por qué pudo vislumbrar a un tiempo en todos y cada uno de sus fenómenos la totalidad del proceso, y en su estructura, el movimiento del mismo.

Pero pocos son hoy los que saben que Lenin ha conseguido respecto de nuestro tiempo lo mismo que Marx llegó a conseguir respecto de la evolución general del capitalismo. En los problemas de la evolución de la Rusia moderna -desde los problemas del surgimiento del capitalismo en el marco de un absolutismo semifeudal, hasta los de la realización del socialismo en un país rural atrasado- ha vislumbrado Lenin en todo momento los problemas de la época entera: la entrada en la última fase del capitalismo y las posibilidades de orientar la lucha decisiva, convertida ya en inevitable entre burguesía y proletariado a favor de éste, para la salvación de la humanidad.

Lenin jamás generalizó -de igual modo a como tampoco lo hizo Marx- experiencias locales privativas de Rusia, limitadas en el tiempo o en el espacio. Con la mirada del genio supo percibir, por el contrario, en el lugar y en el momento de sus primeros efectos, el problema fundamental de nuestra época: la inminencia de la revolución. Y todos los fenómenos, tanto rusos como internacionales, los comprendió e hizo inteligibles a partir de esta perspectiva, la perspectiva de la actualidad de la revolución.

La actualidad de la revolución: he ahí el pensamiento fundamental de Lenin y el punto, al mismo tiempo, que de manera decisiva le vincula a Marx. Porque el materialismo histórico, en tanto que expresión conceptual de la lucha del proletariado por su liberación, no podía ser captado y formulado teóricamente sino en el momento histórico en que por su actualidad práctica había accedido al primer plano de la historia. En un momento en el que, por citar las palabras mismas de Marx, en la miseria del proletariado no se muestra únicamente la miseria en cuanto a tal, sino su aspecto revolucionario "llamado a derrocar la vieja sociedad".

Por supuesto que también entonces era necesaria la mirada imperturbable del genio para vislumbrar la actualidad de la revolución proletaria. Porque al hombre medio la revolución proletaria sólo le resulta visible cuando las masas obreras se encuentran ya luchando en las barricadas. Y si este hombre medio ha recibido una formación marxista vulgar, ni siquiera entonces. Porque a los ojos del marxista vulgar los fundamentos de la sociedad burguesa son tan inamovibles, que aun en los momentos de su conmoción más evidente no desea otra cosa que el regreso de la situación "normal" no viendo en sus crisis sino episodios pasajeros y considerando la lucha, incluso en tales períodos, como la nada razonable rebelión de unos cuantos irresponsables contra el, a pesar de todo, invencible capitalismo.

Los que luchan en las barricadas le parecen, pues, extraviados; la revolución aplastada un "error" y los constructores del socialismo en una revolución victoriosa -aunque a los ojos de los oportunistas sólo pueda forzosamente serlo de manera efímera- incluso, criminales.

En el materialismo histórico figura, pues, como condición previa -ya en la teoría- la actualidad histórico-universal de la revolución proletaria. En este sentido, como fundamento objetivo de toda la época y como clave para su entendimiento, constituye el núcleo de la doctrina marxista. Sin embargo, a pesar de la restricción, impuesta por el tajante repudio de todas las ilusiones no fundadas y la condenación severa de todas las tentativas de putsch, la interpretación oportunista se aferra, atendiendo especialmente a los detalles, a los llamados errores de las previsiones de Marx, con el fin de extirpar de manera total y radical la revolución, por medio de este rodeo, del edificio general del marxismo. Y en esto los defensores "ortodoxos" de Marx se encuentran a medio camino con sus "críticos". Kautsky replica a Bernstein que la decisión acerca de la dictadura del proletariado es asunto que hay que abandonar al futuro (a un futuro muy lejano, por supuesto).

Lenin ha restaurado en este punto la pureza de la teoría marxista. Y la ha captado, precisamente en lo que a esto concierne, de manera más clara y concreta. No es que haya intentado corregir de un modo u otro a Marx. Se ha limitado a introducir en la teoría -a raíz de la muerte de Marx- la marcha viva del proceso histórico. Lo cual significa que la actualidad de la revolución proletaria no es ya únicamente un horizonte histórico-universal tendido por encima de la clase obrera que pugna por liberarse, sino que la revolución se ha convertido en el problema crucial del movimiento obrero.

Lenin podía soportar tranquilamente el reproche de blanquismo,1 etc., que le valió esta postura suya fundamental. Y no sólo por estar en buena compañía, en este punto, ya que compartía dicho reproche con Marx (con "ciertos aspectos" de Marx) sino porque en realidad no se ganó esta buena compañía sin merecimientos por su parte. Por un lado, ni Marx ni Lenin se plantearon nunca la actualidad de la revolución proletaria y sus objetivos finales como si su realización fuera posible en cualquier forma y en cualquier momento. Por otro, la actualidad de la revolución llegó a convertirse para ambos en el seguro criterio de acuerdo con el cual tomar las decisiones pertinentes en todos los problemas cotidianos.

La actualidad de la revolución determina el tono fundamental de toda una época. Tan sólo la relación de las acciones aisladas con este punto central, que únicamente puede ser encontrado mediante el análisis exacto del conjunto histórico-social, hace que dichas acciones aisladas sean revolucionarias o contrarrevolucionarias. Como actualidad de la revolución hay, pues, que entender: el estudio de todos y cada uno de los problemas particulares del momento en su concreta relación con la totalidad histórico-social; su consideración como momentos de la liberación del proletariado.

El enriquecimiento que, en este sentido, el marxismo debe a Lenin, consiste simplemente -simplemente!- en la vinculación íntima, evidente y cargada de consecuencias de las acciones individuales al destino global, al destino revolucionario de toda la clase obrera. Significa simplemente que todo problema actual -por de pronto ya como tal problema actual- se ha convertido, a la vez, en un problema fundamental de la revolución.

Con el desarrollo del capitalismo la revolución proletaria se ha convertido en el problema del día. Lenin no ha sido el único en prever la inminencia de esta revolución. De todos modos, no sólo se distingue por su valor, abnegación y su entrega de todos aquellos que en el momento en que la revolución proletaria, cuya actualidad habían pregonado ellos

mismos en el plano teórico, entraba en su fase práctica prefirieron huir cobardemente, sino también por su claridad teórica de los mejores, más lúcidos y heroicos de entre los revolucionarios contemporáneos.

Porque ni siquiera éstos fueron capaces de otra cosa que de reconocer la actualidad de la revolución proletaria del modo mismo en que Marx la concibió en su período histórico: como problema fundamental de la época. No les fue posible convertir este exacto conocimiento suyo -pero sólo en ella- en el hilo conductor indiscutible de exacto en la perspectiva histórico mundial, todos los problemas del día, tanto de los políticos como de los económicos, de los teóricos como de los tácticos, de los concernientes a la agitación corno de los relacionados con la organización.

Lenin fue el único en consumar este paso hacia la concretización del marxismo, un marxismo actualmente convertido en algo eminentemente práctico. De ahí que -en el plano histórico-mundial- haya sido el único teórico comparable a Marx que hasta la fecha ha producido la lucha del proletariado por su liberación.

Notas

1. Se da el nombre de blanquismo a la tendencia política representada por Louis Auguste Blanqui (1803-1881), uno de los revolucionarios franceses más importantes del siglo XIX, y sus seguidores. Creía en la necesidad de una dictadura revolucionaria que reeducara a las masas, implantada por un pequeño partido armado y muy disciplinado.

Capítulo 2

EL PROLETARIADO COMO CLASE DOMINANTE

Lo insostenible de la situación rusa se reveló mucho tiempo antes del verdadero desarrollo del capitalismo, mucho tiempo antes de la aparición de un proletariado industrial. La disolución del feudalismo agrario y la descomposición del absolutismo burocrático no sólo eran desde hacía ya mucho tiempo hechos innegables de la realidad rusa, sino que habían dado origen, además -en la agitación campesina y en el aliento revolucionario de la llamada intelectualidad déclassée-, a capas sociales que se alzaban periódicamente contra el zarismo, aun cuando de modo oscuro, confuso y meramente elemental.

Es evidente que el desarrollo del capitalismo -por muy ocultos que tanto el hecho en sí como su importancia quedaran incluso ante los ojos más penetrantes- no podía menos de aumentar considerablemente esta conmoción objetiva y sus consecuencias ideológico-revolucionarías. En la segunda mitad del siglo XIX fue viéndose con claridad creciente que Rusia, todavía en 1848 el más seguro baluarte de la reacción europea, caminaba progresivamente hacia una revolución. ¿Qué carácter tendría ésta? ¿Qué clase iba a desempeñar en ella el papel dirigente? He aquí los únicos interrogantes, estrechamente relacionados entre sí, de la cuestión.

No hace falta subrayar que las primeras generaciones de revolucionarios se plantearon estos problemas de manera harto confusa. En los grupos que se alzaban contra el zarismo veían ante todo un conjunto unitario: el pueblo. La división entre intelectuales y obreros no podía, en última instancia, pasar inadvertida ni siquiera en este estadio del proceso, pero carecía de peso decisivo, ya que el "pueblo" aún no estaba en condiciones de ofrecer un carácter suficientemente pronunciado como clase y de entre los intelectuales sólo los revolucionarios sinceros se habían adherido al movimiento, revolucionarios conscientes, sin ninguna vacilación en lo concerniente a su deber primordial: integrarse en el "pueblo" y ponerse al exclusivo servicio de sus intereses.

De todos modos, la evolución europea no podía menos de influir de alguna manera, incluso en esta etapa del movimiento revolucionario, sobre el curso de los acontecimientos y, en consecuencia, sobre la perspectiva histórica desde la cual efectuaban los revolucionarios su valoración de aquellos. En este punto no podía menos de plantearse una cuestión ineludible: la evolución europea, es decir, la evolución capitalista, ¿constituía también el destino inexorable de Rusia? ¿Había

de pasar Rusia también por el infierno del capitalismo para encontrar su salvación en el socialismo? ¿O iba a ser más bien capaz de saltar por encima de estas etapas evolutivas, en virtud de la especificidad original de su situación y de las comunas campesinas aún existentes en el país, encontrando directamente el camino del comunismo evolucionado a través del comunismo primitivo?

La respuesta no era entonces tan evidente como puede parecérnoslo hoy. He aquí cómo el propio Engels respondía en 1882 a esta cuestión: si una revolución en Rusia desencadenase al mismo tiempo una revolución proletaria en Europa, "la actual propiedad comunitaria rusa podría constituir el punto de partida de una evolución comunista".1

No es este el lugar más adecuado para describir, ni siquiera por vía de esbozo, la historia de las luchas teóricas en torno a esta cuestión. Ocurre, tan sólo, que hemos tenido que escoger este problema como punto de partida de nuestro trabajo precisamente porque con él se planteó para Rusia la cuestión de la clase dirigente de la evolución en ciernes. Porque es evidente que el reconocimiento de la comuna campesina como punto de partida y fundamento económico de la revolución ha de convertir a los campesinos en la clase rectora de la transformación social.

Paralelamente a la diferencia existente entre esta base social y económica de la revolución rusa y de la de Europa, aquélla habría de procurarse también una fundamentación teórica distinta, una fundamentación heterogénea respecto del materialismo histórico, que no es, en definitiva, sino la expresión conceptual del necesario tránsito del capitalismo al socialismo que la sociedad realizaba o la dirección de la clase obrera. De manera, pues, que tanto el debate en torno a si Rusia está en condiciones de culminar un desarrollo de tipo capitalista, es decir, en torno a si el capitalismo puede o no desarrollarse en Rusia, como la controversia científico-metodológica sobre si el materialismo histórico puede ser, en definitiva, considerado como una teoría de la evolución social con validez universal, y la discusión, por último, acerca de la clase social llamada a convertirse en el verdadero motor de la revolución rusa, giran, indiscutiblemente, en torno al mismo problema. No son todas ellas sino formas ideológicas de expresión de la evolución del proletariado ruso: momentos del desarrollo de su autonomía ideológica (y su autonomía, en cuestiones de táctica y organización, etc.) respecto de las otras clases sociales.

Se trata de un penoso y largo proceso que todo movimiento obrero ha de vencer. En este caso únicamente son específicamente rusos los problemas particulares en los que el carácter específico de la situación

de clase y de los intereses de clase del proletariado tienen una especial importancia. (En Alemania, durante el período de Lasalle, Bebel y Schweitzer la clase obrera se encontraba en este mismo estadio, siendo a este respecto la unidad alemana un problema de decisiva importancia.)

Ahora bien, estos problemas locales, de carácter particular, han de ser verdaderamente solucionados, precisamente como tales, si el proletariado pretende alcanzar autonomía de acción. La mejor formación teórica, si se limita a lo general, no sirve aquí de nada; si quiere tener eficacia práctica, ha de traducirse en la solución, precisamente, de estos problemas particulares. (Así, por ejemplo, el ardiente internacionalista Wilhelm Liebknecht, discípulo inmediato de Marx, tarda mucho más en tomar la decisión justa en este tipo de problemas, y lo hace, por otra parte, con bastante menos seguridad que los seguidores de Lasalle2 mucho más confusos, por el contrario, en el plano puramente teórico).

En esta ocasión es también específicamente ruso el hecho de que esta lucha teórica por la autonomía del proletariado, por el conocimiento de su papel dirigente en la revolución ascendente no haya encontrado en parte alguna una solución tan clara y precisa como la que encontró en Rusia. De tal modo que el proletariado ruso se ahorró, en buena medida, las vacilaciones y retrocesos que podemos encontrar en todos los países desarrollados (y no precisamente en las conquistas de la lucha de clases, en la que son inevitables, sino en la claridad teórica y en la seguridad táctico-organizativa del movimiento obrero). Dicho proletariado pudo -al menos en su capa más consciente- desarrollarse teórica y organizativamente de manera clara y rectilínea, del mismo modo que su situación objetiva de clase se desarrolló a partir de las fuerzas económicas del capitalismo ruso.

Lenin no ha sido el primero en emprender esta lucha. Pero sí ha sido el único en pensar todas estas cuestiones de manera radical, llevándolas hasta el final, el único que puso radicalmente en práctica sus puntos de vista teóricos.

Lenin era tan sólo uno de los portavoces teóricos en la lucha contra el socialismo ruso autóctono, contra los narodniki.3 Lo cual no es difícil de comprender, ya que su lucha teórica tenía como objeto demostrar el papel dirigente del proletariado en el inmediato porvenir ruso. Pero como la vía y los medios de esta discusión no podían consistir sino en probar que el curso evolutivo típico del capitalismo trazado por Marx (la acumulación primitiva) era válido también para Rusia, es decir, probando que en Rusia podía y tenía que surgir un capitalismo perfectamente definido, este debate debía poner -pasajeramente- en un

mismo terreno a los portavoces de la lucha dé clases proletaria y a los ideólogos del capitalismo ruso naciente.

La diferenciación teórica del proletariado respecto de la masa general del "pueblo" no conllevó en modo alguno el conocimiento y la aceptación de su autonomía, de su papel dirigente. Todo lo contrario. La simple consecuencia mecánica y no dialéctica de la prueba de que las tendencias evolutivas de la vida económica rusa caminaban hacia el capitalismo, parece, en última instancia, la total aceptación de esta realidad, una estimulación, incluso, de su advenimiento. Y, sin duda, no sólo para la burguesía liberal, cuya ideología transitoriamente "marxista" resulta comprensible si se piensa que el marxismo es la única teoría económica que muestra la necesaria génesis del capitalismo a partir de la descomposición del mundo precapitalista.

Esta coincidencia ha de parecerles tanto más necesaria a todos los marxistas "proletarios" que conciben el marxismo de manera mecánica y no dialéctica. Unos marxistas que no comprenden -a diferencia de Marx, que lo aprendió de Hegel, liberándolo de toda mitología y todo idealismo y haciéndolo entrar así en su teoría- que el reconocimiento de la real existencia de un hecho o tendencia no implica en modo alguno que éstos deban ser reconocidos como realidad determinante de nuestra acción.

El deber sagrado de todo marxista no puede ser otro que mirar los hechos de frente, sin alimentar ilusión alguna respecto de ellos, en la medida, precisamente, en que para todo marxista verdadero ha de haber siempre algo más verdadero y, en consecuencia, más importante que los hechos o tendencias aislados: la realidad del proceso general, la totalidad de la evolución social. De ahí las siguientes palabras de Lenin: "Lo propio de la burguesía es crear e impulsar trusts, enviar mujeres y niños a las fábricas, arruinarlos en ellas, gastarlos y hundirlos en la mayor de las miserias. Nosotros no "reclamamos" una evolución de este tipo, no nos "adherimos" a ella; por el contrario, la combatimos. Pero, ¿cómo la combatimos? Sabemos que los trusts y el trabajo de las mujeres en las fábricas representan un progreso. No queremos retroceder al artesanado, a un capitalismo no monopolista y al trabajo de las mujeres en el hogar. ¡Nuestro deseo es ir a través de los trusts y más allá de ellos hacia el socialismo!".

Con esto queda claro el sentido de la solución leninista a todo este conjunto de problemas. Y de ello se desprende que el reconocimiento de la necesidad de un desarrollo capitalista en Rusia y el progreso histórico a él ligado, en modo alguno significa que el proletariado deba cooperar a esta evolución prestándole su apoyo. Basta con que le dé la bienvenida,

ya que sólo esta evolución prepara el terreno para el advenimiento del proletariado como factor decisivo de poder. Pero también debe saludarlo como condición previa, como supuesto básico de su propia lucha despiadada contra el verdadero agente de esta evolución: la burguesía.

Unicamente esta concepción dialéctica de las tendencias histórico-evolutivas crea el marco teórico para la aparición del proletariado como fuerza autónoma en la lucha de clases. Porque si se acepta la necesidad de una evolución capitalista en Rusia sin más, como hicieron los precursores de la lucha ideológica de la burguesía rusa, primero, y los mencheviques,4 después, se llega a la conclusión de que Rusia tiene, ante todo, que completar su evolución capitalista. El agente de esta evolución es la burguesía, únicamente cuando esta evolución esté ya muy avanzada y la burguesía haya barrido los restos políticos y económicos del feudalismo, poniendo en marcha en su lugar un país moderno, capitalista, democrático, etc., podrá comenzar la lucha de clases del proletariado como tal fuerza autónoma.

La prematura irrupción de un proletariado con unos objetivos clasistas definidos no sólo sería inútil, dado que el proletariado apenas cuenta como factor de poder autónomo en esta lucha entre burguesía y zarismo, sino funesto para los intereses mismos del proletariado, ya que asusta a la burguesía, debilita su combatividad frente al zarismo y la arroja directamente a los brazos de éste. De manera, pues, que -por el momento- el proletariado únicamente entra en juego como fuerza auxiliar de la burguesía progresista en su lucha por una Rusia moderna.

Está de todo punto claro -por mucho que no fuera suficientemente dilucidado en las discusiones de entonces- que el problema de la actualidad de la revolución estaba en la raíz misma de toda esta controversia, que para todos aquellos protagonistas de la discusión que de manera más o menos consciente eran ideólogos de la burguesía, los caminos se bifurcaban en una disyuntiva muy concreta: aceptar el hecho revolucionario como problema actual, como un verdadero problema del día para el movimiento obrero o considerarlo como un "objetivo final" más bien lejano, no llamado a ejercer una influencia determinante sobre las decisiones del momento.

Es, por supuesto, más que dudoso que el punto de vista menchevique, aun cuando fuera posible asentir a la validez de su perspectiva histórica, le resultara aceptable al proletariado. Cabe preguntarse asimismo, si semejante postura de adhesión a la burguesía no podría oscurecer de tal modo la conciencia de clase del proletariado, que su desgajamiento de ella (es decir, una acción autónoma del proletariado en un momento histórico adecuado para tal cosa, incluso a los ojos de la teoría

menchevique) acabara siendo ideológicamente imposible o tropezara, en todo caso, con graves dificultades. (Piénsese en el movimiento obrero inglés).

Evidentemente, esta hipótesis es ociosa en la práctica. Porque la dialéctica de la historia, que los oportunistas intentan alejar del marxismo, sigue operando eficazmente en ellos -contra su propia voluntad-; los arroja al campo de la burguesía, y el momento histórico para la irrupción autónoma del proletariado va, en su opinión, alejándose progresivamente, relegado a una lejanía nebulosa, a un futuro irrealizable.

La historia ha dado la razón a Lenin y a los escasos heraldos de la actualidad de la revolución. La alianza con la burguesía progresista, que ya en la época de las luchas por la unidad alemana se había revelado como una ilusión, únicamente hubiera sido fecunda en el caso de que al proletariado le hubiera sido posible, como clase, seguir a la burguesía hasta, incluso, en su alianza con el zarismo. Porque de la actualidad de la revolución se deduce que la burguesía ha dejado de ser una clase revolucionaria.

El proceso económico que ha protagonizado y del que ha sido la primera en beneficiarse constituye, sin duda, un progreso frente al absolutismo y al feudalismo. Pero este carácter progresista de la burguesía se ha vuelto a su vez dialéctico. Es decir, que el vínculo entre las condiciones económicas que posibilitan la existencia de la burguesía y los postulados de la democracia política, del estado de derecho, etc. (que fueron realizados, aunque sólo parcialmente, por la Gran Revolución Francesa sobre las ruinas del absolutismo feudal), se ha aflojado.

La cada vez más inminente revolución proletaria hace por un lado posible una alianza entre la burguesía y el absolutismo feudal que garantice las condiciones económicas de vida y el proceso de expansión de la burguesía, permitiendo, al mismo tiempo, la subsistencia del predominio político de las viejas potencias. Por otro, la burguesía, que de este modo decae ideológicamente, cede a la revolución proletaria la realización de sus antiguas reivindicaciones de tipo revolucionario.

Por muy problemática que sea esta alianza entre la burguesía y las viejas potencias, en la medida en que no es una alianza de clase basada en una positiva identidad de intereses, sino tan sólo un compromiso motivado por el común temor a una calamidad superior, no deja de ser, de todos modos, un hecho nuevo e importante. Un hecho frente al cual la "prueba" mecánica y esquemática del "necesario vínculo" entre evolución capitalista y democracia se revela como una auténtica e irremediable ilusión.

Como ha dicho Lenin, "la democracia política no es, en términos generales, sino una de las formas posibles (aún cuando teóricamente no deje de ser la normal para el capitalismo "puro") de las superestructuras del capitalismo. Como los hechos lo demuestran, el capitalismo y el imperialismo se desarrollan bajo cualquier forma política, a la que pueden subordinarse perfectamente".

En Rusia en especial, este rápido viraje de la burguesía de una -aparente- oposición radical a un apoyo del zarismo ha de ser explicado en lo esencial por el hecho de que el capitalismo (que en Rusia no había tenido un desarrollo "orgánico", habiendo sido, por el contrario, simplemente transplantado al país), mostrara ya desde sus comienzos un fuerte carácter monopolista (preponderancia de las grandes empresas, papel importante del capital financiero, etc.). De lo que se desprende que la burguesía era un estrato social numéricamente más reducido y socialmente más débil que en otros países con un desarrollo capitalista de superior carácter "orgánico".

Pero de tal hecho no deja de desprenderse también la creación real, en las grandes empresas, de la base material para la evolución de un proletariado revolucionario, una base creada en un tiempo mucho más breve de lo que la esquemática interpretación del ritmo evolutivo del capitalismo ruso hubiera permitido suponer.

Pero si la alianza con la burguesía liberal se revela, por una parte, como una ilusión y el proletariado, que ha ganado a duro precio su independencia, rompe definitivamente, por otra, con el caótico concepto de "pueblo", ¿no acabará encontrándose, precisamente a causa de esa autonomía por la que tanto ha luchado, en un aislamiento insuperable, y metido, por eso mismo, en una lucha necesariamente destinada al fracaso?

Esta objeción tantas veces formulada a la perspectiva histórica de Lenin y, por lo demás, tan inmediata, tendría alguna consistencia si el rechazo de la teoría agraria de los narodniki, es decir, el reconocimiento de la necesaria disolución de los últimos restos del comunismo agrario, no fuera, a su vez, un conocimiento igualmente dialéctico. La dialéctica de este proceso de disolución -dado que el conocimiento dialéctico no es otra cosa que la formulación conceptual de una situación dialéctico-real de hecho- radica, precisamente, en la inexorabilidad de la disolución de estas formas, no tiene sentido sino como proceso de disolución, es decir, tiene un sentido exclusivamente negativo y unívocamente determinado.

No obstante, determinar el giro que tomará este proceso en sentido positivo no es posible a partir de él mismo. Depende de la evolución del

entorno social, del destino de la totalidad histórica. En términos más concretos: este proceso de disolución, económicamente inevitable, de las viejas formas agrarias (tanto de las de reminiscencia feudal, al modo de los junkers, como de las correspondientes a un campesinado medio) puede seguir dos caminos. Con palabras de Lenin, "ambas soluciones facilitan, cada una a su manera, el pasaje a un grado técnico superior, y todas van en el sentido del progreso de la agricultura".

La primera vía consiste en la radical aniquilación, en la vida campesina, de los últimos restos medievales (y aún más antiguos). La otra -la "vía prusiana", según Lenin- "se caracteriza por el hecho de que la liquidación de las supervivencias medievales en las relaciones de propiedad de la tierra no ocurre de una vez por todas, sino mediante una adaptación progresiva al capitalismo". Ambas vías son posibles y ambas representan un progreso -hablando en términos económicos- respecto de lo existente. Pero si ambas tendencias son igualmente posibles y -en cierto sentido- igualmente progresistas, ¿quién o qué habrá de decidir sobre la realización efectiva de una u otra de ellas? La respuesta de Lenin a esta cuestión es, como todas sus respuestas, clara y unívoca: la lucha de clases.

De este modo se perfilan de manera más clara y concreta los grandes rasgos del medio en el cual el proletariado está llamado a irrumpir, de modo autónomo, como clase dirigente. Porque la fuerza decisiva en esta lucha de clases que para Rusia significa el sentido del tránsito de la Edad Media a la época moderna sólo puede ser el proletariado. Los campesinos, no sólo en razón de su terrible atraso cultural, sino, sobre todo, a causa de su situación objetiva de clase, únicamente son capaces de una revuelta elemental contra una situación cada vez más insostenible. Por su situación objetiva de clases están destinados a permanecer como una capa vacilante, como una clase cuya suerte depende, en última instancia, de la lucha de clases en la ciudad, del destino de la ciudad, de la gran industria, del aparato del Estado, etc.

Unicamente en este contexto, en este sistema de interrelaciones, recae la decisión en manos del proletariado. Su lucha contra la burguesía sería quizá -en el momento histórico en cuestión- menos rica en perspectivas si ésta lograra liquidar en su exclusivo beneficio la estructura feudal del campo ruso. El hecho de que el zarismo le dificulte este propósito constituye uno de los motivos clave de su comportamiento -pasajeramente- revolucionario o, al menos, oposicional.

Ahora bien, en tanto este problema permanezca sin resolver, es posible en cualquier instante un estallido elemental de millones de campesinos esclavizados y explotados. Un estallido elemental al que sólo el

proletariado puede conferir un sentido, es decir, un sentido tal que el movimiento de masas acabe por caminar hacia un objetivo realmente ventajoso para las masas campesinas. Un estallido elemental que cree las condiciones en las que el proletariado puede emprender la lucha contra el zarismo y la burguesía con todas las posibilidades de victoria a su favor.

He aquí cómo la estructura socio-económica rusa ha sentado las bases objetivas para la alianza entre el proletariado y el campesinado. Sus objetivos de clase son diferentes. De ahí que su caótica yuxtaposición en el confuso y folklórico concepto de "pueblo" hubiera de acabar dislocándose. No obstante, sólo emprendiendo una lucha común pueden confiar en la consecución de sus objetivos de clase. De ahí que la vieja, idea de los narodniki retorne dialécticamente transformada en la visión leninista de la naturaleza de la revolución rusa.

El confuso y abstracto concepto de "pueblo" hubo de ser eliminado, pero tan sólo para que surgiera, a partir de la indagación concreta de las condiciones de una revolución proletaria, el concepto de pueblo en su acepción revolucionaria, es decir, el concepto de pueblo como alianza revolucionaria de todos los explotados. El partido de Lenin puede, pues, considerarse con toda justicia como el heredero de las verdaderas tradiciones revolucionarias de los narodniki. Ahora bien, como la conciencia y, con ella, la capacidad de dirigir esta lucha -una lucha objetivamente clasista- sólo existen en la conciencia de clase del proletariado, éste puede y debe ser, en la revolución inminente, la clase dirigente de la transformación social.

Notas

1. En esta argumentación suya, Engels no hace sino desarrollar ideas expuestas por Marx en su prólogo a la traducción rusa (1882) del Manifiesto Comunista, como bien puede juzgar el lector a la luz de la siguiente cita de Marx, entresacada del citado prólogo a la versión rusa del Manifiesto: "Ahora la cuestión que se plantea es si la comunidad aldeana rusa (una forma de propiedad colectiva comunal que en gran parte ha sido ya destruida) puede pasar inmediatamente a la forma comunista superior de propiedad de la tierra, o si, por el contrario, tiene que pasar desde el principio por el mismo proceso de desintegración que ha determinado el desarrollo histórico de Occidente. La única contestación que hoy es posible dar a esta pregunta es la siguiente: si la revolución rusa llega a ser la señal para la revolución obrera de Occidente, de modo que la una sea complemento de la otra, entonces la

forma presente de propiedad de la tierra en Rusia puede ser el punto de partida de un desarrollo histórico".

2. Wilhelm Liebknecht (1826-1900) es una de las figuras más importantes del histórico Partido Social Demócrata alemán. La socialdemocracia alemana consiguió mantener viva su presencia en Alemania durante las últimas décadas del siglo XIX a pesar de la persecución a que fue sometida por Bismarck. En 1890 -una vez derogadas las leyes antisocialistas bismarckianas- el Partido Social Demócrata consiguió en las elecciones para el Reichstag casi un 20% del total de los votos. Su prestigio era enorme en todos los medios socialistas europeos. Wilhelm Liebknecht se reveló en seguida (al igual que August Bebel) como uno de los mejores oradores del partido.

En los problemas planteados en torno a los peligros de la "legalización" del Partido Social Demócrata y de su discutida colaboración con las fuerzas burguesas, Liebknecht comenzó por adoptar una postura muy revolucionaria: "El socialismo -decía- no es ya una cuestión de teoría: es sencillamente una cuestión de fuerza, que no puede ser resuelta en el Parlamento, sino en el campo de batalla...". En 1891, sin embargo, Liebknecht había cambiado ya de postura, llegando a expresarse así en el Congreso de Erfurt: "Sé que hay otro camino, el cual, en opinión de algunos pocos de nosotros, es más corto: el de la violencia ... pero ese camino conduce al anarquismo, y es culpa grande de la oposición no haber tenido en cuenta este resultado ... La esencia del revolucionarismo está no en los medios, sino en el fin".

Ferdinad Lassalle (1825-1864), figura notable del socialismo reformista alemán. Orador, publicista y político. Intentó arrancar de Bismarck algunas concesiones a favor del movimiento obrero. Engels se ha referido a él en los términos siguientes: "En Lassalle, todo el socialismo se reducía a denostar a los capitalistas y a adular a los terratenientes feudales prusianos; precisamente lo contrario de lo que hace el libro a que nos venimos refiriendo. Su autor demuestra claramente la necesidad histórica del régimen capitalista de producción, como él llama a la fase social que estamos viviendo, y demuestra al mismo tiempo la inutilidad de la aristocracia terrateniente, que consume sin producir. Lassalle abrigaba grandes ilusiones acerca de la misión que a Bismarck le estaba reservada como instaurador del reino milenario del socialismo; el señor Marx no se recata para desautorizar a su descarriado discípulo. No sólo declara expresamente que él nada tiene que ver con todo ese "socialismo gubernativo monárquico-prusiano", sino que en las páginas 762ss, de su obra afirma rotundamente que, si no se le sale pronto al paso, el sistema hoy imperante en Francia y Prusia no tardará en desencadenar sobre Europa el régimen del látigo ruso".

3. Se conoce con el nombre de narodniki (o "populistas") a los socialistas rusos del siglo XIX anteriores a la definitiva difusión del marxismo en Rusia. Sus puntos de vista teóricos eran confusos: oscilaban entre la negación de cualquier posible planteamiento en términos de clases y los ataques al proceso (la industrialización creciente de la sociedad rusa, se oponían al terrorismo de ciertas minorías políticas de su época, pero también a colaborar en una evolución, etc.). Contaron con figuras de amplia resonancia, como Pedro Lavroy (1823-1900), Danielson (con quien Engels sostuvo correspondencia), Vorolitsov, etc. Los socialistas narodniki influyeron no poco en la apreciación positiva de Marx de las posibilidades revolucionarias de la agricultura comunal autóctona rusa.

4. En la gestación del Partido Social Demócrata ruso, cuyo Primer Congreso se reunió secretamente en Pskov, en 1898, intervinieron fuerzas socialistas muy diversas, en modo alguno unánimes en su apreciación de la situación rusa y de la política a seguir. El Segundo Congreso se celebró en Londres, en julio de 1903, siendo fijados unos puntos comunes: a) oposición a la teoría narodniki según la cual no se debía postular que el capitalismo industrial creciera y se desarrollara en Rusia; b) confianza, por el contrario, en que el proceso de industrialización iba a favorecer la creación y aumento progresivo de un proletariado abierto a la propaganda de la socialdemocracia, y e) confianza, asimismo, en la importancia de los obreros industriales -y de los intelectuales dispuestos a unirse a ellos- en la construcción de una nueva sociedad, liquidando así el vago concepto de "pueblo" alimentado por los narodniki.

No obstante, no había acuerdo en torno a lo que se tenía que entender por "revolución". Unos ponían el énfasis en la lucha contra la autocracia (en la que recomendaban unirse a las fuerzas burguesas opuestas al zarismo), otros en la necesidad de hacer una revolución económica, etc. Entre las tendencias contra las que Lenin luchó desde un principio figuraban las representadas por los "marxistas legales" y los "economistas". No obstante, la división más importante producida en la socialdemocracia rusa fue la que tuvo lugar entre "bolcheviques" (capitaneados por el propio Lenin) y "mencheviques".

Esta división tuvo su origen aparente no tanto en cuestiones de programa como de organización del partido. Lenin insistía (contra Plejánov) en la importancia de la dictadura del proletariado, en la necesidad de introducir una enorme disciplina en el partido, un partido compuesto por una vanguardia consciente, dispuesta a trabajar de acuerdo con una organización centralizada y no sujeta a vacilaciones. Un partido planteado, en suma, como un "todo organizado" cuyos

miembros estuvieran sometidos a una disciplina proletaria. Los mencheviques tenían un concepto distinto del partido, al que concebían en términos de "masa", es decir, abierto a cuantos se pronunciaran a favor de sus principios (con lo que se exponían a la infiltración en sus filas de todo tipo de oportunistas e inseguros). Sobre los mencheviques y, fundamentalmente, sobre Plejánov pesaba mucho el ejemplo de la socialdemocracia alemana. A partir de 1905 y, con las promesas de apertura democrática por parte del zarismo, los bolcheviques censuraban a los mencheviques por estar dispuestos a aliarse con los capitalistas en la consecución y sostenimiento de un régimen democrático burgués; no obstante, ambas facciones se unían en la lucha contra los "socialrevolucionarios" (herederos de los *narodniki* o populistas agrarios).

En el Congreso de 1903 se consumó, pues, la escisión entre bolcheviques y mencheviques, con el ulterior triunfo, de todos conocido, de la línea bolchevique (representada, fundamentalmente, por Lenin).

Capítulo 3

EL PARTIDO DIRIGENTE DEL PROLETARIADO

La misión histórica del proletariado consiste, pues, en romper todo entendimiento ideológico con las otras clases y encontrar su más clara conciencia de clase sobre la base de la especificidad de su situación de clase y de la autonomía de sus intereses clasistas de ella derivados. Tan sólo de esta manera estará en condiciones de dirigir a todos los oprimidos y explotados de la sociedad burguesa en la lucha común contra los dominadores económicos y políticos. El fundamento objetivo de este papel dirigente del proletariado no es otro que su lugar en el proceso capitalista de producción.

De todos modos, quien imagine que la verdadera conciencia de clase del proletariado, esa conciencia suya de clase que ha de capacitarle para ocupar el papel dirigente que le corresponde, puede nacer en él de manera progresiva y espontánea, sin tropiezos ni regresiones, como si el proletariado pudiera desarrollar ideológicamente su misión revolucionaria a partir tan sólo de su posición de clase, no está sino aplicando de manera mecánica el marxismo y entregándose a una ilusión de todo punto contraria a la verdad histórica.

Los debates en torno a Bernstein1 han mostrado claramente la imposibilidad de una transformación económica del capitalismo en socialismo. La contrapartida ideológica de esta teoría, sin embargo, ha subsistido incólume en el pensamiento de muchos revolucionarios sinceros de Europa, sin haber sido reconocida siquiera como problema y peligro. No es que los mejores de entre ellos hayan desconocido plenamente la existencia y la importancia de este problema, que no se hayan dado cuenta de que la victoria definitiva del proletariado debe atravesar un largo camino, lleno de derrotas, siendo, además, inevitables las regresiones -no sólo materiales, sino también ideológicas- a estadios ya superados.

Sabían -por utilizar la formulación de Rosa Luxemburgo- que, de acuerdo con sus premisas sociales, la revolución proletaria "no podía llegar demasiado pronto" y, sin embargo, "tenía necesariamente que llegar demasiado pronto" a efectos del sostenimiento y retención del poder (o sea, en el plano ideológico). Por mucho que en esta perspectiva histórica acerca del camino que el proletariado debe recorrer para alcanzar su liberación se sustente también la creencia de que una espontánea autoeducación revolucionaria de las masas proletarias (por acciones de masas y las experiencias que de ello se derivan), apoyada

por una agitación teórica adecuada del partido, por propaganda, etc., sea suficiente para garantizar la evolución a estos efectos necesaria, no por ello se ha conseguido superar el punto de vista de la espontánea entrega ideológica del proletariado a su misión revolucionaria.

Lenin fue el primer -y durante mucho tiempo único- líder teórico importante que se decidió a atacar este problema en su dimensión teórica central y, en consecuencia, en su aspecto práctico más importante: el de la organización. La polémica en torno al artículo 1º de los estatutos de la organización en el Congreso de Bruselas-Londres de 1903 es conocida hoy por todos. Se trataba de dilucidar si podía ser miembro del partido todo aquel que lo apoyara y trabajara bajo su control (como querían los mencheviques), o si resultaba indispensable para ello la participación en las organizaciones ilegales, la total entrega al trabajo del partido y la absoluta subordinación a su disciplina -concebida del modo más severo. Las otras cuestiones organizativas, como, por ejemplo, la centralización, no eran, en realidad, sino consecuencias objetivas y necesarias de esta toma inicial de posición. Se trata, en definitiva, de una polémica reducible al antagonismo entre los citados puntos de vista generales sobre la posibilidad, el probable desarrollo, el carácter, etc., de la revolución, aunque en aquella época era Lenin el único en vislumbrar la interdependencia de todos estos factores.

El plan bolchevique de organización hace surgir de la masa más o menos caótica de la generalidad de la clase un grupo de revolucionarios conscientes del objeto de su lucha y dispuestos a cualquier sacrificio. Pero, ¿no se corre así el peligro de que estos "revolucionarios profesionales" se desgajen de la vida real de su clase y acaben convirtiéndose, a raíz de dicha separación, en una secta o grupo de conspiradores? ¿Acaso no es este plan de organización una simple consecuencia de ese "blanquismo", que los "agudos" revisionistas pretenden detectar incluso en Marx?

No es posible investigar aquí lo errado de este reproche, incluso en lo concerniente al propio Blanqui. De todos modos, ni siquiera penetran en el núcleo mismo de la organización leninista, ya que según Lenin, el grupo de los revolucionarios profesionales no ha tenido un solo momento la visión de "hacer" la revolución o arrastrar tras de sí, gracias a su acción independiente y valerosa, a la masa inerte, poniéndola frente al fait accompli2 de la revolución.

La idea leninista de la organización presupone el hecho de la revolución, de la actualidad de la revolución. Si a los mencheviques les hubiera asistido la razón en su visión de la historia, si lo que nos hubiera

aguardado fuera una época (relativamente) tranquila de prosperidad y extensión lenta y progresiva de la democracia, en la que los vestigios feudales hubieran sido barridos en los países atrasados por el "pueblo", por las clases "progresistas", los grupos de revolucionarios habrían terminado por perder toda agilidad, reducidos a sectas o simples círculos de propagandistas.

El partido, en tanto que organización fuertemente centralizada de los elementos más conscientes del proletariado -y sólo de éstos es concebido como el instrumento de la lucha de clases en un periodo revolucionario. "No es posible separar mecánicamente las cuestiones políticas de las organizativas", decía Lenin, y quien apruebe o rechace la organización bolchevique del partido, sin plantearse el problema de si estamos o no en la época de la revolución proletaria no ha entendido absolutamente nada de la esencia de la misma.

Ahora bien, desde un ángulo totalmente opuesto podría surgir sin duda la siguiente objeción: dada la actualidad de la revolución, una organización semejante ha de resultar forzosamente superflua. Quizá en la época de paralización del movimiento revolucionario haya sido útil unir en una organización, a todos los revolucionarios profesionales.

En los años mismos de la revolución, sin embargo, estando las masas profundamente trastornadas, en un momento en el que sólo en unos días viven más experiencias revolucionarias y maduran más rápidamente que ayer en decenios, en un momento en el que incluso sectores de esta clase normalmente alejados del movimiento revolucionario, a pesar de que éste afectara en lo más profundo sus propios concretos intereses cotidianos, irrumpen en la escena de la revolución, dicha organización parece inútil y falta de sentido. Porque desperdicia energías aprovechables y, cuando su influencia se extiende, paraliza el espontáneo ímpetu revolucionario de las masas.

Es evidente que esta objeción nos lleva de nuevo al problema del autodesarrollo ideológico del proletariado. El Manifiesto Comunista caracteriza nítidamente el vínculo existente entre el partido revolucionario del proletariado y la totalidad de la clase. Los comunistas únicamente se diferencian de los restantes partidos proletarios en dos puntos principales: por un lado, anteponen y subrayan en las diversas luchas nacionales de los proletarios los intereses que a todos ellos les son comunes, independientemente de su nacionalidad, y, por otro, en las diferentes fases que atraviesa la lucha entre proletarios y burgueses, representan siempre los intereses del movimiento proletario considerado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente la fracción más resuelta y activa de los partidos obreros de todos los países y, teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario. Son -en otros términos- la figura visible de la conciencia de clase del proletariado. Y el problema de su organización se decide de acuerdo con el modo como el proletariado alcanza en verdad esta conciencia de clase y la hace plenamente suya.

Todo aquel que no niegue incondicionalmente la función revolucionaria del partido habrá de reconocer por fuerza que esta apropiación por parte del proletariado de su conciencia de clase no tiene lugar de manera automática exclusivamente en virtud del proceso mismo de las fuerzas económicas de la producción capitalista, ni por el simple crecimiento orgánico de la espontaneidad de las masas.

La diferencia entre la concepción leninista del partido y las otras radica principalmente en su mucho más profunda y consecuente captación de la creciente diferenciación económica en el seno del proletariado (aparición de una aristocracia obrera, etc), por un lado, y, en su visión, por otro, de la cooperación revolucionaria del proletariado con las otras clases en el marco de la nueva perspectiva histórica trazada. De todo ello se deduce una importancia creciente del proletariado en la preparación y dirección de la revolución, desprendiéndose de tal en consecuencia también la función rectora del partido respecto de la clase obrera.

El nacimiento y envergadura creciente de una aristocracia obrera equivale, desde este punto de vista, a un aumento progresivo de la (siempre presente, aunque relativa) divergencia entre los intereses cotidianos de ciertas capas obreras y los verdaderos intereses de la clase considerada en su totalidad, divergencia que, por otra parte, va endureciéndose en el curso de este proceso. La evolución capitalista, que en un principio niveló y unificó de manera tan imponente a la clase obrera geográficamente dividida, separada en corporaciones correspondientes a los distintos oficios, etcétera, da lugar ahora a una nueva diferenciación. Diferenciación entre cuyas consecuencias no figura únicamente el que el proletariado deje de enfrentarse con auténtica unanimidad a la burguesía.

Hay que contar, además, con el peligro de que en virtud de su creciente ascenso a un modo de vida pequeño burgués y su ocupación de puestos en la burocracia de los sindicatos o del partido, a veces incluso en los municipios, etc., estas capas sociales obtengan -a pesar de o precisamente por su ideología aburguesada y su falta de conciencia

proletaria de clase- cierta superioridad en cuanto a cultura formal, rutina administrativa, etc., sobre las restantes capas proletarias, acabando por ejercer así una influencia retrógrada sobre la totalidad de la clase. Dicho de otra manera, que su influencia en las organizaciones del proletariado ayude a oscurecer la conciencia de clase de los obreros todos, encaminándolos a un acuerdo tácito con la burguesía.

Contra este peligro no bastan la simple claridad teórica, ni la agitación y propaganda propias de los grupos revolucionarios conscientes. Porque durante mucho tiempo estos antagonismos de intereses no se manifiestan de forma verdaderamente clara para todos los obreros, hasta el punto de que, en ocasiones, incluso sus mismos representantes ideológicos no llegan a percibir que se han desviado del camino de la clase a que pertenecen. En efecto, dichas diferencias pueden quedar fácilmente ocultas a los ojos de los obreros, hasta el punto de que en ocasiones incluso sus representantes ideológicos no llegan a percibir que se han desviado del camino de la clase a que pertenecen, o también pueden quedar oculta bajo la máscara de "divergencias teóricas de opinión", simples "diferencias tácticas", etc. Y el instinto revolucionario de los obreros, que a veces se descarga en grandes acciones espontáneas de masas, es incapaz de mantener la conciencia de clase al nivel alcanzado por medio de la acción espontánea, conservándola como un bien duradero para la clase obrera en su conjunto.

La autonomía, en el dominio de la organización, de los elementos plenamente conscientes de la clase obrera resulta, aunque no fuera más que por esto, verdaderamente insoslayable. Ahora bien, el curso del razonamiento nos muestra que la forma leninista de organización está profundamente vinculada a la previsión de inminencia de la revolución. Porque únicamente en este contexto se revela la decisiva importancia negativa que puede, en realidad, tener toda desviación del verdadero camino de la clase obrera; únicamente en este contexto cabe medir la enorme trascendencia que para la clase obrera en su conjunto puede alcanzar toda decisión sobre problemas del momento, en apariencia de poca monta; únicamente en este contexto llega, en fin, a ser vital para el proletariado la materialización ante sus ojos del pensamiento y de la acción verdaderamente propios de su situación de clase.

Ahora bien, la actualidad de la revolución no significa que la efervescencia de la sociedad, es decir, la descomposición de sus viejas estructuras haya de limitarse al proletariado; afecta, por el contrario, a todas las clases sociales. La medida auténtica de una situación revolucionaria es, en opinión de Lenin que las capas inferiores de la sociedad "no quieran vivir el modo antiguo", y las capas superiores, a su vez, "no puedan vivir al modo antiguo"; "sin una crisis de la nación

entera (que afecte tanto a los explotadores como a los explotados), la revolución no es posible".

Cuanto más profunda es la crisis, más amplias son las perspectivas de la revolución. Cuanto más aumenta en popularidad, sin embargo, cuantas más capas sociales llega a afectar, tanto mayor es el número de movimientos diversos y elementales que se entrecruzan en ella, tanto más confusas y cambiantes resultan las relaciones de fuerza entre las dos clases de cuya lucha depende -en última instancia todo: la burguesía y el proletariado.

Si el proletariado quiere vencer en esta lucha, debe apoyar y sostener toda corriente que coadyuve a la descomposición de la sociedad burguesa, procurando integrar todo movimiento elemental, de cualquier capa oprimida, por poco claro que sea, en el movimiento revolucionario general. Y la inminencia de un período revolucionario resulta, asimismo, visible en la búsqueda, por parte de todos los insatisfechos de la antigua sociedad, de vinculación con el proletariado o, por lo menos, de algún tipo de relación con él. En lo que no deja de haber, sin embargo, un gran peligro.

Porque si el partido del proletariado no está organizado de tal manera que quede garantizada la pertinencia de su línea política como única válida para la clase que representa, los nuevos aliados que en número creciente van apareciendo en toda situación revolucionaria pueden aportar más bien que ayuda, desorden. Porque las otras clases oprimidas de la sociedad (campesinos, intelectuales, pequeñoburgueses) no aspiran, como es obvio, a los mismos objetivos que el proletariado.

El proletariado -si sabe lo que quiere y lo que debe desear desde el punto de vista de clase- puede rescatarse a sí mismo y a estas otras capas de la miseria social. Si el partido, intérprete combativo de su conciencia de clase, se muestra inseguro en cuanto al camino que debe seguir la clase obrera, si ni siquiera su mismo carácter proletario está garantizado en el plano de la organización, las citadas capas sociales invadirán el partido de proletariado y lo desviarán de su auténtico camino; de este modo, una alianza que, en el caso de poder contar con una organización del partido proletario perfectamente clara desde el punto de vista de las clases, podría impulsar la revolución, acabaría haciéndola peligrar sobremanera.

La concepción leninista del partido tiene, pues, como consecuencia dos polos necesarios: por una parte, la selección más severa de los miembros en función de su conciencia proletaria de clase, por otra el más absoluto apoyo a todos los oprimidos y explotados de la sociedad capitalista, a los que debe estar unido por una relación de solidaridad.

Quedan así unidos de manera dialéctica la inexorable claridad en cuanto a los fines y la universalidad, la dirección de la revolución en un estricto sentido proletario y el carácter nacional (e internacional) general de la revolución.

La organización menchevique debilitaba estos dos polos, mezclándolos y rebajándolos a la categoría de meros compromisos y uniéndolos de este modo en el partido mismo. Se aislaba de amplias capas de explotados (de los campesinos, por ejemplo), uniendo, sin embargo, en el partido grupos de intereses muy diversos, con lo que acababa por resultarle imposible todo pensamiento y acción verdaderamente unitarios.

En lugar, pues, de coadyuvar en la oscilante y caótica lucha entre las clases (ya que toda situación revolucionaria se expresa, precisamente, en un estado de caos profundo de la sociedad entera) a la edificación -lo más clara posible- de un frente decisivo para la victoria, el frente del proletariado contra la burguesía, así como a la agrupación en el seno del proletariado de los sectores más confusos de explotados, dicho partido se transforma él mismo en una masa poco clara de grupos cuyos intereses difieren, en última instancia, entre sí.

No llega por lo general a la acción sino a fuerza de compromisos internos, a remolque de grupos que tienen una visión más clara o que son más activos; o bien no le queda ya otro recurso que contemplar de manera fatalista el curso de los acontecimientos.

La concepción leninista de la organización entraña pues, una doble ruptura con el fatalismo mecanicista: con el que concibe la conciencia de clase del proletariado como un producto mecánico de su situación de clase, y con el que no ve en la revolución misma sino el resultado mecánico de unas fuerzas económicas que se desencadenan de manera inexorable, conduciendo al proletariado casi automáticamente a la victoria una vez "maduras" las condiciones objetivas de la revolución.

Porque si se hubiera de esperar a que el proletariado se lanzara consciente y unitariamente a la lucha decisiva, jamás se llegaría a una situación revolucionaria. Siempre habrá, por una parte -y tanto más cuanto más desarrollado esté el capitalismo- sectores del proletariado que asistirán pasivamente a la lucha de su propia clase por liberarse, llegando en casos extremos incluso, a pasarse al campo enemigo. La conducta misma del proletariado, por otra, su firmeza y el grado de su conciencia de clase no son en modo alguno algo que con necesidad inexorable se desprenda de la situación económica.

Es evidente que ni siquiera el mejor y más grande partido del mundo puede "hacer" la revolución. Pero la manera de reaccionar del

proletariado ante una situación dada depende ampliamente de la claridad y energía que el partido sea capaz de conferir a sus objetivos de clase. En la época de la actualidad de la revolución el viejo problema de si ésta puede o no "ser hecha", adquiere pues, un significado completamente nuevo. Y con esta mutación de significado varía asimismo la relación existente entre clase y partido, es decir, el significado de los problemas de organización para el partido y el conjunto del proletariado.

Al plantear la revolución como algo que hay que "hacer" se está, en realidad, separando de manera rígida y muy poco dialéctica la necesidad del desarrollo histórico y la actividad del partido militante. En este nivel, en el que "hacer" la revolución es algo así como sacarla por arte de magia a partir de la nada, no podemos menos de adoptar una actitud totalmente negativa. La actividad del partido en la época de la revolución debe ir, a decir verdad, por un camino muy diferente. Porque si el carácter fundamental de la época es revolucionario, una situación agudamente revolucionaria puede presentarse en cualquier instante. Prever el momento justo y las circunstancias de su aparición nunca puede ser, desde luego, una empresa rigurosamente posible.

Sí lo es, en cambio, la determinación de las tendencias que llevan a ella, así como también la de las líneas maestras de la acción a emprender a raíz del desencadenamiento del proceso revolucionario. La actividad del partido es planteada a partir de este conocimiento histórico. El partido ha de preparar la revolución. Es decir, debe acelerar, por un lado, el proceso de maduración de las tendencias que conducen a la revolución (por su influencia en la línea de conducta del proletariado, así como en la de las otras capas oprimidas). Debe preparar, por otra parte, al proletariado tanto en el plano ideológico, como en el táctico, material y organizativo para la acción necesaria en una aguda situación revolucionaria. Con lo cual quedan situadas en una perspectiva nueva las cuestiones de organización interna del partido.

Tanto la vieja concepción -representada también por Kautsky-, de la organización como supuesto previo ineludible de la acción revolucionaria, como la de Rosa Luxemburgo que la considera como un producto del movimiento revolucionario de masas, parecen unilaterales y no dialécticas. El partido, cuya función es preparar la revolución, es a un tiempo y con igual intensidad productor y producto, supuesto y fruto de los movimientos revolucionarios de masas. Porque la actividad consciente del proletariado descansa en un conocimiento claro de la necesidad objetiva de la evolución económica; su rigurosa estructura organizativa vive en interacción fructífera y permanente con las penalidades y luchas elementales de las masas.

Rosa Luxemburgo ha llegado casi, en ocasiones, a percibir lúcidamente esta relación recíproca. No obstante, ha ignorado su elemento activo y consciente. De ahí que no haya sido capaz de penetrar en el núcleo de la concepción leninista del partido, es decir, en su función preparatoria; de ahí que no entendiera en modo alguno los principios organizativos de ella derivados.3

La situación revolucionaria no puede ser, por supuesto, un producto de la actividad del partido. Su tarea es prever el sentido de la evolución de las fuerzas económicas objetivas, prever, en fin, cuál habrá de ser la actitud de la clase obrera ante la situación así surgida. El partido debe preparar a las masas proletarias, de acuerdo con esta previsión, para el futuro, atendiendo -en la medida de lo posible- a sus intereses tanto en el plano espiritual como en el material y en el de la organización.

Los acontecimientos y situaciones que van sucediéndose son, de todos modos, fruto de las fuerzas económicas de la producción capitalista, fuerzas cuya influencia determinante acontece de manera ciega, parejamente a la de las leyes de la naturaleza. Pero tampoco de manera mecánica y fatalista. Porque ya hemos visto (en el ejemplo de la descomposición económica del feudalismo agrario ruso) cómo el propio proceso de disgregación económica es, sin duda, un producto necesario de la evolución capitalista, sin que por ello sus efectos en las clases sociales, es decir, los nuevos estratos sociales a que da lugar, se basen inequívocamente en el proceso mismo -aisladamente considerado- y resulten identificables a partir de él mismo. Dependen del entorno en el que van desarrollándose.

El destino de la sociedad entera, cuyos elementos forman este proceso, es, en última instancia, el factor determinante de su orientación. En este conjunto, sin embargo, las acciones de clase, ya sean elementales y espontáneas o dirigidas conscientemente, juegan un papel decisivo. Y cuanto mayor es el trastorno de una sociedad, tanto más ha dejado de funcionar adecuadamente su estructura "normal", tanto más perturbado, está su equilibrio socioeconómico; en suma: cuanto más revolucionaria es una situación, tanto más determinante es su papel (el de dichas acciones de clase).

De ahí que la evolución general de la sociedad no discurra, en la era capitalista, de manera unívoca y rectilínea. De la acción combinada de estas fuerzas se desprenden más bien en el terreno de la totalidad social situaciones en las que puede cuajar una determinada tendencia, si la situación es justamente comprendida y consecuentemente aprovechada. Ahora bien, la evolución de las fuerzas económicas que en apariencia han llevado a esta situación de manera inexorable, si se deja escapar

ésta o si no se extraen sus consecuencias, puede no seguir en modo alguno la línea anterior, tomando, por el contrario, un camino opuesto.

Piénsese en la situación de Rusia si en noviembre de 1917 los bolcheviques no hubieran tomado el poder y no hubieran culminado la revolución agraria. En el caso de un régimen contrarrevolucionario, aunque de un capitalismo moderno en comparación con el zarismo, no hubiera estado de todo punto excluida la posibilidad de una solución "prusiana" del problema agrario.

Unicamente cuando se conoce bien el contexto histórico en el que debe actuar el partido del proletariado puede ser adecuadamente comprendida su organización. Organización que descansa sobre las inmensas tareas -de universal dimensión histórica- que la época de decadencia del capitalismo impone al proletariado, sobre la inmensa responsabilidad histórica que dichas tareas imponen a la capa dirigente consciente del proletariado.

Como representante de los intereses globales del proletariado (y, en consecuencia, de los de todos los oprimidos, del futuro, en suma, de la humanidad), y a partir del conocimiento del conjunto de la sociedad, el partido debe unificar dentro de sí todas las contradicciones en las que se expresan estas tareas impuestas por el centro mismo de la sociedad considerada en su totalidad.

Ya hemos subrayado que la más severa selección de los miembros del partido, en cuanto a la claridad de su conciencia de clase y a su absoluta entrega a la causa de la revolución, ha de ir unida a la íntegra fusión con la vida de las masas que sufren y combaten. Y todo intento de atender a una sola de estas exigencias, descuidando su polo contrario, termina en una petrificación sectaria de los grupos, incluso de los compuestos por auténticos revolucionarios. (He aquí la raíz de la lucha sostenida por Lenin contra el "izquierdismo", desde el otzovismo hasta el Kommunistischer Arbiter Partei y más allá)4.

La severidad de sus exigencias en cuanto a los miembros del partido no es sino un medio de hacer consciente al proletariado entero (y, con él, a todas las capas oprimidas por el capitalismo) de sus verdaderos intereses, de todo cuanto realmente hay en la raíz de sus acciones inconscientes, de su pensamiento confuso y de sus poco definidos sentimientos.

Las masas, no obstante, únicamente adquieren conciencia de sus intereses en la acción, en la lucha. En una lucha cuyas raíces económicas y sociales están en perpetuo cambio, y en las que, en consecuencia, las condiciones y los medios de la lucha se transforman

sin cesar. El partido dirigente del proletariado únicamente puede cumplir su misión yendo siempre un paso por delante de las masas que luchan, indicándoles así el camino.

Ahora bien, sin adelantarse nunca más de un paso por delante de ellos, con el fin de seguir siendo siempre el guía de su lucha. Su claridad teórica únicamente es, pues, valiosa cuando en lugar de limitarse a la simple perfección general, puramente teórica, de la teoría la hace culminar con el análisis concreto de la situación concreta, es decir, cuando la validez teórica sólo expresa el sentido de la situación concreta. De ahí que el partido deba tener, por un lado, la claridad teórica y la firmeza suficientes como para proseguir por el camino justo, a pesar de las fluctuaciones de las masas, e incluso corriendo a veces el riesgo de un aislamiento momentáneo. Pero, por otra parte, debe seguir siendo elástico Y receptivo, con el fin de iluminar en todas las manifestaciones de las masas, por muy confusas que parezcan, aquellas posibilidades revolucionarias de las mismas -a cuyo conocimiento las masas no podían llegar por sí solas.

Semejante adecuación del partido a la vida de la totalidad es imposible sin la más severa disciplina. Si él partido no es capaz de adaptar instantáneamente su conocimiento a la situación, una situación en perpetuo cambio, se queda por detrás de los acontecimientos, de dirigente se convierte en dirigido, pierde el contacto con las masas y se desorganiza. De ahí que la organización haya de funcionar siempre con el mayor rigor y la mayor severidad, con el fin de transformar, cuando llega el momento, esta adaptación en hechos. Pero esto significa, al mismo tiempo, que esta exigencia de adaptabilidad o flexibilidad debe ser aplicada ininterrumpidamente a la organización misma. Una forma de organización que en algún caso determinado ha podido ser útil con vistas a ciertos fines, en otras condiciones de lucha puede convertirse en un verdadero obstáculo.

Porque en la esencia de la historia radica la producción constante de lo nuevo. Esta novedad no puede ser calculada siempre de antemano con la ayuda de alguna teoría infalible: ha de ser reconocida en la lucha, a partir de sus gérmenes, primero, siendo acto seguido aprendida a nivel consciente. La tarea del partido no es, en modo alguno, imponer a las masas un determinado tipo de comportamiento, elaborado por vías abstractas, sino aprender, por el contrario, incesantemente de la lucha y de los métodos de lucha de las masas. No obstante, también debe ser activo en su aprendizaje, preparando las siguientes acciones revolucionarias. Debe elevar a nivel de conciencia, vinculándolo a la totalidad de las luchas revolucionarias, aquello a lo que las masas han llegado de manera espontánea, en virtud de su instinto de clase; debe

explicar a las masas sus propias acciones, como dice Marx, y no sólo con el fin de asegurar así la continuidad de las experiencias revolucionarias del proletariado, sino para activar también conscientemente el desarrollo ulterior de dichas experiencias.

La organización debe integrarse como instrumento en el conjunto de estos conocimientos y de las acciones que de ellos se deducen. Si no lo hace así, será sobrepasada por la evolución de las cosas, una evolución a la que, en tal caso, no habría comprendido y, en consecuencia, no podría dominar. De ahí que todo dogmatismo en la teoría y toda rigidez en la organización sean funestos para el partido. Porque, como dice Lenin: "Toda forma nueva de lucha, unida a nuevos peligros y sacrificios, "desorganiza" inevitablemente todas aquellas organizaciones que no están preparadas para esta nueva forma de lucha". Recorrer esa vía necesaria, de manera libre y consciente, adaptándose y transformándose antes de que el peligro de la desorganización sea demasiado agudo, actuando sobre las masas en virtud de dicha transformación, formándolas e incitándolas es, en realidad, la tarea del partido, tarea que a él mismo le incumbe y con mayor motivo.

Porque táctica y organización no constituyen sino las dos vertientes de un todo indivisible. Unicamente actuando sobre las dos a un tiempo se pueden obtener resultados auténticos. Cuando se trata de obtener resultados hay que ser a la vez consecuente y elástico, ceñirse de manera inexorable a los principios y tener la mirada abierta a todo posible giro que impongan los días. En el dominio de la táctica y en el de la organización no hay nada que sea bueno o malo por sí mismo. Unicamente la relación con el todo, con el destino de la revolución proletaria, hace que un pensamiento, una determinada medida, etc., sean justos o errados. He ahí, a título de ejemplo, por qué Lenin -a raíz de la primera revolución rusa- combatió con idéntico rigor a quienes pretendían abandonar la ilegalidad, inútil y sectaria en apariencia, y a quienes, entregándose sin reservas a la misma, rechazaban cualquier posible forma de legalidad; he ahí por qué sentía igual tajante desdén ante la tesis favorable a una plena inserción en el parlamentarismo como a la antiparlamentaria por principio.

Lenin no solamente se mantuvo alejado de todo utopismo político, sino que jamás se hizo tampoco ilusión alguna sobre el material humano de su época. "Queremos -dice en los primeros años heroicos de la victoriosa revolución proletaria- edificar el socialismo con esos mismos hombres que han sido educados, podridos y corrompidos por el capitalismo, pero que, precisamente por eso, han sido templados por él para el combate."

Las enormes exigencias que la idea leninista de la organización impone a los revolucionarios profesionales no tienen en sí nada de utópico. Y, por supuesto, tampoco nada del carácter superficial de la vida cotidiana, de la facticidad inmediata que acompaña a lo empírico. La organización leninista es dialéctica en sí misma -o sea, no es únicamente el producto de la evolución histórica dialéctica, sino al mismo tiempo su impulso consciente- en la medida en que es a la vez producto y productora de sí misma.

Son los hombres quienes crean su partido; han de tener un alto grado de -conciencia de clase y de capacidad de entrega para querer y poder participar en la organización; pero únicamente llegan a ser verdaderos revolucionarios profesionales en la organización y por la organización.

El jacobino que se une a la clase proletaria, da forma y claridad a los actos de dicha clase con la ayuda de su firme decisión y de su capacidad de acción, con su saber y su entusiasmo. Pero es siempre el ser social de la clase, la conciencia de clase que emana de él, lo que determina el contenido y sentido de sus acciones.

No se trata de actuar en representación de la clase obrera, sino de una culminación de la actividad de la clase misma. El partido llamado a dirigir la revolución proletaria no se presenta como estando ya en disposición de asumir su función directiva: no es, sino que llega a ser. Y el proceso de interacción fructífero entre el partido y la clase se repite -por supuesto, transformado- en la relación existente entre el partido y sus miembros. Porque, como dice Marx en sus Tesis sobre Feuerbach: "La teoría materialista según la cual los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y, por tanto, unos hombres diferentes han de ser producto de otras circunstancias y de una educación distinta, olvida que las circunstancias son transformadas precisamente por el hombre, y que el educador mismo ha de ser también educado".

La concepción leninista del partido implica la más tajante ruptura con la vulgarización mecanicista y fatalista del marxismo. No es sino la realización práctica de su más auténtica naturaleza y de su tendencia más profunda: "Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo en diferentes formas; lo que importa ahora es transformarlo".

Notas

1. Eduard Bernstein (1850-1932) nació en Berlín, en el seno de una familia judía. Durante la represión antisocialista bismarekiana se refugió

en Suiza y luego en Londres, donde colaboró con Engels. En 1896, Bernstein comenzó a publicar una serie de artículos en Neue Zeit, el periódico de Kautsky, que desataron una fuerte polémica dentro del Partido Social Demócrata alemán, hasta el punto de merecer Bernstein varias censuras oficiales (en los congresos de Hannover, Lübeck, etc.). Sus principales interlocutores fueron Kautsky, Bebel y Rosa Luxemburgo, quien dedicó a este problema un escrito fuertemente polémico: "¿Reforma social o revolución?" (1899). La postura de Bernstein, muy atacado dentro del partido, pero no hasta el punto de dar lugar a su expulsión, fue perfilándose progresivamente como un "revisionismo" teórico.

He aquí una síntesis de sus tesis fundamentales, a la luz de sus artículos y, sobre todo, de su libro Socialismo evolucionista (1899):

a) El Partido Social Demócrata alemán había adoptado una postura "utópica", en la medida en que creía posible un próximo salto brusco del capitalismo al socialismo. La sociedad capitalista no estaba, en modo alguno, en vísperas de derrumbarse. Marx se había equivocado en sus predicciones y, en consecuencia, el partido habla de cambiar su táctica y su estrategia.

b) El socialismo vendría como resultado de una acumulación de pequeños cambios, al hilo de la propia evolución económica de la sociedad y atendiendo a las posibilidades de la misma. El tránsito del capitalismo al socialismo sería, pues, gradual. (Bernstein repetía en este punto las teorías de los socialistas fabianos ingleses y, en especial, las de Sidney Webb.)

c) El factor determinante de la transición al socialismo no iba a ser la lucha de clases. Marx había unificado el determinismo en el plano económico y la actividad revolucionaria de la clase obrera; Bernstein rechazaba el determinismo: "La concepción marxista de la historia... no asigna a las bases económicas de la vida de las naciones ninguna influencia determinante incondicional respecto a las formas que toma esta vida".

d) En contra de lo sostenido por Marx, la "solidaridad social", es decir, la primacía del interés común era un factor de singular importancia.

e) La teoría marxista de la plusvalía es confusa y no explica en absoluto el fenómeno de la explotación. La concentración capitalista, por otra parte, no iba a consumarse al ritmo preconizado por Marx, de manera idéntica a como la miseria del proletariado no iba a aumentar tampoco hasta extremos insostenibles. Por el contrario, tanto el número de los capitalistas como el nivel salarial crecían. Estos errores de Marx se

debían al nulo carácter científico de su doctrina. Una doctrina que en lugar de estar basada en una exacta observación de los hechos era una "vasta constricción teórica", a la que luego Marx aplicaba los hechos, forzándolos así a amoldarse a un esquema previo.

f) Los trabajadores, por último, no estaban maduros para acceder al poder, en el caso de que fuera posible contar con semejante hipótesis. La "dictadura del proletariado", además, era decididamente antidemocrática. El socialismo debía ser, en rigor, el heredero del espíritu liberal, un espíritu liberal al que venía a librar de su instrumentalización por parte de la burguesía.

g) Los socialdemócratas alemanes debían revisar su internacionalismo y pensar en los derechos nacionales de Alemania y, en general, en la política nacional.

2. Hecho consumado.

3. Rosa Luxemburgo (1870-1919), de origen polaco y de familia judía es una de las figuras más interesantes del marxismo centroeuropeo de su época. Intervino en las luchas de la socialdemocracia polaca, vivió una temporada en Zürich y se instaló al fin en Alemania, en cuyo Partido Social Demócrata jugó un papel muy importante. Intervino en la polémica contra los revisionistas, propugnando su expulsión del partido en una serie de escritos e intervenciones que hicieron de ella uno de los representantes principales de la extrema izquierda del movimiento socialdemócrata alemán.

En 1917 -y a raíz de la escisión del partido en dos grandes bloques, el Partido Social Demócrata histórico y el Partido Social Demócrata Independiente, con la que se consumaba la vieja diferencia entre la vertiente izquierdista y la derechista del movimiento socialista alemán- Rosa Luxemburgo fundó junto con Franz Mehring y Karl Liebknecht el Spartakitsbund, grupo de izquierda autónomo, aunque vinculado al Partido Social Demócrata Independiente. De esta liga espartaquista surgió en seguida el Partido Comunista alemán. Rosa Luxemburgo intervino en la frustrada revolución alemana de la inmediata posguerra y fue asesinada, junto con Karl Liebknecht, por elementos derechistas en Berlín, el 15 de enero de 1919.

Durante varios decenios Rosa Luxemburgo coincidió y se alejó de las posturas leninistas en cuestiones de táctica y organización. así, por ejemplo, en el problema del nacionalismo. Era esencialmente internacionalista y postulaba una autoridad obrera internacional por encima de las divisiones nacionales. La división de clases le parecía mucho más importante y decisiva que la de etnias o lenguas. De ahí que

se opusiera a la insistencia de Lenin en el derecho de autodeterminación nacional, negándose a apoyar ciertas concesiones que Lenin juzgaba imprescindibles. Las fronteras no tenían sentido para Rosa Luxemburgo, en la medida en que preconizaba una revolución mundial llamada a abolirlas.

Tampoco coincidía con Lenin en el enjuiciamiento de la relación partido-clase obrera. Postulaba un partido abierto, de organización muy democrática, sin aceptar la tesis leninista de la necesidad de una elite revolucionaria y una férrea disciplina para garantizar la fuerza y cohesión teórica y práctica del partido. Zinoviev sostuvo una fuerte polémica con Rosa Luxemburgo en la que ésta fue acusada de poner excesiva confianza en la "espontaneidad" revolucionaria de las masas.

La contribución teórica de Rosa Luxemburgo al marxismo está representada, fundamentalmente, por su obra La acumulación de capital, en la que revisa la teoría económica marxista en lo concerniente, sobre todo, a las "contradicciones del capitalismo". En este importante libro, Rosa Luxemburgo somete a examen el volumen 2º de El Capital.

4. A raíz de la derrota de la revolución rusa de 1905 el gobierno tomó una serie de medidas brutalmente represivas. Ante la nueva situación, los mencheviques comenzaron a insistir de nuevo en la necesidad de liquidar las organizaciones clandestinas del partido, evitando toda ilegalidad. Cierto sector de los bolcheviques, por el contrario sostenía que la única actitud revolucionaria lícita era la de incitar a las masas a batirse en las barricadas, oponiéndose a toda participación en cualquier organismo legal, y, sobre todo, en la Duma. Proponían, concretamente, que la minoría socialdemócrata se retirase de la Duma (de ahí su nombre de otzovistas, del ruso otzovat, retirar). Lenin combatió con igual energía la ideología de capitulación ante el zarismo de los liquidacionistas y el aventurerismo "izquierdista" de los otzovistas.

Capítulo 4

EL IMPERIALISMO:

GUERRA MUNDIAL Y GUERRA CIVIL

¿Hemos entrado acaso en el período de las luchas revolucionarias decisivas? ¿Es este ya el momento en el que el proletariado ha de llevar a cabo su misión transformadora del mundo, bajo la pena de su propia desaparición?

En realidad, semejante decisión únicamente puede deberse a una mayor madurez ideológica u organizativa del proletariado en el caso de que esta madurez, es decir, la decisión de combatir, no sea sino una consecuencia de la situación económica y social objetiva del mundo, que empuja a actuar así. Y un acontecimiento, sea cual fuere, derrota o victoria, no puede en modo alguno decidir este problema. Es más, cuando se considera un determinado acontecimiento aisladamente, ni siquiera se puede determinar si se trata de una victoria o una derrota: únicamente en virtud de su relación con la totalidad de la evolución hístórico-social es convertido un hecho aislado en una victoria o una derrota a escala histórico-universal.

De ahí que la controversia en el seno de la socialdemocracia rusa (que entonces acogía tanto a los mencheviques como a los bolcheviques), una discusión -que estalló ya durante el curso de la primera revolución y alcanzó su punto culminante una vez derrotada ésta- en torno al problema de si al hablar de la revolución se tenía que escribir 1847 (o sea, antes de la revolución decisiva) o 1848 (después de la revolución decisiva), no pudiera menos de desbordar el marco de la estricta problemática rusa.

Antes de darle una solución ha de quedar resuelto el problema del carácter fundamental de nuestra época. La cuestión más restringida, propiamente rusa, de si la revolución de 1905 fue una revolución burguesa o una revolución proletaria y de si el comportamiento proletario y revolucionario de los obreros fue o no "deficiente", no puede, en realidad, encontrar respuesta fuera de este contexto. De todos modos, el hecho mismo de que se haya planteado tan enérgicamente este problema indica ya la dirección en que debe buscarse su respuesta.

Porque la escisión del movimiento obrero ruso en dos alas, la izquierda y la derecha, tiende cada vez más, incluso fuera de Rusia, a adoptar la forma de una controversia en torno al carácter general de la época.

Controversia sobre si ciertos fenómenos económicos, cada vez más claramente perceptibles (concentración de capital, importancia creciente de los grandes bancos, colonialismo, etc.), son sólo estadios cuantitativamente superiores de la evolución "normal" del capitalismo, o vienen a insinuar, por el contrario, la inminencia de una nueva época del capitalismo, es decir, el imperialismo.

Una controversia en torno a si las guerras cada vez más frecuentes al cabo de un periodo de paz relativa (la guerra de los boers, la hispanoamericana, la ruso-japonesa, etc.), han de ser consideradas como algo "casual" o "episódico", o más bien han de ser aceptadas como signos de un período en el que irán desarrollándose guerras cada vez más violentas. Una controversia, en fin, en torno a una cuestión bien concreta: si la evolución del capitalismo ha entrado en una nueva fase de este tipo, ¿pueden bastar los viejos métodos de lucha del proletariado para hacer valer sus intereses de clase bajo condiciones diferentes? ¿Son, en tal caso, las nuevas formas de lucha proletaria surgidas antes y durante la revolución rusa -huelga de masas, insurrección armada- simples acontecimientos de importancia local y restringida, "fallas", incluso, o "errores", o hay que ver en ellos, por el contrario, los primeros intentos espontáneos de las masas, acometidos con certero instinto de clase, para adecuar su conducta a la situación mundial?

Conocemos la respuesta práctica de Lenin a este complejo de problemas tan estrechamente relacionados entre si. Viene expresada de la manera más clara en su lucha en el Congreso de Stuttgart -poco tiempo después de la derrota de la revolución rusa, cuando aún no se habían extinguido las lamentaciones de los mencheviques por la actitud de los obreros rusos, que habían ido, en su opinión, "demasiado lejos"- a favor de una toma de posición clara y tajante de la Segunda Internacional contra el peligro inminente de una guerra mundial imperialista, procurando orientar, además, esta toma de posición en lo concerniente a la actitud a adoptar contra dicha guerra.1

La proposición de Lenin y Rosa Luxemburgo fue adoptada en Stuttgart y más tarde ratificada por los Congresos de Copenhague y de Basilea. Lo cual significa que la Segunda Internacional reconocía oficialmente el peligro inminente de una guerra mundial imperialista y la necesidad de que el proletariado lo combatiera de manera revolucionaria. De manera pues, que, aparentemente, Lenin no estaba sólo en este punto. Tampoco en su visión, por razones económicas, del imperialismo como nueva fase del capitalismo.

La izquierda en bloque, así como ciertos elementos centristas y el ala derecha de la Segunda Internacional, percibieron los factores económicos reales que iban a hacer posible la irrupción del imperialismo. Hilferding intentó elaborar una teoría económica de estos nuevos fenómenos y Rosa Luxemburgo llegó incluso a perfilar el complejo económico global del imperialismo como fruto necesario del proceso de reproducción capitalista, integrando orgánicamente el imperialismo en la teoría de la historia del materialismo histórico y procurando de este modo un fundamento económico concreto a la "teoría del derrumbamiento".

Y, sin embargo, cuando en agosto de 1914 -y mucho después- Lenin se encontró completamente solo en la defensa de su punto de vista acerca de la guerra mundial, esta soledad suya no era en modo alguno casual. Tampoco es explicable por motivos psicológicos o morales, es decir, porque muchos de los que anteriormente enjuiciaban también "adecuadamente" el imperialismo hubieran sido dominados por la cobardía, etc. No. Las tomas de posición de las diversas corrientes socialistas en agosto de 1914 fueron la consecuencia lógica y objetiva de sus anteriores líneas tácticas, teóricas, etc., de conducta.

La concepción leninista del imperialismo es, de manera aparentemente paradójica, una producción teórica importante, por una parte, y, por otra, no es mucho lo que, considerado como teoría puramente económica, contiene de realmente nuevo. En cierto sentido se apoya en Hilferding y, desde el estricto punto de vista económico, no puede ser comparada en cuanto a profundidad y grandeza con la magnífica prosecución de la teoría marxista de la producción realizada por Rosa Luxemburgo.

La superioridad de Lenin no consiste sino en la íntima y concreta vinculación que ha sido capaz de establecer entre la teoría económica del imperialismo y el conjunto de los problemas políticos del presente, culminando así, realmente, una hazaña teórica sin parangón. Ha sido capaz, en fin, de convertir el contenido económico de la nueva fase en el hilo conductor de todas las acciones concretas acometidas en un medio tan decisivo.

De ahí, por ejemplo, que rechazara Lenin durante la guerra ciertos puntos de vista ultraizquierdistas de los comunistas polacos calificándolos de "economicismo imperialista"; de ahí que consume su refutación de la idea de Kautsky del "ultraimperialismo", una teoría que confiaba en la creación de un trust capitalista mundial favorable a la paz, para el que la guerra mundial no sería sino una vía "casual" y en

modo alguno "adecuada", especificando que Kautsky introducía una separación entre la economía del imperialismo y su política.

Por supuesto que la teoría del imperialismo sustentada por Rosa Luxemburgo (y por Pannekoek y otros izquierdistas) no podía ser en modo alguno calificada como economicista en sentido estricto. Todos ellos -y Rosa Luxemburgo sobre todo- subrayan aquellos momentos de la economía imperialista en que ésta toma necesariamente un carácter político (colonialismo, industria de armamentos, etc.). Y, sin embargo, esta relación no es expuesta de manera verdaderamente concreta.

Es decir, que Rosa Luxemburgo muestra de manera incomparable que como resultado del proceso de acumulación, el tránsito al imperialismo, la época de las luchas por conseguir mercados coloniales y centros de producción de materias primas, así como las posibilidades de exportación de capital, etc., resultan realmente inevitables; que esta época -la fase postrera del capitalismo había de ser una época de guerras mundiales. Pero con ello se limita a fundamentar la teoría de la época entera, la teoría de este imperialismo moderno en general.

Por otra parte, tampoco logra establecer un puente entre esta teoría y las necesidades concretas del momento; sus artículos publicados bajo el rótulo de Junius no son, en sus aspectos concretos, consecuencia necesaria alguna de La acumulación de capital. El rigor teórico de su enjuiciamiento de la época entera no llega a concretarse en ella en un conocimiento claro de todas las fuerzas concretamente actuales, cuya valoración y aprovechamiento revolucionario constituye una de las tareas prácticas de la teoría marxista.

Pero la superioridad de Lenin en este punto tampoco puede explicarse a base de fórmulas manidas como "genialidad política", "clarividencia práctica", etc. Es más bien una superioridad puramente teórica en el enjuiciamiento del proceso general. Porque en toda su vida cabe encontrar una sola decisión suya que no haya sido tomada obedeciendo de manera concreta y objetiva a una toma de posición teórica previa. Y el que la máxima fundamental de esta posición no sea otra que la exigencia de un análisis concreto de la situación concreta, hace que quienes no piensan dialécticamente, sitúen el problema en el terreno de la práctica de la "Real Politik".

Para un marxista el análisis concreto de la situación concreta no se opone a la teoría pura; por el contrario, constituye el punto culminante de la auténtica teoría, el punto en el que la teoría encuentra su realización verdadera, el punto en el que se transforma en praxis.

Esta superioridad teórica suya radica en el hecho de haber sido Lenin, de todos los sucesores de Marx, el que ha tenido una visión menos deformada por las categorías fetichistas de su medio capitalista. Porque la superioridad decisiva de la economía marxista sobre todas las que la han precedido y sucedido se debe a que ha logrado, en virtud de su método e incluso en las cuestiones más complejas, en cuestiones en las que aparentemente hay que operar con las categorías económicas más puras (y, en consecuencia, más fetichistas), dar un giro a los problemas tal que más allá de las categorías "puramente económicas" resulten evidentes, en su proceso evolutivo, precisamente aquellas clases cuyo ser social viene expresado por estas mismas categorías económicas.

(Piénsese en la diferencia entre capital variable y constante en contraposición a la clásica distinción entre capital fijo y circulante. Unicamente a través de estas distinciones resulta evidente la estructura clasista de la sociedad burguesa. La formulación marxista del problema de la plusvalía ha desvelado ya la división clasista existente entre burguesía y proletariado. El aumento del capital constante muestra esta relación en el contexto dinámico del proceso evolutivo de la totalidad social, arrojando luz al mismo tiempo sobre la lucha de los diferentes grupos capitalistas por el reparto de la plusvalía.)

La teoría del imperialismo de Lenin es menos una teoría de su génesis económicamente necesaria y de sus limites económicos -como la de Rosa Luxemburgo-, que una teoría de las concretas fuerzas de clase que el imperialismo desencadena y a las que en su mismo contexto hace operantes; la teoría de la concreta situación mundial provocada por el imperialismo.

Al analizar la esencia del capitalismo monopolista, lo que en primer lugar le interesa es la situación mundial concreta y la división clasista de la sociedad a que da lugar: cómo las grandes potencias coloniales se reparten de facto la tierra, cómo evoluciona la división interna entre burguesía y proletariado con el movimiento de concentración de capital (capas puramente parasitarias de rentistas, aristocracia obrera, etc.). Y, sobre todo, cómo la evolución interna del capitalismo monopolista desborda -en virtud de los diferentes ritmos de los países- las "zonas de intereses" establecidas antes de manera más o menos duradera y por vía pacífica, desbordando así no pocos compromisos de este tipo, dando lugar, en consecuencia, a conflictos cuya solución sólo puede lograrse por la fuerza, es decir, acudiendo a la guerra.

En la medida en que la esencia del imperialismo es determinada como capitalismo monopolista y su guerra como evolución necesaria y manifestación de esta tendencia a una concentración cada vez mayor,

camino del monopolio absoluto, van resultando más claras las diferenciaciones de la sociedad respecto de dicha guerra. Queda patente que imaginarse -a la Kautsky- que algunas fracciones de la burguesía, "no interesadas" directamente en el imperialismo, o incluso "desbordadas" por él, pueden ser movilizadas en contra suya, no es sino una ingenua ilusión.

La evolución monopolista arrastra consigo a toda la burguesía, y es más, no sólo encuentra apoyo en la pequeña burguesía -tan vacilante de por sí- sino también en algunas fracciones del proletariado (aunque este apoyo sólo sea, por supuesto, pasajero). Sin embargo, y a diferencia de lo que opinan los escépticos profesionales, no es cierto que el proletariado revolucionario acabe reducido por su inexorable oposición al imperialismo a una posición de aislamiento.

La evolución de la sociedad capitalista es siempre contradictoria. El capitalismo monopolista crea, por primera vez en la historia, una economía mundial en el auténtico sentido de la palabra; su guerra, la guerra imperialista, es por eso la primera guerra mundial en el significado más riguroso del término. Lo cual significa, sobre todo, que por primera vez en la historia los oprimidos y explotados por el capitalismo han dejado de estar solos en su lucha aislada contra sus opresores, en la medida en que son arrastrados en su existencia entera al torbellino de la guerra mundial.

La política colonialista llevada a cabo por el capitalismo no se limita a explotar a los pueblos coloniales con el saqueo de sus riquezas, como hacía en los primeros tiempos de la evolución del capitalismo; ahora transforma al mismo tiempo su estructura social, la vuelve capitalista. Lo cual ocurre, por supuesto, con vistas a conseguir una explotación más intensa de los mismos (exportación de capitales, etc.), dando lugar, sin embargo, en los países coloniales -contrariamente, desde luego, a las intenciones del capitalismo- al comienzo de una evolución burguesa propia, cuya necesaria consecuencia ideológica no es otra que el estallido de un movimiento combativo a favor de la autonomía nacional.

Todo lo cual aún resulta acentuado por la íntegra movilización de las reservas humanas disponibles a que la guerra imperialista obliga a los países imperialistas, arrastrando de este modo activamente a los pueblos coloniales a la lucha y llegando incluso a favorecer parcialmente una rápida industrialización de los mismos; de este modo el proceso es acelerado tanto en el plano ideológico como en el económico.

La situación de los pueblos coloniales no es, sin embargo, sino un caso extremo de la relación existente entre el capitalismo monopolista y sus explotados. La transición histórica de una época a otra jamás acontece

mecánicamente; es decir, jamás ocurre que un modo de producción irrumpa y comience a resultar históricamente efectivo únicamente cuando el anterior, al que viene a superar, haya cumplido ya plenamente su misión conformadora de la sociedad.

Los modos de producción que van superándose entre sí y las formas y estratificaciones sociales a ellos correspondientes irrumpen más bien en la historia entrecruzándose y operando unos frente a otros. De ahí que ciertas evoluciones que abstractamente consideradas se parecen (por ejemplo, la transición del feudalismo al capitalismo), tengan -a consecuencia de lo diferente del contexto histórico en el que discurren- un significado y una función completamente distintos, como una relación totalmente heterogénea respecto de la totalidad histórica social.

El capitalismo ascendente vino a favorecer la cristalización de las nacionalidades. A partir de la gran fragmentación medieval fue transformando las partes de mayor evolución capitalista de Europa en grandes naciones -al cabo de toda una serie de intensas luchas revolucionarias. Las luchas por la unidad de Italia y Alemania fueron las últimas de estas luchas revolucionarias -objetivamente consideradas. El hecho, no obstante, de que el capitalismo haya evolucionado en estos estados hasta convertirse en un capitalismo monopolista de carácter imperialista, y que incluso en algunos países atrasados (como Rusia o Japón) comenzara a adoptar estas mismas formas, no implica en absoluto que haya perdido su facultad de impulsar otras nacionalidades en el resto del mundo.

Todo lo contrario. La creciente evolución capitalista impulsó movimientos nacionales en todos los pueblos de Europa que hasta la fecha "habían carecido de historia". Sólo que las "luchas por la liberación nacional" de estos países no han podido ya discurrir como luchas contra el feudalismo o el absolutismo feudal -lo que les hubiera convertido en indiscutiblemente progresistas- sino que, por el contrario han de ser consideradas en el marco de la rivalidad imperialista de las grandes potencias mundiales. De ahí que su significado histórico y la valoración del mismo dependan de la función concreta que en esta totalidad concreta les corresponda.

Marx fue perfectamente consciente de la importancia de este problema. En su época, era un problema esencialmente inglés: el de la relación anglo-irlandesa. Y Marx subrayó con la mayor energía que "independientemente de toda justicia internacional, transformar la actual unidad forzosa -es decir, la esclavitud de Irlanda- en una alianza libre y en condiciones de igualdad, si es posible, o en una separación

total, si es necesario, constituye la condición previa de la emancipación de la clase obrera inglesa".

Marx vio claramente que la explotación de Irlanda representaba, por una parte, un puntal decisivo del capitalismo inglés, capitalismo que ya entonces -aunque fuera el único en ello- poseía un indudable carácter monopolista, y por otra, que la confusa toma de posición de la clase obrera inglesa daba lugar a una división entre los oprimidos, a una lucha entre unos explotados contra otros, en lugar de cristalizar en una lucha común contra los explotadores comunes; de manera, pues, que sólo la lucha por la liberación nacional de Irlanda podía coadyuvar a la creación de un frente verdaderamente eficaz en la lucha del proletariado inglés contra la burguesía inglesa.

Dentro del movimiento inglés de la época fue desatendida esta visión marxista, que tampoco pudo imponerse eficazmente en la teoría y la praxis de la Segunda Internacional. También en este caso iba a ser Lenin quien vivificara de nuevo esta teoría, pero con una vida mucho más activa y concreta de la que pudo tener Marx. Porque de tener una simple actualidad en el panorama mundial ha pasado a ser el problema central del momento, de tal modo que Lenin no se ocupa ya de él por la vía teórica, sino de manera puramente práctica.

Porque todo el mundo ha de ver claramente en este contexto que el inmenso problema que se alza ante nosotros -la sublevación de todos los oprimidos a escala mundial, ya no sólo la sublevación de los obreros- es el mismo problema que Lenin situó desde un principio enérgicamente en el propio núcleo del problema agrario ruso, contra los populistas, marxistas legales, economicistas, etc.

En todos estos casos se trata de lo que Rosa Luxemburgo ha llamado el mercado "exterior" del capitalismo, concepto con el que se alude al mercado no capitalista, tanto si está situado dentro como si está situado fuera de las fronteras políticas. El capitalismo en expansión no puede subsistir sin él, pero, por otra parte, en lo concerniente a este mercado, su función social no es otra que destruir su estructura social originaria, convirtiéndolo al capitalismo, trasformándolo en un mercado -capitalista- "interior", aunque sea esto mismo lo que ha de acabar posibilitando sus aspiraciones de autonomía, etc.

Se trata, pues, de una relación dialéctica. Sólo que Rosa Luxemburgo no llegó a encontrar, a partir de esta justa y grandiosa perspectiva histórica, el camino que podía llevar a la solución concreta de los problemas concretos de la guerra mundial. Todo esto no pasó de ser, para ella, una perspectiva histórica, la caracterización magnífica y grandiosa de toda la época, pero sólo de la época considerada en su

aspecto más general. Fue Lenin quien dio el paso de la teoría a la praxis. Un paso que, no obstante -y esto no hay que olvidarlo nunca- implica al mismo tiempo un progreso teórico en la medida en que es un paso de lo abstracto a lo concreto.

Esta conversión a lo concreto a partir de la justa apreciación abstracta de la realidad histórica actual, a partir de la evidenciación del general carácter revolucionario del período imperialista en bloque, se agudiza al máximo en el problema del carácter específico de esta revolución. Una de las mayores hazañas teóricas de Marx fue la exacta diferenciación que introdujo entre revolución burguesa y revolución proletaria. Una diferenciación de especial importancia práctica y táctica dado el inmaduro ilusionismo de sus contemporáneos, y que venia, además, a ofrecer el único método apropiado para captar netamente los elementos verdaderamente nuevos y verdaderamente proletarios del movimiento revolucionario de la época.

En el marxismo vulgar, sin embargo, esta diferenciación acabó convirtiéndose en una rígida separación mecanicista. Separación en la que los oportunistas se han basado para generalizar esquemáticamente el hecho de que toda revolución de la época moderna, como indica cualquier observación empírica adecuada, haya comenzado por ser una revolución burguesa, por mucho que esté penetrada de acciones, reivindicaciones, etc., proletarias. En todos estos Casos la revolución es, pues, para los oportunistas, una revolución meramente burguesa. Y el deber del proletariado no es otro que apoyar esta revolución. Como consecuencia de esta separación entre revolución burguesa y revolución proletaria el proletariado ha de renunciar, pues, a sus propios objetivos revolucionarios de clase.

La concepción ultraizquierdista, sin embargo, que vislumbra claramente el sofisma mecanicista de esta teoría y es perfectamente consciente del carácter revolucionario y proletario de nuestra época, cae a su vez en otra interpretación mecanicista no menos peligrosa. De la conciencia de que el papel revolucionario histórico-universal de la burguesía en la era imperialista toca ya a su fin, saca la conclusión -basándose asimismo en una separación mecanicista entre revolución burguesa y proletaria- de que hemos entrado en época de la revolución proletaria pura.

Este punto de vista tiene la peligrosa consecuencia práctica de pasar por alto, desdeñar e incluso rechazar todos los movimientos de efervescencia y descomposición que surgen necesariamente en la era imperialista (el problema agrario, el colonial, el de las nacionalidades), y que son objetivamente revolucionarios en relación con la revolución proletaria; de este modo, estos teóricos de la revolución proletaria pura

renuncian voluntariamente a los más auténticos e importantes aliados del proletariado; desprecian ese contexto revolucionario, que da perspectivas concretas a la revolución proletaria, y esperan, en un espacio abstracto -pensando que así ayudan a prepararla- una revolución proletaria "pura".

"El que espera una revolución social pura -dice Lenin- jamás llegará a vivirla, y no pasa de ser un revolucionario verbal que no entiende la verdadera revolución". Porque la verdadera revolución es la transformación dialéctica de la revolución burguesa en proletaria. El hecho histórico innegable de que la clase que en otro tiempo fue cabeza o beneficiaria de las grandes revoluciones burguesas se haya convertido ya en una clase objetivamente contrarrevolucionaria, no significa en modo alguno que los problemas objetivos, en torno a los que giraron dichas revoluciones, estén ya resueltos en el plano social y que las capas de la sociedad vitalmente interesadas en una solución revolucionaria estén ya satisfechas.

Todo lo contrario. El giro contrarrevolucionario de la burguesía no implica únicamente su hostilidad hacia el proletariado, sino el desvío, también, respecto de sus propias tradiciones revolucionarias. Abandona al proletariado la herencia de su propio pasado revolucionario. Con lo que el proletariado se convierte en la única clase que está en disposición de llevar consecuentemente a término la revolución burguesa. Es decir que, por una parte, las reivindicaciones de la revolución burguesa -que aún no han perdido su actualidad- únicamente pueden culminar en el marco de una revolución proletaria, en tanto que, por otra, la realización consecuente de estas reivindicaciones de la revolución burguesa conduce necesariamente a la revolución proletaria. La revolución equivale hoy a la culminación y superación de la revolución burguesa.

El exacto conocimiento de esta situación abre una perspectiva inmensa a las oportunidades y posibilidades de la revolución proletaria. Pero esto impone al mismo tiempo esfuerzos enormes al proletariado revolucionario y a su partido dirigente. Porque para llevar a buen término esta transición dialéctica, el proletariado no ha de limitarse a poseer un adecuado conocimiento del contexto justo, sino que ha de ser al mismo tiempo capaz de superar en el terreno práctico todas sus inclinaciones pequeñoburguesas, hábitos del pensamiento, etc., que le han entorpecido la visión clara de todas estas interrelaciones. (Por ejemplo, los prejuicios nacionales.)

En consecuencia, el proletariado se ve obligado a superarse a sí mismo, convirtiéndose en líder de todos los oprimidos. En primer lugar, la lucha de los pueblos oprimidos por su independencia nacional es una gran

obra de autoeducación revolucionaria, tanto para el proletariado del pueblo opresor, que así supera paralelamente a esta conquista de la plena autonomía nacional, su propio nacionalismo, como para el proletariado del pueblo oprimido que, fiel a las consignas del federalismo, supera una vez más su nacionalismo a beneficio de la solidaridad proletaria internacional. Porque, como dice Lenin, "el proletariado lucha por el socialismo y contra sus propias debilidades". La lucha por la revolución, la utilización de las posibilidades objetivas de la situación mundial y la lucha interior por la propia madurez de la conciencia de clase revolucionaria son momentos indisolubles de un único proceso dialéctico.

La guerra imperialista procura, pues, aliados por todas partes al proletariado, cuando lucha revolucionariamente contra la burguesía. Ahora bien, si el proletariado no toma conciencia de su situación y de los deberes inherentes a la misma, dicha guerra le obliga -a remolque de la burguesía- a un terrible autoaniquilamiento. La guerra imperialista crea una situación en el mundo en la que el proletariado puede ponerse verdaderamente a la cabeza de todos los oprimidos y explotados, en la que la lucha por su liberación puede llegar a convertirse en guía y señal para la liberación de todos los esclavizados por el capitalismo. Y sin embargo, puede convertirse al mismo tiempo en una situación mundial en la que millones y millones de proletarios se ven obligados a matarse unos a otros con la crueldad más refinada para favorecer y consolidar la posición monopolista de sus explotadores.

Cuál de ambos destinos le toque en suerte al proletariado depende de la visión de su papel histórico, de su conciencia de clase. Porque "los hombres hacen su propia historia". Y no, por cierto, en circunstancias elegidas por ellos, sino en las que encuentran inmediatamente dadas y que les han sido legadas". No se trata, pues, de que el proletariado tenga que elegir entre combatir o no, sino de que elija a favor de qué intereses tiene que luchar, los suyos propios o los de la burguesía. El problema que plantea la situación histórica del proletariado no es el de una elección entre la guerra y la paz, sino el de una elección entre guerra imperialista y guerra contra esta guerra, o sea, guerra civil.

La necesidad de la guerra civil como defensa del proletariado contra la guerra imperialista emana, como todas las formas de lucha del proletariado, de las condiciones de lucha que la evolución de la producción capitalista y de la sociedad burguesa imponen al proletariado. La actividad del partido, la importancia de la adecuada previsión teórica, únicamente alcanza a conferir al proletariado esa fuerza de resistencia o de ataque que en una situación dada posee ya objetivamente en virtud de su posición de clase, pero que dada su

inmadurez en el plano de la teoría y en el de la organización no eleva a la altura de lo objetivamente posible.

De ahí que aún con anterioridad a la guerra imperialista surgiera la huelga de masas como reacción espontánea del proletariado contra la fase imperialista del capitalismo, y este hecho coherente, que la derecha y el centro de la Segunda Internacional intentaron disimular por todos los medios, ha ido convirtiéndose progresivamente en uno de los pilares teóricos del ala radical.
También en este caso fue Lenin el primero en reconocerá muy pronto, ya en 1905, que la huelga general no era suficiente como arma en la lucha decisiva. Al dar a la fracasada insurrección de Moscú el calificativo de etapa decisiva, pretendiendo fijar así sus experiencias concretas frente a Plejánov, que sostenía que "no se debla haber ido a las armas", Lenin estaba fundando teóricamente la táctica proletaria necesaria en la guerra mundial.

Porque la fase imperialista del capitalismo y, sobre todo, su culminación en la guerra mundial indican que el capitalismo ha entrado en una situación en la que ha de decidir entre su supervivencia o su desaparición. Y con su agudo instinto de clase habituado a gobernar, consciente de que paralelamente al crecimiento de su ámbito de influencia al desarrollo de su aparato estatal está disminuyendo la base social real de su dominio, se esfuerza con toda la energía de que es capaz tanto por ampliar esta base (arrastrando a ella a las capas medias, corrompiendo a la aristocracia obrera, etc.), corno por aplastar definitivamente a sus enemigos mortales, antes de que estos estén en condiciones de ofrecerle una auténtica resistencia.

De ahí que sea la burguesía la que "liquida" en todas partes las formas "pacíficas" de lucha de clases, formas en cuyo temporal, aunque problemático, funcionamiento, descansaba íntegramente la teoría del revisionismo, prefiriendo medios de lucha más enérgicos. (Piénsese en América.) Se va apoderando cada vez con más energía del aparato estatal, identificándose hasta tal punto con él, que incluso las reivindicaciones de apariencia estrictamente económica de la clase obrera chocan cada vez más intensamente contra esa pared, de tal modo que los obreros se ven obligados a luchar contra el poder estatal (es decir, por el poder estatal, aunque no sean conscientes de ello) si quieren frenar el deterioro de su situación económica y la pérdida de las posiciones ganadas.

En virtud de esta evolución, el proletariado se ve obligado a acudir a la táctica de las huelgas generales, con lo que el oportunismo, ante su temor a la revolución, se siente inclinado a abandonar lo ya conseguido

en lugar de extraer las consecuencias revolucionarias de la acción. La huelga general, sin embargo, es esencialmente, un medio revolucionario. Toda huelga de masas crea una situación revolucionaria de la que la burguesía, ayudada por el aparato estatal, extrae, hasta donde le resulta posible, las consecuencias que le convienen.

Frente a estos medios, sin embargo, el proletariado es impotente. Incluso el arma de la huelga general le fracasa, si frente a la toma de armas de la burguesía no acude él mismo a las armas. Lo cual le impone el esfuerzo de armarse, de desorganizar el ejército de la burguesía -compuesto por una mayoría de obreros y campesinos-, de volver contra la burguesía sus propias armas. (La revolución de 1905 muestra numerosos ejemplos de un penetrante instinto de clase, un instinto que, sin embargo, en este punto no pasa de ser eso: un instinto.)

La guerra imperialista extrema esta situación al máximo. La burguesía pone al proletariado ante la alternativa de matar a sus camaradas de clase de otros países, obedeciendo a sus intereses monopolistas, o morir por estos intereses, o derrocar al poder de la burguesía por la fuerza de las armas. Los restantes medios de lucha contra esta violencia extrema resultan impotentes, ya que están condenados a estrellarse sin remedio contra el aparato militar de los estados imperialistas. De manera, pues, que si el proletariado quiere evadirse de esta extrema violencia, debe asumir él mismo el combate contra dicho aparato militar: destruirlo desde dentro y dirigir contra la propia burguesía las armas que la burguesía imperialista se ve obligada a dar al pueblo, utilizándolas así para acabar con el imperialismo.

Nada hay aquí de extraordinario -en el plano teórico. Todo lo contrario. El núcleo de la situación radica en las relaciones de clase entre burguesía y proletariado. La guerra no es, según la definición de Clausewitz, sino la prolongación de la político; y lo es, efectivamente, en todos los sentidos. O sea, que la guerra no sólo significa, respecto de la política exterior de un estado, la más extrema y activa prosecución y culminación de la línea mantenida por el país en "tiempos de paz", sino que viene a exacerbar también al máximo, en el contexto de las diferencias clasistas internas de una nación (o del mundo), todas aquellas tendencias que en "tiempos de paz" se manifestaban activamente en el seno de la sociedad.

De manera, pues, que la guerra no crea ninguna situación absolutamente nueva, ni respecto de un país ni de una clase en el interior de una nación. Su novedad radica en la transformación cualitativa de todos los problemas, cuantitativamente intensificados de

manera excepcional, a que da lugar, provocando así -y sólo así- una nueva situación.

Considerada desde el ángulo socio-económico, la guerra no es, pues, sino una etapa de la evolución imperialista del capitalismo. De ahí que también sea necesariamente una etapa en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. La importancia de la teoría leninista del imperialismo radica en el hecho de haber sido Lenin el primero en establecer, de manera teóricamente consecuente, un nexo entre la guerra mundial y la evolución general, probándolo claramente a la luz de los problemas concretos de la guerra misma.

Ahora bien, como el materialismo histórico es la teoría de la lucha proletaria de clases, el establecimiento de este nexo hubiera quedado incompleto si la teoría del imperialismo no hubiera sido al mismo tiempo una teoría de las corrientes del movimiento obrero en la era imperialista. Por lo tanto, no bastaba con vislumbrar claramente la forma en que el proletariado debía actuar de acuerdo con sus intereses de clase en la nueva situación internacional, creada por la guerra, sino que se tenía que hacer ver al mismo tiempo cuáles eran los fundamentos teóricos de las otras tomas "proletarias" de posición frente al imperialismo y a su guerra, así como los sectores del proletariado que se adherían a estas teorías, convirtiéndolas así en corrientes políticas.

Se trataba, ante todo, de probar que estas corrientes existían en realidad como tales. Probar que la toma de posición de la socialdemocracia ante la guerra no había sido fruto de un extravío momentáneo, ni de cobardía, etc., sino la lógica consecuencia de su evolución anterior. Es decir, que esta toma de posición tenía que ser comprendida en el contexto general de la historia del movimiento obrero, que debla, en fin, ser analizada en relación con las antiguas "divergencias de opinión" que operaban en la socialdemocracia (revisionismo, etc.).

Este punto de vista, que a la luz del método marxista debería ser de todo punto evidente (piénsese en el enjuiciamiento de las corrientes contemporáneas del Manifiesto Comunista) no pudo ser fácilmente aceptado por el ala revolucionaria del movimiento obrero. Ni siquiera el grupo de La Internacional, el grupo de Franz Mehring y Rosa Luxemburgo, estaba en condiciones de reelaborar mentalmente a fondo este punto de vista metodológico, y luego aplicarlo.

Es evidente, sin embargo, que toda condena del oportunismo y de su toma de posición ante la guerra que no lo conciba como una corriente -históricamente detectable- del movimiento obrero, valorando su actualidad como el fruto orgánicamente maduro de todo su pasado, es

incapaz de elevarse a la más elemental altura de una discusión realmente marxista, y es incapaz también de extraer de dicha condena sus concretas consecuencias prácticas, necesarias en el momento de la acción, así como también tácticas, aplicables al terreno de la organización.

Para Lenin, y una vez más sólo para Lenin, estaba claro desde el estallido de la guerra mundial que la actitud de Scheidemann, Plejánov, Vandervelde, etcétera, ante la guerra, no era sino la lógica aplicación de los principios del revisionismo a la situación actual.

Pero, ¿cuál es -en suma- la esencia del revisionismo? En primer lugar, intenta superar esa "unilateralidad" del materialismo dialéctico, en virtud de la cual éste considera la totalidad de los fenómenos del acontecer histórico-social exclusivamente desde el punto de vista de clase del proletariado. Su punto de vista, por el contrario, es el de los intereses de la "sociedad entera". Pero como estos intereses globales -concretamente considerados- no existen en absoluto y como lo que podría parecer tal cosa no pasa de ser el resultado momentáneo de la interacción de las diferentes fuerzas clasistas que luchan entre sí, el revisionista concibe el resultado siempre cambiante del proceso histórico como un punto de partida metodológico invariable. Con lo cual invierte también las cosas en el plano teórico.

Prácticamente considerado, el revisionismo es -dado su punto de partida teórico- un compromiso constante y necesario. El revisionismo siempre es ecléctico; es decir, intenta suavizar -ya en el propio plano de la teoría- los conflictos entre las clases, neutralizándolos entre sí, con el fin de convertir su unidad -unidad que anda cabeza abajo y que, en realidad, sólo existe en su cabeza- en el criterio para enjuiciar los acontecimientos.

He aquí por qué el revisionista rechaza -en segundo lugar- la dialéctica. Porque la dialéctica no es otra cosa que la expresión conceptual de la evolución de la sociedad, una evolución que tiene lugar, en realidad, a fuerza de contradicciones, contradicciones (entre las clases, así como la esencia antagónica de su ser económico, etc.) que constituyen el núcleo y fundamento de todo acontecer, de tal modo que una "unidad" de la sociedad, en tanto ésta descanse sobre una estratificación clasista, no puede ser sino un concepto abstracto, el resultado -pasajero- de la interacción de estas contradicciones.

Y como la dialéctica -en cuanto método- no es más que la formulación teórica del hecho de que la sociedad avanza a través de una serie de contradicciones, pasando de un contrario a otro, es decir, revolucionariamente, el rechazo teórico de la dialéctica implica

necesariamente la ruptura total con cualquier posible comportamiento revolucionario.

En la medida en que los revisionistas -en tercer lugar- se niegan a reconocer la realidad de la dialéctica como movimiento de contrarios que da siempre lugar a algo nuevo, como algo realmente existente, se ven privados en su pensamiento de la dimensión histórica, de lo concreto, de lo nuevo. La realidad que experimentan está subordinada a unas "eternas leyes de bronce" que actúan de manera esquemática y mecanicista, y que -de acuerdo con su esencia- producen siempre lo mismo, y a las que el hombre está sometido, por una especie de fatalidad, como a las propias leyes de la naturaleza.

De manera, pues, que basta con conocer estas leyes de una vez por todas para saber cómo habrá de ir evolucionando el destino del proletariado. Suponer que pueden presentarse situaciones nuevas, no sometidas a estas leyes, o situaciones cuya resolución dependa de la decisión del proletariado, es, para los revisionistas, muy poco científico. (La supervaloración de las grandes individualidades, de la ética, etc., no es sino el complemento necesario de semejante concepción.)

Estas leyes son, sin embargo -en cuarto lugar-, las leyes de la evolución capitalista, y subrayar su validez intemporal y suprahistórica implica que para el revisionista la sociedad capitalista es, como para la burguesía misma, la realidad, es decir, una realidad inmutable en lo esencial. El revisionista no considera ya a la sociedad burguesa como algo surgido históricamente y, en consecuencia, condenado a perecer históricamente, ni a la ciencia como el medio idóneo para determinar el momento de esta decadencia y trabajar para acelerarlo, sino -en el mejor de los casos como un medio para mejorar la posición del proletariado dentro de la sociedad burguesa. Todo pensamiento que vaya prácticamente más allá del horizonte de la sociedad burguesa es, para el revisionismo, una ilusión, una utopía.

De ahí que -en quinto lugar- adopte una posición política "realista". Sacrifica en todo momento los verdaderos intereses de la clase obrera en su totalidad, cuya consecuente defensa califica de utópica, a los intereses inmediatos de determinados grupos. Es evidente -incluso a la luz de estas breves reflexiones- que el revisionismo puede llegar a convertirse en una verdadera corriente del movimiento obrero únicamente porque la nueva evolución del capitalismo permite mejorar económicamente a ciertas capas obreras -aunque sólo sea pasajeramente. Y también porque la estructura organizativa de los partidos obreros asegura a estas capas y a sus representantes intelectuales una influencia superior a la que pueden ejercer amplias

masas revolucionarias -aunque no lo sean sino de manera confusa e instintiva- del proletariado.

Todas las corrientes oportunistas comparten un mismo denominador: no considerar jamás los acontecimientos desde el punto de vista de clase del proletariado, cayendo así en una "Realpolitik" (política realista) ecléctica, ahistórica y no dialéctica; esto es lo que unifica sus diferentes concepciones de la guerra y las presenta, sin excepción, como necesaria consecuencia del revisionismo anterior. La incondicional sumisión del ala derecha respecto de las potencias imperialistas de su "propio" país, es la consecuencia orgánica de una concepción según la cual la burguesía -no sin ciertas reservas, en principio- es la clase rectora de la evolución histórica y el proletariado debe apoyarla en su "papel progresista".

Cuando Kautsky califica a la Internacional de simple instrumento para la paz, inutilizable a efectos bélicos, no dice en realidad cosa muy distinta de lo que decía el menchevique ruso Tscherewanin al estallar en lamentos a raíz de la primera revolución rusa: "En plena llama revolucionaria, sin embargo, cuando los objetivos revolucionarios parecen al alcance de la mano, que difícil resulta esbozar la vía de una táctica menchevique razonable", etc.

El oportunismo se diferencia en razón de las capas de la burguesía en las que intenta apoyarse y detrás de las que procura arrastrar al proletariado. Puede ser, como en el caso del ala derecha, la industria pesada y la gran banca. En cuyo caso el imperialismo es aceptado sin condiciones como algo verdaderamente necesario. El proletariado debe satisfacer sus intereses en la guerra imperialista, en la grandeza y en la victoria de la nación "propia". O puede buscarse también una alianza con aquellos sectores de la burguesía que se ven, sin duda, forzados a participar en la evolución, pero que se sienten relegados a un segundo plano, que se someten prácticamente al imperialismo (y tienen, desde luego, que someterse a él) pero que de todos modos reniegan de su servidumbre y "desean") que las cosas vayan por otro camino; que, en consecuencia, aspiran a una pronta paz, al librecambio, al retorno a una situación "normal", etc. Sin que, evidentemente, sean capaces de oponerse nunca de manera activa al imperialismo.

Por el contrario, se limitan a combatir -inútilmente- para recibir también su parte del botín imperialista (ciertos sectores de la industria ligera, la pequeña burguesía, etc.). Desde este ángulo el imperialismo parece algo "casual"; se procura llegar a una solución pacifista, a una neutralización de las contradicciones. Y el proletariado -al que el centro quiere subordinar a estas capas- debe abstenerse también de luchar activamente contra la guerra. (Y no luchar equivale, en realidad, a

intervenir prácticamente en la guerra.) Debe contentarse simplemente con proclamar la necesidad de una paz "justa", etc.

La Internacional es la expresión, en el plano de la organización, de la comunidad de intereses de todo el proletariado mundial. Desde el momento en que se acepta como teóricamente posible la lucha de obreros contra obreros a beneficio de la burguesía, la Internacional ha dejado prácticamente de existir. Y desde el momento en que se impone la evidencia de que esta lucha sangrienta de obreros contra obreros a beneficio de las potencias imperialistas rivales no es sino la necesaria consecuencia de la línea anteriormente mantenida por los elementos determinantes de la Internacional, no es posible hablar ya de enderezarla nuevamente por el camino justo ni de reorganizarla.

Tomar nota de la existencia del oportunismo corno corriente equivale a denunciar que el oportunismo es el enemigo de clase del proletariado en su propio campo. De manera, pues, que la eliminación de los oportunistas del movimiento obrero es la condición previa e indispensable para toda lucha victoriosa del proletariado contra la burguesía. Para preparar la revolución proletaria es, pues, absolutamente necesario que los obreros se liberen de esta influencia catastrófica, tanto en el ámbito intelectual como en el de la estructura organizativa, Y como esta lucha es, precisamente, la lucha de la totalidad de esta clase contra la burguesía mundial, de esta lucha contra el oportunismo como corriente se desprende una consecuencia necesaria: crear una nueva Internacional proletaria, y revolucionaria.

El hundimiento de la vieja Internacional en la ciénaga del oportunismo ha sido la consecuencia de una época cuyo carácter revolucionario no resultaba inmediatamente visible. Su desmoronamiento y la necesidad de una nueva Internacional es un síntoma de lo inexorable del comienzo de un período de guerras civiles. Lo que no significa en modo alguno, que haya de lucharse a diario a partir de este momento en las barricadas. Significa, antes bien, que esta necesidad puede presentarse en cualquier momento; es decir, que la historia ha puesto la guerra civil a la orden del día. Y un partido del proletariado y, en general, una Internacional no pueden ser eficaces si no reconocen claramente esta necesidad y se deciden a preparar para ella y sus consecuencias al proletariado tanto en lo material, como en lo teórico y en el plano de la organización.

Dicha preparación debe partir de la comprensión del carácter de la época. Tan sólo cuando la clase obrera se haya percatado de que la guerra mundial es la consecuencia necesaria de la evolución imperialista del capitalismo y vea claramente que la guerra civil es la única defensa

con que cuenta para no ser progresivamente aniquilada al servicio del capitalismo, podrá comenzar la preparación material y organizativa de dicha defensa. Y sólo cuando esta defensa sea realmente efectiva, se convertirá el sordo rumor de todos los oprimidos en una alianza con el proletariado que lucha por liberarse. De manera, pues, que el proletariado ha de comenzar por poseer una rigurosa conciencia de clase, materializada ante él de manera absolutamente visible, para convertirse con su ayuda en la cabeza y guía de la verdadera lucha de liberación, de la auténtica revolución mundial.

La Internacional que ha surgido de esta lucha y ha surgido para esta misma lucha es, en consecuencia, la unificación -perfectamente clara en el terreno de la teoría y decididamente apta para la lucha- de los elementos verdaderamente revolucionarios de la clase obrera; pero al mismo tiempo es el órgano y el núcleo de la lucha de todos los oprimidos del mundo por su liberación.

Es el partido bolchevique; la concepción leninista del partido a escala mundial. De idéntica manera a como la guerra mundial demostró en el macrocosmos de una gigantesca destrucción a escala mundial de los poderes del capitalismo en decadencia y las posibilidades de lucha contra él, así Lenin vislumbró claramente en el macrocosmos del incipiente capitalismo ruso las posibilidades de la revolución rusa.

Notas

1. En los años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial la Segunda Internacional -fundada en 1889, en el centenario de la Revolución Francesa- se ocupó preferentemente del peligro cada vez más perceptible de una conflagración bélica entre las grandes potencias imperialistas. En 1907 -dos años después de la derrota de la primera revolución rusa- se celebró en Stuttgart un importante congreso de la Internacional en el que se discutieron problemas tan importantes para la lucha obrera como el del empleo de la huelga general como arma política (reclamado por los sectores más izquierdistas de la socialdemocracia alemana) y, sobre todo, el de la inminente guerra imperialista.

Los socialistas tenían que elegir entre dos alternativas: o se entregaban a la defensa de sus países, en el caso de que éstos fueran atacados, subordinando a esta defensa su oposición a los gobiernos, o se sentían relevados de toda obligación de este tipo como consecuencia de su declarada hostilidad a los estados capitalistas. Tenían también que pronunciarse acerca del colonialismo en cualquiera de sus formas,

adhiriéndose a las empresas colonialistas del momento o condenándolas tajantemente.

El congreso se encontró ante cuatro propuestas no excesivamente diferentes entre sí, aunque tampoco plenamente coincidentes. La más radical (la de Gustave Hervé) era una invitación a los obreros de todos los países a rechazar todo tipo de "patriotismo burgués y gubernamental que mentirosamente sostiene la existencia de una comunidad de intereses entre todos los habitantes de un país". La propuesta de Jules Guesde, a su vez, se manifestaba contra toda posible campaña antimilitarista que pudiera distraer a la clase obrera de su objetivo principal (la toma de poder político y la socialización de la propiedad de los medios de producción), con lo que realmente no se definía demasiado.

En opinión de Vaillant y Jaurés los partidos socialistas debían proponerse el desarme militar de la burguesía con el fin de armar a la clase obrera, es decir, a todo el pueblo. Subrayaban, además, que el primer deber de los proletarios era la solidaridad internacional, de tal modo que su obligación no podía ser otra que impedir la guerra por todos los medios, desde los parlamentarios a la huelga general y la insurrección.

Bebel, por último, definía las guerras como producto típico del capitalismo imperialista y proponía la organización de un sistema democrático de defensa que hiciera imposible toda agresión. En el caso de que por fin estallara la guerra, los obreros estaban obligados a impedir que se extendiera.

En realidad, ninguna de las cuatro propuestas definía claramente la política concreta a seguir. Al final del debate, Rosa Luxemburgo, Lenin y Martov consiguieron imponer algunas enmiendas (presentadas a la propuesta de Bebel), consiguiendo que el congreso proclamase la necesidad de que la clase obrera impidiera la guerra por todos los medios a su alcance, "medios que naturalmente habrán de variar con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política en general". Ahora bien, si a pesar de todo estallaba la guerra, la clase obrera debía "intervenir a fin de ponerle término en seguida, aprovechando con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra, para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista".

En 1910 se reunió un nuevo congreso socialista internacional en Copenhague. En los tres años transcurridos, las grandes potencias imperialistas habían acelerado perceptiblemente su carrera armamentista. Los problemas a discutir eran muchos -las relaciones entre los partidos y las cooperativas, el problema de los sindicatos, el

del desempleo, el de la legislación obrera y social, etc.- y, no obstante, el de la guerra seguía pareciendo el más importante. Se propuso la recomendación de la huelga general de trabajadores como medio especialmente eficaz contra la guerra (sobre todo en las industrias de armamentos, en los transportes, etc.). Pero esta enmienda no logró imponerse. La propuesta aprobada en el congreso de Copenhague ratificaba los acuerdos de Stuttgart, pero acababa recomendando que los socialistas impusieran su pacifismo por vía parlamentaria en sus países respectivos, votando contra los gastos militares y navales, etc.

El comienzo de la guerra de los Balcanes, a fines de 1912 -preludio de la mundial-, hizo que se celebrara un nuevo congreso de La Internacional en Basilea. Los acuerdos de Stuttgart y Copenhague contra la guerra fueron ratificados de nuevo con toda energía. Las declaraciones a favor de la paz fueron muy numerosas; pero el congreso no pasó de recomendar a los socialistas que continuaran su labor pacifista atendiendo a "todos los medios apropiados", teniendo en cuenta que "el temor que la clase gobernante tenía a la revolución proletaria había sido una garantía para la paz" (ya que, de momento, las grandes potencias no habían intervenido prácticamente en la conflagración balcánica).

Un mes antes de la celebración, en agosto de 1914, de un nuevo congreso de La Internacional socialista en Viena, fue asesinado el heredero del trono de Austria, lo que, como todo el mundo sabe, precipitó los acontecimientos. Se acordó trasladar el congreso a Paris, pero se acabó por renunciar definitivamente a él.

Capítulo 5

EL ESTADO COMO ARMA

La esencia revolucionaria de una época resulta especialmente evidente en la superación, por parte de la lucha de clases y de partidos, del carácter de una lucha en el interior de una organización estatal determinada, con el consiguiente desbordamiento de sus fronteras y su difusión más allá de ellas. Por una parte parece una lucha por el poder estatal, por otra, sin embargo, el Estado mismo es convertido también en contrincante. No se lucha únicamente contra el Estado, sino que el Estado mismo se revela como un arma de la lucha de clases, como uno de los instrumentos esenciales para el mantenimiento de un dominio clasista.

Marx y Engels subrayaron repetidamente este carácter del Estado, analizándolo en su completa interrelación con la evolución histórica y la revolución proletaria. Marx y Engels dejaron sentados en términos claros e inequívocos los fundamentos de una teoría del Estado en el marco del materialismo histórico. Y este es, precisamente, el punto en que el oportunismo -consecuente consigo mismo- más se ha alejado de Marx y Engels. Porque en cualquier otro punto era posible presentar la "revisión" de determinadas teorías económicas de tal modo que su base misma siguiera concordando a pesar de todo con la esencia del método marxista (línea de Bernstein) o bien dar a las teorías económicas sustentadas de la manera más "ortodoxa" un giro mecanicista y fatalista, nada dialéctico y no revolucionario (línea de Kautsky).

Pero la simple suscitación de problemas que Marx y Engels consideraban como cuestiones básicas de su teoría del Estado equivale ya a reconocer la actualidad de la revolución proletaria. El oportunismo o de todas las tendencias dominantes en la Segunda Internacional se manifestaba de la manera más clara en su nulo planteamiento serio del problema del Estado; en este punto fundamental no hay ninguna diferencia entre Bernstein y Kautsky.

Todos, sin excepción, se limitaron a aceptar el Estado de la sociedad burguesa. Y cuando lo criticaban, su único propósito era combatir algunas de las formas exteriores o manifestaciones estatales que podían perjudicar al proletariado. Se enfrentaban con el Estado desde el exclusivo punto de vista de unos intereses particulares e inmediatos, sin analizar ni valorar jamás su esencia desde el punto de vista global del proletariado.

La falta de madurez revolucionaria del ala izquierda de la Segunda Internacional, así como su innegable confusionismo, provenían asimismo de su incapacidad para plantearse científicamente el problema del Estado. Llegaban a veces al problema de la revolución, al problema de la lucha contra el Estado, pero sin llegar a plantear el problema de manera concreta -aunque sólo fuera a un nivel puramente teórico- ni mucho menos dilucidar sus consecuencias concretas en la realidad histórica actual.

También en este punto ha sido Lenin el único en alcanzar nuevamente la altura teórica de la concepción marxista, la pureza de la toma de posición revolucionaria frente al problema del Estado. Y aún cuando su aporte no fuera más allá de esto, no por ello dejaría de ser una aportación teórica de máximo rango. Ahora bien, la recuperación leninista de la teoría marxista del Estado no debe ser en modo alguno considerada como una reconstrucción filológica de la teoría originaria o una sistematización filosófica de sus principios más puros, sino como una realización concreta de la misma, como su concretización en lo práctico-actual (fiel en esto al típico proceder leninista).

Lenin vislumbró y situó el problema del día del proletariado combativo. Con ello se lanzó -por no salirnos de esta cuestión- por el camino de la decisiva concretización del problema. Porque el enmascaramiento oportunista de la teoría del Estado del materialismo histórico -una teoría perfectamente clara- fue objetivamente posible por no haber sido planteada esta teoría, con anterioridad a Lenin, sino de manera harto general, como explicación histórica, económica, filosófica, etc., de la esencia del Estado.

Marx y Engels aprehendieron, sin duda, de las manifestaciones revolucionarias concretas de su época el progreso, real de la idea proletaria del Estado (comuna), y subrayaron, desde luego, los inconvenientes de las teorías erróneas del Estado para la gestión de la lucha proletaria de clases (Crítica del programa de Gotha). Sin embargo, ni siquiera sus discípulos más inmediatos, los mejores líderes de la época, comprendieron la profunda relación existente entre el problema del Estado y su inmediato trabajo cotidiano.

Para ello resultaba imprescindible el genio teórico de Marx y de Engels, capaz de vislumbrar lo actual -en un sentido histórico-universal, sobre todo- de esta relación con las pequeñas luchas de cada día. El proletariado todavía estaba en peores condiciones, por supuesto, para vincular orgánicamente este problema medular a los problemas que de manera inmediata iban presentándosela en su lucha cotidiana. El

problema adquiría cada vez mas el acento de un "objetivo final" cuya decisión queda relegada al futuro.

Tan sólo gracias a Lenin fue convertido ese "futuro" -también en el ámbito de la teoría- en un presente. Ahora bien, únicamente en el momento en el que el problema del Estado acaba siendo situado en el centro mismo de la problemática actual le resulta al proletariado posible dejar de considerar de manera concreta al Estado capitalista como su entorno natural inamovible y único orden social posible en su presente existencia. Esta toma de posición frente al Estado burgués es el único camino por el que el proletariado accede a una auténtica independización teórica respecto del Estado, convirtiéndose así su actitud frente al mismo en una simple cuestión táctica.

Es, sin duda, evidente que tanto la táctica de la legalidad a cualquier precio como el romanticismo de la ilegalidad a ultranza padecen soterradamente de la misma falta de independencia táctica respecto del Estado. El Estado burgués no es considerado como instrumento de la lucha de clases de la burguesía, con el que hay que contar como un factor de fuerza real, pero tan sólo como tal factor de fuerza; el respeto al mismo acaba convirtiéndose en una simple cuestión de eficacia.

De todos modos, el análisis leninista del Estado como arma de la lucha de clases concreta el problema todavía más acabadamente. No se limita a poner de relieve las inmediatas consecuencias prácticas (tácticas, ideológicas, etc.) del adecuado conocimiento histórico del Estado burgués, sino que consigue que los rasgos concretos del Estado proletario resulten evidentes en su orgánica vinculación con los restantes medios de lucha del proletariado.

La tradicional división operativa del movimiento obrero (partido, sindicato, cooperativa) se revela hoy como insuficiente para la lucha revolucionaria del proletariado. Resulta palpable la necesidad de crear órganos capaces de reunir al proletariado entero e incluso más allá de éste a todos los explotados de la sociedad capitalista (campesinos, soldados) en masas considerables, para así dirigir su lucha. Estos órganos, los soviets, son, no obstante, esencialmente -incluso en el seno todavía de la sociedad burguesa- órganos del proletariado que se organiza en clase. Con lo que la revolución entra en el orden del día. Porque como dice Marx: "La organización de los elementos revolucionarios como clase presupone la existencia acabada de todas las fuerzas productivas que aún podrían desarrollarse en el seno de la vieja sociedad".

Esta organización global de la clase obrera tiene que emprender la lucha -quiéralo o no- contra el aparato estatal de la burguesía. No hay

elección posible: o los consejos proletarios desorganizan el aparato estatal burgués, o éste corrompe a los consejos, reduciéndolos a una existencia meramente aparente, con lo que, en definitiva, los aniquila. Se crea una situación en la que o bien la burguesía consigue aplastar por vía contrarrevolucionaria los movimientos revolucionarios de masas, reestableciendo la situación "normal", el "orden", etc., o bien surge a partir de los consejos y de las organizaciones de lucha del proletariado su propia organización de dominio, su propio aparato estatal, un aparato que también es, a su vez, una organización de la lucha de clases.

Los consejos obreros revelan ya en 1905, en sus formas iniciales y menos evolucionadas, etc., su carácter: son un contragobierno. En tanto que otros órganos de la lucha de clases pueden todavía adaptarse tácticamente a una época de dominio indiscutible de la burguesía, pudiendo realizar un trabajo revolucionario en semejantes circunstancias, a la esencia del consejo obrero pertenece el estar con el poder estatal de la burguesía en una relación de rivalidad, compitiendo con él como lo que es, es decir, un nuevo gobierno. De manera, pues, que cuando Martov reconoce a los consejos como órganos de lucha, negando paralelamente su condición de posible aparato estatal, no está haciendo en realidad otra cosa que alejar la revolución, la efectiva toma de poder del proletariado, de la teoría.

Cuando algunos teóricos ultraizquierdistas, por el contrario, convierten a los consejos obreros en una permanente organización de clase del proletariado, pretendiendo que sustituyan a los sindicatos y al partido, están evidenciando que son incapaces de comprender la diferencia existente entre situaciones revolucionarias y no revolucionarias, y que no ven claramente la función verdadera de los consejos obreros. No saben que el simple conocimiento de la concreta posibilidad de los consejos obreros desborda el marco de la sociedad burguesa, es una perspectiva de la revolución proletaria, de tal modo que el consejo obrero debe ser, en consecuencia, ininterrumpidamente difundido entre el proletariado, y el proletariado ininterrumpidamente preparado para esta tarea, y que su verdadera existencia -si no quiere reducirse a una farsa- equivale ya a una lucha inexorable por el poder estatal, es decir, a la guerra civil.

El consejo obrero como aparato estatal no es sino el Estado como arma en la lucha de clases del proletariado. La concepción no dialéctica y, en consecuencia, no revolucionaria de los oportunistas ha deducido de la lucha del proletariado contra el dominio clasista de la burguesía y de sus esfuerzos por acceder a una sociedad sin clases que el proletariado, en cuanto adversario, como hemos dicho, del dominio clasista burgués, debe ser asimismo adversario de cualquier otro dominio de clase; y que,

en consecuencia, sus propias formas de dominio no pueden llegar a ser en modo alguno órganos de dominio y de presión clasista.

Este punto de vista es, abstractamente considerado, una utopía, ya que un dominio semejante del proletariado no puede, en realidad, producirse nunca. Ahora bien, analizado más concretamente y aplicado el presente se revela como una capitulación ideológica ante la burguesía. La más elaborada forma de dominio de la burguesía, es decir, la democracia, figura en esta concepción como una forma preparatoria, al menos, de la democracia proletaria; la mayor parte de las veces, sin embargo, como esta democracia misma, y en la que sólo hay que esforzarse -acudiendo a la agitación pacífica- porque la mayoría de la población sea ganada para los "ideales" de la socialdemocracia.

El tránsito de la democracia burguesa a la proletaria no es, pues, necesariamente revolucionario. Lo único revolucionario es el tránsito de formas estatales retrógradas a la democracia; en determinadas ocasiones, una defensa revolucionaria de la democracia puede resultar necesaria en la lucha contra la reacción social. (Lo falso y contrarrevolucionario de esta mecánica separación de la revolución proletaria respecto de la burguesa se evidencia de manera práctica en el hecho de que la socialdemocracia jamás ha opuesto una resistencia seria a reacción fascista alguna, defendiendo revolucionariamente a la democracia).

A la luz de esta concepción, no solamente es alejada la revolución de la evolución histórica y presentada -acudiendo a todo tipo de transiciones más o menos inteligentemente perfiladas- como una "progresión" hacia el socialismo, sino que el carácter clasista burgués de la democracia es ocultado al proletariado. Y el factor del engaño radica en la nula concepción dialéctica del concepto de mayoría. En efecto, como el dominio de la clase obrera representa, por definición, los intereses de la inmensa mayoría de la población, en muchos obreros se desarrolla muy fácilmente la ilusión de que una democracia formal pura, en la que la voz de todos y cada uno de los ciudadanos cuenta lo mismo, puede ser el instrumento más adecuado para expresar y defender los intereses de todos.

Pero en este razonamiento se olvida simplemente -¡simplemente!- el hecho insignificante de que los hombres no son individuos abstractos, átomos aislados de un todo estatal, sino hombres concretos sin excepción, hombres que ocupan un lugar determinado en la producción social y cuyo ser social (y, mediatamente, su pensamiento, etc.), viene determinado por esta posición.

La democracia pura de la sociedad burguesa excluye esta mediación, vinculando inmediatamente el simple individuo abstracto con el todo del Estado -que en este contexto se presenta de manera no menos abstracta. Ya simplemente por este carácter formal de la democracia pura es pulverizada políticamente la sociedad burguesa. Lo que no implica ninguna ventaja especial para la burguesía, sino sólo la condición inexcusable de su dominio de clase.

Porque por mucho que un dominio de clase se base en última instancia en la fuerza, no hay dominio de clase que pueda sostenerse a la larga exclusivamente por la violencia. Ya Talleyrand decía que "con las bayonetas es posible hacerlo todo, salvo sentarse sobre ellas". Todo dominio de una minoría está organizado socialmente de tal manera que concentra a la clase dominante, preparándola para una acción unificada y coherente, en tanto que desorganiza y fragmenta a las clases oprimidas.

En el caso del dominio minoritario de la burguesía moderna hay que tener siempre presente que la gran mayoría de la población no pertenece a ninguna de las clases decisivas en la lucha de clases, ni al proletariado ni a la burguesía; y que, en consecuencia, a la democracia pura le corresponde la tarea social y clasista de salvaguardar a la burguesía en la dirección de estas capas intermedias. (A lo que, por supuesto, corresponde también la desorganización ideológica del proletariado. Cuanto más antigua es la democracia de un país, cuanto más puramente se ha desarrollado, tanto mayor es esta desorganización ideológica, como puede verse de la manera más clara en Inglaterra y Estados Unidos).

Es evidente, de todos modos, que una democracia política de este tipo no es suficiente para estos fines. No es sino la culminación política de un sistema social cuyos restantes elementos son: la separación ideológica entre la economía y la política, la creación de un aparato estatal burocrático, que motiva que a grandes sectores de la pequeña burguesía les interese moral y materialmente la solidez del Estado, el sistema de partidos burgueses, la prensa, la escuela, la religión, etcétera.

Elementos que -dentro de una división más o menos consciente del trabajo- persiguen un mismo fin: evitar que surja entre las clases explotadas una ideología que exprese sus intereses específicos, vincular a los miembros de estas clases, en su condición de individuos aislados, es decir, como simples "ciudadanos", etc., a un Estado abstracto -situado por encima y mas allá de las clases-, desorganizar, en fin, estas clases como tales clases, reduciendo a sus miembros a átomos fácilmente manejables por la burguesía.

La conciencia de que los consejos (consejos de obreros y de campesinos y de soldados) constituyen el poder estatal del proletariado no es sino la tentativa, por parte del proletariado, de trabajar, como clase rectora de la revolución, contra este proceso de desorganización. El proletariado debe empezar por constituirse a sí mismo como clase. Pero ha de organizar también paralelamente a los elementos más vitales de las capas intermedias, que se revuelven instintivamente contra el dominio de la burguesía, preparándolos para la acción. Al mismo tiempo, sin embargo, es preciso quebrantar la influencia material e ideológica de la burguesía sobre los restantes sectores de estas clases.

Oportunistas más inteligentes, como por ejemplo, Otto Bauer,1 han percibido también que el sentido social de la dictadura del proletariado, de la dictadura de los consejos, radica esencialmente en arrancar de modo radical a la burguesía la posibilidad de una dirección ideológica de estas clases, de los campesinos sobre todo, asegurando este papel rector -durante el período de transición- para el proletariado. Aplastar a la burguesía, destruir su aparato estatal, acabar con su prensa, etc., son necesidades vitales para la revolución proletaria, porque la burguesía, después de sus primeras derrotas en la lucha por el dominio del Estado, no renuncia en absoluto a la recuperación de su papel rector en lo económico y en lo político, y sigue siendo durante mucho tiempo -incluso en el contexto de una lucha de clases llevada a cabo en unas condiciones diferentes- la clase más poderosa.

El proletariado prosigue, pues, con la ayuda del sistema estatal de consejos (es decir, del sistema "soviético") la lucha que antes había llevado contra el poder estatal capitalista. Tiene que aniquilar económicamente a la burguesía, aislarla políticamente, someterla y acabar ideológicamente con ella. Y tiene, al mismo tiempo, que llegar a ser para todas las otras capas de la sociedad a las que el proletariado arranca de su servidumbre respecto de la burguesía, un guía en el camino de su libertad. Es decir, que no basta que el proletariado luche objetivamente por los intereses de los otros sectores explotados.

Su forma estatal ha de servir también para superar la apatía y fragmentación de estas capas, educándolas de nuevo, educándolas con vistas a la acción, con vistas a su autónoma participación en la vida del Estado. Una de las funciones más importantes del sistema soviético es la de vincular entre si todos aquellos elementos de la vida social que el capitalismo desgarra. Y es allí donde este desgarramiento está únicamente presente en la conciencia de las clases oprimidas, debe revelar a éstas la vinculación existente entre estos elementos.

El sistema soviético une, por ejemplo, inextricablemente política y economía; de este modo vincula la existencia humana inmediata, con sus inmediatos intereses cotidianos, etc., a los problemas esenciales de la totalidad. En la realidad objetiva reestablece asimismo la unidad allí donde los intereses clasistas de la burguesía imponían la "división del trabajo", la unidad, sobre todo, entre el "aparato del poder" (ejército, policía, administración, justicia, etc.) y el "pueblo". Los campesinos armados y los obreros son, como tal poder estatal, producto de la lucha de los consejos y supuesto previo de su existencia.

El sistema soviético procura vincular siempre la actividad de los hombres a los problemas generales del Estado, de la economía, de la cultura, etc., luchando al mismo tiempo para que la administración de todos estos problemas no llegue a ser el privilegio de una capa burocrática cerrada y aislada del conjunto de la vida social. Al devenir así consciente la sociedad entera de la interrelación real de todos los factores de la vida social (y al unificar objetivamente en un estadio ulterior lo que hoy está objetivamente disociado -la ciudad y el campo, por ejemplo, el trabajo intelectual y el manual, etcétera-) el sistema soviético se convierte en un factor decisivo en la organización del proletariado como clase.

Lo que en el proletariado de la sociedad capitalista no pasaba de ser una posibilidad, alcanza aquí existencia real; la auténtica energía productiva del proletariado únicamente puede despertarse en toda su plenitud después de la toma del poder estatal. Y lo que vale para el proletariado, vale también para las otras capas oprimidas de la sociedad burguesa.

Tampoco éstas pueden desarrollarse realmente sino en este contexto, por más que también en este orden estatal salgan siendo dirigidas. Aunque, como es obvio, ser dirigidas en el capitalismo les suponía no poder vislumbrar su descomposición social y económica, su opresión y su explotación. Ahora, por el contrario -dirigidas por el proletariado- no solamente pueden vivir más de acuerdo con sus propios intereses, sino que se benefician también del desarrollo de unas energías que hasta ese momento hablan permanecido ocultas y atrofiadas. Estos sectores son dirigidos, tan sólo en la medida en que el contexto y la orientación de este desarrollo están determinados por el proletariado, clase dirigente de la revolución.

Ser dirigidas tiene, pues, para las capas intermedias no proletarias, un sentido material muy distinto según ello ocurra en el Estado proletario o en la sociedad burguesa. Pero existe también una diferencia formal no desdeñable debida al hecho de ser el Estado proletario el primer Estado de clase de la historia que confiesa abiertamente, sin tapujos, que es tal

Estado de clase, es decir, un aparato de opresión, un instrumento de la lucha de clases.

Esta franqueza, esta falta de disimulo es lo que hace posible un verdadero entendimiento entre el proletariado y otros sectores de la sociedad. Pero, sobre todo, es un medio muy importante para la autoeducación del proletariado. Porque así como fue de la mayor importancia despertar en el proletariado la conciencia de que la fase de las luchas revolucionarias había llegado ya, de que la lucha por el poder estatal y por la dirección de la sociedad había ya estallado, no sería menos peligroso que esta verdad se volviera rígida por falta de espíritu dialéctico.

Seria, efectivamente, muy peligroso que el proletariado, al liberarse de la ideología del pacifismo en la lucha de clases y al comprender la importancia histórica y el carácter inevitable de la fuerza, llegara ahora a hacerse a la idea de que la violencia ayuda a solucionar todos los problemas del dominio del proletariado en todas las circunstancias. Pero más peligroso seria aún que el proletariado llegara a creer que la lucha de clases termina con la conquista del poder estatal o, por lo menos, se apacigua al producirse ésta.

El proletariado debe comprender que la conquista del poder estatal no pasa de ser una fase de esta lucha. Una vez tomado el poder estatal la lucha aún prosigue en toda su violencia, y no cabe afirmar en modo alguno que las relaciones de fuerza se han desplazado ya decisivamente en favor del proletariado. Lenin repite incansablemente que la burguesía sigue siendo la clase más poderosa aún una vez instaurada ya la república soviética, aún una vez expropiada ya económicamente y aun incluso una vez oprimida ya políticamente. Pero las relaciones de fuerzas se han desplazado efectivamente en la medida en que el proletariado ha conquistado una nueva y poderosa arma para su lucha de clases: el estado.

Qué duda cabe: el valor de esta arma, su capacidad de disolución, aislamiento y destrucción de la burguesía, su capacidad para ganar y educar a los otros sectores de la sociedad, asociándolos al Estado de los obreros y campesinos, su capacidad, en fin, para organizar al proletariado mismo y convertirlo realmente en clase dirigente, todo ello no se adquiere, desde luego, automáticamente por la simple conquista del poder estatal, ni se desarrolla forzosamente el Estado como medio de lucha a partir del simple acto de la conquista del poder del Estado. El valor del Estado como arma del proletariado depende de lo que el proletariado sea capaz de hacer con él.

La actualidad de la revolución se expresa en la actualidad del problema del Estado para el proletariado. Lo cual plantea al mismo tiempo el problema del socialismo, que en vez de una perspectiva lejana, de un objetivo final se convierte en un problema de inmediata actualidad para el proletariado. Esta proximidad tangible de la realización del socialismo se ha convertido nuevamente en una relación dialéctica, y podría ser funesto para el proletariado que esta proximidad del socialismo fuera interpretada de manera utópica y mecanicista, es decir, como si fuera su realización misma, lograda por la simple conquista del poder (expropiación de los capitalistas, socialización, etcétera).

Marx ha analizado con extrema perspicacia el tránsito del capitalismo al socialismo, indicando las múltiples formas estructurales burguesas que -no pueden ser sino lentamente eliminadas y a través de una larga y costosa evolución. Lenin traza asimismo con nitidez extrema la línea divisoria respecto de la utopía. "Ningún comunista ha discutido, según creo -nos dice- que la expresión "república socialista soviética" expresa la determinación del poder soviético de realizar el tránsito al socialismo y en absoluto cualquier posible aceptación de las condiciones económicas dadas como ya socialistas". La actualidad de la revolución significa, pues, la conversión del socialismo en el punto central del orden del día para el movimiento obrero. Pero tan sólo en el sentido de que debe luchar día tras día por la realización de sus supuestos previos y que tan sólo algunas medidas concretas del día representan ya pasos concretos en el camino de su realización.

El oportunismo revela precisamente en este punto, en su crítica de la relación entre soviets y socialismo que se ha pasado definitivamente al campo de la burguesía, que se ha convertido en un enemigo de clase del proletariado. Porque por un lado considera todas las aparentes concesiones que una burguesía momentáneamente asustada y desorganizada ha hecho al proletariado (con la intención de revocarlas tan pronto como le sea posible) como pasos efectivos hacia el socialismo. (Piénsese en las "comisiones de socialización" organizadas en Alemania y Austria en 1918-19 y hace ya mucho tiempo liquidadas).2 Por otro denigra a la república soviética por no haber dado vida inmediata al socialismo y por hacer, bajo formas proletarias y bajo dirección asimismo proletaria, una revolución burguesa simplemente. ("Rusia como república de campesinos", "Nueva implantación del capitalismo", etc.).

En ambos casos se ve claramente que para el oportunismo de toda laya el verdadero enemigo, el enemigo que debe ser realmente combatido es la revolución proletaria misma. Lo que, en realidad, no es sino la consecuente prolongación de su toma de posición respecto de la guerra

imperialista. Al tratar Lenin a los oportunistas en la república soviética como enemigos de la clase obrera tampoco hace, a su vez, sino proseguir consecuentemente su crítica del oportunismo de antes y de durante la guerra. El oportunismo forma parte también de la burguesía, cuyo aparato moral y material debe ser destruido y cuya estructura debe ser desorganizada por la dictadura, con el fin de evitar que su influencia se extienda a aquellos sectores de clase cuya objetiva situación de clase coadyuva a su inestabilidad.

Lo que agudiza al máximo esta lucha, convirtiéndola en mucho más encarnizada de lo que era en la época, por ejemplo, de la polémica suscitada por Bernstein es, precisamente, la actualidad del socialismo. El Estado, como arma del proletariado para la lucha por el socialismo y para el sometimiento de la burguesía es, al mismo tiempo, un arma para acabar con el peligro oportunista, un peligro que acecha a la lucha de clases protagonizada por el proletariado y que debe proseguir con igual violencia en la dictadura.

Notas

1. Otto Bauer (1881-1935) figura preeminente del ala izquierda del Partido Socialista austriaco. Recién fundada la República de Austria (a raíz del desmoronamiento del Imperio provocado por el resultado de la Primera Guerra Mundial) ocupó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno.

2. La revolución de Munich y las grandes huelgas de marzo de 1919 -sangrientamente reprimidas- crearon un clima tal de protesta en toda Alemania que el gobierno comprendió la necesidad de hacer algunas concesiones a la petición de reconocimiento de los recién creados "consejos de obreros". No obstante, los socialistas -que eran mayoría en el gobierno- se oponían a cualquier posible concesión de poder político a los mismos.

Aún así, el 15 de marzo de 1919 se firmó un acuerdo en Weimar creando -de acuerdo con la nueva Constitución- consejos de obreros en las fábricas y grandes complejos industriales, a los que, dado su carácter representativo, correspondería intervenir en la regulación de los problemas de la producción, así como en la confección de posibles planes de realización. Para que este acuerdo entrara en vigor, debían ser aprobadas unas leyes reglamentadoras. Al ser aprobadas éstas, sin embargo, las atribuciones de los consejos -que duraron mientras duró la República de Weimar- fueron más bien de poca monta: podían intervenir

en los despidos, supervisar las cuestiones de disciplina, las condiciones de trabajo, etc.

En cuanto a la socialización, se preveían leyes para socializar las minas de carbón y las industrias de fuerzas eléctricas, pero, de hecho, jamás hubo tal socialización.

Capítulo 6

"REALPOLITIK" REVOLUCIONARIA

El proletariado toma el poder del Estado e instaura su dictadura revolucionaria; lo cual significa que la realización del socialismo se ha convertido en el problema del día. Un problema para el que el proletariado no estaba en modo alguno suficientemente preparado. Porque la "Realpolitik" de la socialdemocracia al ocuparse siempre de los problemas del día como tales problemas del día, simplemente, es decir, sin relacionarlos con los problemas últimos de la lucha de clases y, en consecuencia, sin apuntar nunca más allá del horizonte de la sociedad burguesa, no ha conferido al socialismo a los ojos de los obreros sino, nuevamente, un carácter utópico.

La escisión entre el movimiento y su objetivo final no falsea únicamente la adecuada visión de los problemas cotidianos, de los problemas del movimiento obrero como tal, sino que transforma al mismo tiempo su objetivo final en una utopía. Esta regresión al utopismo se manifiesta de muy diversas formas. Sobre todo en el hecho de que el socialismo deja de presentarse a los ojos de los utopistas como un proceso en curso para parecer algo que ya es. Es decir, únicamente se analizan los problemas del socialismo -en la medida en que son planteados- desde el punto de vista de las cuestiones económicas, culturales, etc., y de las mejores soluciones técnicas imaginables para las mismas, una vez entrado ya el socialismo en la fase de su realización práctica.

Pero el problema de cómo puede llegarse a una situación de este tipo, es decir, de cómo puede resultar socialmente posible, no se plantea, así como tampoco se plantea el problema de la concreta naturaleza social de una situación de este tipo, ni el de las relaciones de clase y las formas económicas en las que se encuentra el proletariado en el momento histórico en el que se presenta la tarea de realizar el socialismo. (De manera similar a como Fourier estudió en su época muy detalladamente el funcionamiento de los falansterios, sin mostrar el camino concreto de su realización.)

El eclecticismo oportunista, o lo que es lo mismo, la supresión de la dialéctica del método del pensamiento socialista, sustrae, pues, al propio socialismo del proceso histórico de la lucha de clases. De ahí que los contaminados por el veneno de este pensamiento no perciban los puntos previos de la realización del socialismo ni los problemas mismos de su realización sino en una perspectiva harto deformada.

El error de esta posición de base es tan profundo que no sólo informa el pensamiento de los oportunistas -para quienes el socialismo sigue siendo un objetivo lejano-, sino que llega en ocasiones a alcanzar también a revolucionarios sinceros, a los que lleva a falsas concepciones. Estos últimos -buena parte del ala izquierda de la Segunda Internacional- fueron capaces de percibir adecuadamente el proceso revolucionario mismo, la lucha por el poder como proceso, en estrecha relación con los problemas prácticos de cada día, pero sin llegar a integrar en este mismo contexto la situación del proletariado después de la conquista del poder y los problemas concretos derivados de esta situación. También en este punto se revelaron como utopistas.

El realismo extraordinario con el que Lenin trató los problemas todos del socialismo durante la dictadura -y que le valió la consideración hasta de sus propios rivales de la grande y pequeña burguesía- no es, en suma sino la consecuente aplicación del marxismo, de la vía histórico-dialéctica de estudio, análisis y posible solución de los problemas -ya actuales- del socialismo. Poco es lo que en los escritos y discursos de Lenin -como, por otra parte, en los de Marx- se encontrará sobre el socialismo como hecho consumado. Y mucho, por el contrario, sobre los pasos que llevan a su realización.

Porque apenas podemos imaginarnos de manera concreta el socialismo en todos sus detalles como sí fuera una situación ya creada. Por importante que sea el adecuado conocimiento teórico de su estructura básica, la importancia de este reconocimiento radica, sobre todo, en su condición de posible patrón de medida para los pasos dados hacia el socialismo. El conocimiento concreto del socialismo es, como lo es, por otra parte, el socialismo mismo, el resultado de la lucha que se lleva a cabo por conseguirlo; y no nos resulta accesible sino en dicha lucha por el socialismo y sólo en ella. Y todo intento de llegar a un conocimiento del socialismo por otro camino que el de su interrelación dialéctica con los problemas cotidianos de la lucha de clases, no haría de él sino una metafísica, una utopía, algo puramente contemplativo y en absoluto práctico.

El realismo de Lenin, es decir, su "realpolitik" no es, pues, sino la definitiva liquidación de todo utopismo, la realización concreta del contenido del programa de Marx; una teoría -en suma- convertida en práctica, una teoría de la praxis. Lenin ha hecho con el problema del socialismo lo mismo que hizo con el problema del Estado: lo arrancó del aislamiento metafísico y del aburguesamiento en el que estaba sumido y lo introdujo en el contexto global de los problemas de la lucha de clases. Tradujo a experiencia práctica las geniales indicaciones hechas por Marx en su "Critica del programa de Gotha" y en otros puntos de su obra,

confrontándolas con el proceso histórico y dándoles vida y concreción en la realidad histórica con una plenitud muy superior a la que hubiera sido posible en la época de Marx e incluso para un genio como Marx.

Los problemas del socialismo son, en consecuencia, los problemas de la estructura económica y de las relaciones de clase en el momento en que el proletariado toma el poder estatal. Surgen de manera inmediata de la situación en la que el proletariado implanta su dictadura. De ahí que no puedan ser comprendidos y resueltos fuera del contexto mismo de esos problemas; no obstante contienen un elemento radicalmente nuevo, nuevo -por este mismo motivo- en relación con esta situación y con todas las situaciones precedentes.

Efectivamente: todos sus elementos pueden provenir del pasado, pero su relación con el mantenimiento y fortalecimiento del dominio del proletariado da lugar a nuevos problemas que no podían estar en Marx ni en otras teorías anteriores, y que no pueden ser comprendidos y resueltos sino a partir de esta situación esencialmente nueva.

La "realpolitik" de Lenin se revela en consecuencia -analizada en su contexto general y atendiendo a su fundamento mismo- como el punto más alto alcanzado hasta la fecha por la dialéctica materialista. Por una parte, un análisis estrictamente marxista, sobrio y austero, pero profundamente penetrante, de la situación dada, de la estructura económica y de las relaciones de clase. Por otra, una visión extremadamente clara, no deformada por prejuicio teórico ni deseo utópico alguno, de todas las nuevas tendencias que se derivan de esta situación.

Este postulado, aparentemente sencillo y que hunde, efectivamente, sus raíces de la esencia de la dialéctica materialista -que es en realidad una teoría de la historia- no resulta, sin embargo, tan fácil de satisfacer. Los hábitos mentales del capitalismo han educado a todos los hombres, y sobre todo a los de orientación científica, en la costumbre de no explicar lo nuevo sino a partir de lo antiguo, en explicar íntegramente lo actual a partir de lo pasado. (El utopismo de los revolucionarios es un intento de superar esto con las fuerzas actualmente disponibles, un intento con el fin de saltar a un mundo absolutamente nuevo, sin comprender dialécticamente la cristalización dialéctica de lo nuevo a partir de lo antiguo).

"He ahí por qué -decía Lenin- se dejan confundir tantos por el Capitalismo de Estado. Para evitar la confusión no hay que perder nunca de vista lo fundamental, es decir, que el Capitalismo de Estado, tal y como lo hemos realizado, no ha sido analizado por teoría alguna, no hay bibliografía sobre él, por la sencilla razón de que todos los conceptos

vinculados a esta expresión vienen referidos al poder burgués en la sociedad capitalista. Y el nuestro es un Estado que ha abandonado la vía capitalista, sin haber entrado todavía en la nueva vía".

¿Qué es, sin embargo, lo que para la concreta realización socialista encuentra el proletariado ruso que ha accedido al poder en su entorno real? En primer lugar, un capitalismo monopolista -relativamente- desarrollado, en pleno derrumbamiento a consecuencia de la guerra mundial, en un país agrícola atrasado cuyo campesinado sólo ha podido liberarse de las cadenas de los residuos feudales uniéndose a la revolución proletaria.

En segundo lugar, fuera de las fronteras rusas un mundo capitalista hostil, cuya intención no es otra que dificultar por todos los medios a su alcance las cosas al nuevo Estado de obreros y campesinos, y que sería suficientemente fuerte como para aplastarlo militar o económicamente si no estuviera tan profundamente dividido por las crecientes contradicciones del capitalismo imperialista, contradicciones y rivalidades, etc., de las que el proletariado ha sabido aprovecharse siempre. (Nos hemos limitado únicamente a aludir a los dos complejos de problemas más importantes; en tan pocas páginas no podemos aspirar a analizarlos a fondo).

La base material del socialismo como forma económica superior destinada a reemplazar al capitalismo no puede radicar sino en una reorganización de la industria, en un superior desarrollo de la misma, en su adaptación a las necesidades de las clases trabajadoras, en su transformación en el sentido de una vida cada vez más plena (supresión de la contraposición entre el campo y la ciudad, entre el trabajo físico y el intelectual, etc.). El estadio en que esta base del socialismo se encuentre condiciona, consecuentemente, las posibilidades y vías de su realización concreta.

Ya en 1917 -antes de tomar el poder del Estado- determinó Lenin con toda claridad la situación económica y las tareas que ésta imponía al proletariado. "A la dialéctica histórica se debe, precisamente, que la guerra, al acelerar considerablemente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado haya aproximado sobremanera, en virtud precisamente de ello, la humanidad al socialismo. La guerra imperialista es el preludio de la revolución socialista. Y no únicamente porque la guerra engendra, con toda su carga de horror, la sublevación proletaria -no hay sublevación capaz de crear el socialismo, si su base económica no ha madurado-, sino, sobre todo, porque el capitalismo monopolista de Estado es una perfecta preparación material para el socialismo, es su puerta de entrada, en la

medida en que en la escala de la historia constituye precisamente ese escalón que precede al socialismo, sin ningún otro escalón intermedio".

En consecuencia, "el socialismo no es otra cosa que un capitalismo monopolista de Estado organizado a beneficio de la totalidad del pueblo, y en este sentido, no es ya monopolio capitalista alguno". Y a comienzos de 1918: "...en el actual estado de cosas el capitalismo estatal representaría un paso hacia adelante en nuestra república soviética. Si en medio año, por ejemplo, se implantara en nuestro país sólidamente el Capitalismo de Estado, ello representaría un gigantesco triunfo y la más segura garantía de que al cabo de un año el socialismo habría sido definitivamente establecido entre nosotros y sería ya invencible".

Dada la difusión de esa leyenda burguesa y socialdemócrata según la cual Lenin, una vez fracasada la tentativa "marxista doctrinaria" de introducir "de golpe" el comunismo habría firmado una transacción, llevado de su "realismo y sagacidad política", desviándose así de su línea anterior, no podíamos renunciar a citar extensamente los párrafos anteriores. La verdad histórica es, precisamente, lo contrario.

El llamado comunismo de guerra, al que Lenin calificaba de "medida provisional, condicionada por la guerra civil y por la destrucción" y que "no era ni podía ser una política adecuada a las tareas económicas del proletariado", era una desviación de la línea por la que -según sus previsiones teóricas- discurría la evolución al socialismo. Una medida condicionada, sin duda, por la guerra civil interior y exterior y, en consecuencia, inevitable, pero provisional. Pero, según Lenin, al proletariado le habría resultado funesto desconocer este carácter del comunismo de guerra, considerándolo -a la manera de muchos revolucionarios sinceros, pero que no estaban a la altura de Lenin en el plano teórico- como un verdadero paso hacia el socialismo.

Lo que importa no es, pues, la intensidad con que ostentan un carácter socialista las formas externas de la vida económica, sino, exclusivamente, el grado de dominio efectivo que tiene el proletariado de este aparato económico que ha hecho suyo al tomar el poder y que constituye al mismo tiempo, la base de su ser social, es decir, la gran industria, así como el grado en que pone dicho dominio efectivamente al servicio de sus objetivos de clase.

Por mucho, sin embargo, que hayan cambiado el entorno de estos objetivos de clase y, en consecuencia, los medios de su realización, su eje general ha tenido que seguir siendo el mismo: proseguir la lucha contra la burguesa, es decir, proseguir la lucha de clases con la ayuda de esas -siempre vacilantes- capas medias (los campesinos, sobre todo). Y en este sentido no debe olvidarse jamás que a pesar de su

inicial victoria, el proletariado sigue siendo la clase más débil, y lo seguirá siendo durante mucho tiempo -hasta la victoria de la revolución a escala mundial.

La lucha del proletariado ha de ceñirse, pues, en el terreno económico, a dos principios: detener, por una parte, la destrucción de la gran industria por la guerra y la guerra civil tan rápida y plenamente como sea posible, ya que sin esta base el proletariado como clase camina hacia un abismo. Y, por otra, regular los problemas de la producción y distribución de tal modo que el campesinado, que gracias a la solución revolucionaria del problema agrario, se ha convertido en un aliado del proletariado, permanezca fiel a esta alianza obteniendo la mayor satisfacción posible de sus intereses materiales. Los medios para la realización de estos objetivos varían según las circunstancias. Pero su realización progresiva es el único camino para mantener impávido el dominio del proletariado, primera premisa del socialismo.

La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado prosigue, pues, con idéntica violencia en el frente de la economía interior. La pequeña empresa, cuya abolición y "socialización", es en este estadio, pura utopía, "engendra capitalismo ininterrumpidamente, engendra burguesa día tras día, hora tras hora, de manera elemental y, también, de manera masiva".

Lo importante es saber si en esta competición vencerá esa burguesa que nuevamente está formándose y acumulando, o la gran industria estatal y dominada por el proletariado. El proletariado debe arriesgarse a esta competición, si no quiere, por el contrario, arriesgarse a poner a la larga en peligro su alianza con los campesinos, al estrangular las pequeñas industrias, comercios, etc. (un estrangulamiento cuya plena consecución es, por otra parte, ilusoria).

A ello se une la participación de la burguesía en dicha competencia, en forma de capital extranjero, de concesiones, etcétera. Surge así la paradójica situación de que este movimiento -independientemente de sus intenciones- puede llegar a ser, en un plano económico objetivo, un aliado del proletariado, en la medida en que ayuda a fortalecer la potencia económica de la gran industria. Nace así "una alianza contra los elementos de la pequeña empresa"; teniendo que ser, por otra parte, combatida, al mismo tiempo, con toda energía la natural tendencia del capital concesionario a convertir progresivamente el Estado proletario en un a colonia capitalista. (Cláusulas en las concesiones, monopolio del comercio exterior, etc.).

Estas breves reflexiones no pueden proponerse, en modo alguno, esbozar, ni siquiera a grandes rasgos, la política económica de Lenin. Lo

que aquí simplemente queda indicado debe servir para subrayar con cierta claridad los principios de la política de Lenin, su fundamento teórico. Principios que, en definitiva, consisten en mantener en pie el dominio del proletariado en un universo de enemigos subrepticios o declarados, y de aliados vacilantes. Al igual que el principio básico de su política antes de la toma de poder consistió en detectar, en el caos de las tendencias sociales del capitalismo decadente que se entrelazaban y confluían, todos aquellos factores que, explotados por el proletariado, podían convertirlo en la clase rectora y dominante de la sociedad.

Lenin se mantuvo fiel a este principio durante toda su vida, sin concesiones ni desfallecimientos. Pero se mantuvo fiel a él en su condición de principio dialéctico -siendo no menos implacable su rigor en este punto. En el sentido de que "la tesis básica de la dialéctica materialista es que todos los limites en la naturaleza y en la historia están condicionados y tienen, al mismo tiempo, una gran movilidad, de tal modo que no hay un solo fenómeno que, en determinadas circunstancias, no pueda convertirse en su contrario". De ahí que la dialéctica exija "una investigación radical del fenómeno social del que se trate en su evolución misma, así como una reducción de los momentos externos y aparentes a las fuerzas actuantes fundamentales, al desarrollo de las fuerzas productivas y a la lucha de clases".

La grandeza de Lenin como dialéctico se debe a su constante aprehensión de los principios fundamentales de la dialéctica, del desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clases en su esencia más profunda de manera concreta, sin prejuicios abstractos, pero, también, lejos de toda confusión fetichista en virtud de cualesquiera fenómenos superficiales. Se debe, en fin, a su constante reducción de todos los fenómenos con que hubo de enfrentarse, a este principio último de los mismos: a la acción concreta de los hombres concretos (es decir, condicionados tenencia a una clase determinada), en virtud de sus verdaderos intereses de clase. La leyenda del Lenin "hábil político realista", del Lenin "maestro de las transacciones" cae en este punto, desvelándose ante nosotros el verdadero Lenin, el edificador consecuente dé la dialéctica marxista.

Ante todo hay que rechazar en el análisis del concepto de transacción cualquier posible significado del término que tienda a presentarlo como una habilidad, maniobra o fraude refinado. "Las personas -decía Lenin- para quienes la política es un conjunto de pequeñas maniobras que en ocasiones rozan el engaño, no encontrarán en nosotros sino el rechazo más categórico. Las clases no pueden ser engañadas". La transacción no consiste, pues, en el contexto leninista sino en aprovechar en este sentido las tendencias evolutivas reales de las clases (y eventualmente

de las naciones, en el caso, por ejemplo, de los pueblos oprimidos) que en determinadas circunstancias y durante cierto tiempo caminan paralelamente en algunos problemas de interés vital para el proletariado, a beneficio de ambas partes.

Las transacciones también pueden ser, sin embargo, una forma de la lucha de clases contra el enemigo más decidido de la clase obrera, es decir, contra la burguesía. (Basta con pensar en la relación de la Rusia soviética con los Estados imperialistas.) Y los teóricos del imperialismo se aferran a esta forma especial de transacciones con el fin, en parte, de elogiar -o criticar- a Lenin como "político realista no dogmático" o bien, asimismo, para justificar de este modo sus propios compromisos. Ya hemos aludido a lo erróneo del primer argumento; en el enjuiciamiento del segundo hay que tener en cuenta -como en todo problema dialéctico- la totalidad formada por el entorno concreto de la transacción. E inmediatamente resulta evidente, por este camino, que la transacción de Lenin y la de los oportunistas parten de supuestos previos diametralmente opuestos.

La táctica de la socialdemocracia descansa -declarada o inconscientemente- en el criterio de que la verdadera revolución aún está muy lejos, en que aún no se dan las condiciones objetivas básicas para la revolución social, en que el proletariado aún no está ideológicamente maduro para la revolución, en que el partido y los sindicatos aún son demasiado débiles, etc., de donde se extrae la consecuencia de que el proletariado ha de llegar a una transacción con la burguesía. Cuanto más intensamente se den las condiciones básicas objetivas y subjetivas de la revolución social, tanto más "puramente" podrá realizar el proletariado sus objetivos de clase. De este modo la transacción adquiere en la praxis el aspecto de un gran radicalismo, de un íntegro "mantener puros" los principios con vistas a los objetivos finales".

(En este contexto únicamente pueden ser englobadas, por supuesto, aquellas doctrinas socialdemócratas que de una manera u otra aún creen aferrarse a la teoría de la lucha de clases. Porque para los otros puntos de vista, la transacción no es ya un compromiso, sino una colaboración natural entre los distintos sectores profesionales para el bien de la comunidad, globalmente considerada).

Para Lenin, en cambio, la transacción se deriva directa y lógicamente de la actualidad de la revolución. Si el carácter fundamental de la época entera es la actualidad de la revolución, si esta revolución -tanto en los diversos países aisladamente considerados como a escala mundial- puede estallar en cualquier momento, sin que éste pueda ser previsto

con absoluta exactitud, si el carácter revolucionario de la época entera se manifiesta de manera inagotable en la creciente descomposición de la sociedad burguesa -a lo que se debe que las tendencias más diversas se sucedan y entremezclen permanentemente-, todo ello quiere decir, en fin, que el proletariado no puede comenzar y llevar a término su revolución en unas circunstancias "favorables", elegidas por él, teniendo, en consecuencia, que aprovecharse siempre de toda tendencia que, aun cuando sólo sea temporalmente, favorezca la revolución o, por lo menos, debilite a sus enemigos.

Anteriormente citamos algunos pasajes de Lenin de los que se desprende lo escaso de las ilusiones que -aún antes de tomar el poder- se hacía sobre el ritmo de realización del socialismo. Las siguientes frases, tomadas de uno de sus últimos trabajos, escrito después del período de las "transacciones", indican con la misma claridad que esta previsión jamás significó para él una interrupción de la actividad revolucionaria: "Napoleón escribió en una ocasión: On s'engage et puis on voit. Lo que libremente traducido significa que "primero hay que entablar seriamente el combate y luego se verá todo lo demás". así libramos nosotros también un serio combate en Octubre de 1917 y luego hemos ido viendo algunos de estos detalles (desde el prisma de la historia universal evidentemente sólo unos detalles), como la paz de Brest o la "nueva política económica"", etcétera.

La teoría y la táctica leninistas de las transacciones no son, pues, sino la lógica consecuencia objetiva de la visión marxista y dialéctica de la historia, según la cual son los hombres, desde luego, quienes hacen la historia, pero no en circunstancias elegidas por ellos mismos. Es el fruto de la conciencia de que la historia está produciendo siempre lo nuevo; que, en consecuencia, estos instantes históricos, punto de intersección momentáneos de diversas tendencias, no regresan jamás en idéntica forma; que tendencias, en fin, que hoy pueden favorecer a la revolución mañana pueden serle funestas y viceversa.

He ahí por qué en Septiembre de 1917 Lenin propuso a los mencheviques y a los socialrevolucionarios, basándose en el viejo lema bolchevique "Todo el poder a los soviets", actuar en común, es decir, llegar a una transacción. Sin embargo, ya el 17 de Septiembre escribía: "Al final es ya demasiado tarde para proponer un compromiso. Incluso puede que los pocos días en que aún parecía factible una revolución pacífica hayan asimismo pasado ya. Sí, todo parece indicar que han pasado ya". La aplicación de esta teoría a Brest-Litovsk, a las concesiones, etc., se explica por sí misma.

Lo profundamente que la teoría leninista de las transacciones se basa en su visión central de la actualidad de la revolución aún se evidencia quizá más claramente en sus luchas teóricas contra el ala izquierda de su propio partido (después de la primera revolución y después, asimismo, de la paz de Brest en el contexto ruso, y en los años 1920 y 1921, en el contexto europeo). En estos debates la consigna de los radicales de izquierda era el rechazo de toda transacción por cuestión de principios. Y la tesis polémica de Lenin insiste, en lo esencial, en que el rechazo de todo compromiso equivale a evadirse de las luchas decisivas, implicando dicha concepción un derrotismo respecto de la revolución.

Porque toda verdadera situación revolucionaria -como lo es paradigmáticamente la nuestra, según Lenin- se manifiesta en el hecho de no haber campo alguno de la lucha de clases en el que no vengan contenidas posibilidades revolucionarias (o contrarrevolucionarias). El verdadero revolucionario es, pues, el que es consciente de que vivimos en una época revolucionaria y extrae las consecuencias prácticas de ello, considerando siempre el conjunto de la realidad histórico-social desde este punto de vista, atendiendo intensivamente a todo, a lo grande y a lo pequeño, a lo usual y a lo inesperado, en función de su importancia revolucionaria -y sólo en función de ella.

Cuando Lenin calificaba al radicalismo de izquierda de oportunismo de izquierda, aludía penetrante y acertadamente a la común perspectiva histórica de dos corrientes tan opuestas en todo lo demás, de las cuales una abomina de toda transacción y otra, en cambio, ve en la transacción un principio de "realpolitik" opuesto a la "rígida fidelidad a los principios dogmáticos". Perspectiva histórica común que cabe cifrar en un determinado pesimismo respecto de la proximidad y actualidad de la revolución proletaria.

De esta manera suya de rechazar ambas tendencias partiendo de un mismo principio, se desprende que la transacción de Lenin y la de los oportunistas no tienen en común más que el nombre, un nombre que designa realidades radicalmente distintas y que, en consecuencia, encubre conceptos radicalmente distintos.

Un conocimiento adecuado de lo que Lenin entiende por transacciones y de la fundamentación teórica de la táctica de las mismas es de capital importancia para la adecuada comprensión de su método y, asimismo, de singular importancia a efectos prácticos. La transacción no es posible para Lenin sino en interacción dialéctica con la fidelidad a los principios y al método del marxismo; en la transacción se evidencia siempre el próximo paso real de la realización de la teoría del marxismo.

De manera similar a como esta teoría y esta táctica han de diferenciarse de toda asunción rígidamente mecánica de los primeros principios, han de librarse en todo momento de caer en una "realpolitik" esquemática e invertebrada. Es decir, que para Lenin no basta que sean justamente percibidas y valoradas en toda su facticidad tanto la situación concreta en la que hay que actuar como las relaciones de fuerza concretas que determinen la transacción y la necesaria tendencia evolutiva del movimiento proletario, que condiciona su orientación, sino que considera, ante todo, que constituye un gran peligro práctico para el movimiento obrero que semejante comprensión exacta de la realidad no entre en el marco de un conocimiento adecuado del proceso histórico en su totalidad.

He ahí por qué Lenin aprobó la conducta práctica de los comunistas alemanes frente al "gobierno obrero" proyectado después del fracaso del putsch de Kapp, es decir, la llamada a una oposición legal, reprochándoles, sin embargo, al mismo tiempo, de la manera más severa, que esta táctica, en sí misma justa, se hubiera apoyado en una perspectiva histórica falsa, llena de ilusiones democráticas.

La unificación dialécticamente justa de lo general y de lo particular, el reconocimiento de lo general (de la tendencia general básica de la sociedad) en lo particular (en la situación concreta) y la concreción de la teoría que se deriva de ello constituyen, pues, la idea clave de esta teoría de las transacciones. Los que no ven en Lenin sino un "político realista" inteligente y en ocasiones incluso genial, desconocen por completo la esencia de su método. Pero los que creen encontrar en sus decisiones "recetas" aplicables a toda coyuntura y "fórmulas" para una conducta práctica adecuada, aún lo desconocen más.

Lenin jamás expuso "reglas generales" de posible "aplicación" a toda una serie de casos. Sus "verdades" surgen del análisis concreto de la situación concreta con ayuda de la interpretación dialéctica de la historia. De una "generalización" mecánica de sus gestos y decisiones no puede obtenerse sino una caricatura, un leninismo vulgar; es el caso, por ejemplo, de aquellos comunistas húngaros que en una situación enteramente distinta, cuando la respuesta a la nota de Clemenceau en el verano de 1919, trataron de imitar esquemáticamente la paz de Brest. Porque, como Marx censura en Lasalle: "...el método dialéctico es aplicado falsamente. Hegel jamás llamó dialéctica a la integración de una masa de "casos" en un principio general".

El hecho de tener en cuenta todas las tendencias existentes en cada situación concreta no significa, en modo alguno, que todas ellas hayan de gravitar con igual peso en la balanza de las decisiones. Todo lo

contrario. Cada situación tiene un problema central, de cuya resolución dependen tanto los otros problemas contemporáneos, como el desarrollo ulterior de todas las tendencias sociales en el futuro. "Hay que captar en todo momento -dice Lenin- el eslabón especial de la cadena al que es preciso aferrarse con todas las fuerzas para sujetar la cadena entera y preparar el tránsito al eslabón siguiente, con lo que la sucesión de los eslabones, su forma, su encadenamiento, sus diferencias internas en la cadena histórica de los acontecimientos no son tan simples y faltas de sentido como en el caso de una cadena vulgar de las que fabrica el herrero".

Qué momento de la vida social es el llamado a adquirir en un instante dado semejante importancia es cosa que sólo la dialéctica marxista, es decir, el análisis concreto de la situación concreta puede ayudar a descifrar. El hilo conductor que nos permite encontrarlo es la visión revolucionaria de la sociedad como una totalidad en proceso. Porque únicamente esta relación con la totalidad confiere tal importancia en un momento dado al eslabón decisivo de la cadena: debe ser asido, ya que no hay otro camino para asir la totalidad.

De ahí que en uno de sus últimos escritos, en el que se ocupa de las cooperativas, subraye Lenin este problema con especial energía y concreción, indicando que "mucho de lo que en los sueños de los viejos cooperativistas no era sino fantasía o romanticismo malo, se ha convertido en la más cruda realidad". Y añade: "En realidad, sólo una cosa nos falta: "civilizar" de tal modo a nuestra población que comprenda todas las ventajas de una participación personal en la cooperativa y se incline a colaborar en ella. Nada más, a decir verdad. Hoy no necesitamos ninguna otra sofisticación para proceder al tránsito al socialismo. Ahora bien, para que esto pueda ser conseguido resulta imprescindible un giro radical, un largo trecho de evolución cultural de la masa entera del pueblo".

No es posible, por desgracia, proceder aquí a un análisis de todo el ensayo. De ser factible, dicho análisis -como en el de cualquier otra medida táctica de Lenin- evidenciaría que el todo viene contenido en cada uno de estos "eslabones de la cadena". Evidenciaría también, que el criterio de la verdadera política marxista radica siempre en extraer dichos momentos del proceso general, concentrando en ellos un máximo de energía, momentos que -en un instante dado, en una fase dada- entrarían esta relación con la totalidad, con la totalidad del presente y con el problema central de la evolución futura y, por tanto, con el futuro mismo.

Este enérgico asimiento del siguiente, es decir, del eslabón decisivo de la cadena, tampoco significa que ese momento tenga que ser desgajado del todo y que los otros momentos hayan de ser descuidados por su culpa. Todo lo contrario. Sólo significa que todos los otros momentos han de ser puestos en relación con este problema central y han de ser comprendidos y resueltos en este contexto. La interrelación que entre si guardan todos los problemas no tiene por qué ser disminuida por esta concepción, una concepción que, por el contrario, la refuerza y hace más concreta.

Estos momentos deben su existencia al proceso histórico, a la evolución objetiva de las fuerzas productivas. Pero las condiciones de su reconocimiento y el consiguiente desarrollo ulterior de los mismos dependen del proletariado. La tesis básica, y ya varias veces citada, del marxismo, según la cual los hombres hacen su historia, adquiere una importancia creciente en la época de la revolución, una vez tomado el poder del Estado; por mucho que, desde luego, haya de ser dialécticamente completada por la inexcusable importancia de unas circunstancias no escogidas libremente.

Lo que en la práctica, significa que la función del partido en la revolución -la idea clave del joven Lenin- aún es más importante y decisiva en la época de transición al socialismo de lo que pudo serlo en el período de su preparación. Porque cuanto más activa se hace la influencia del proletariado y más aumenta y mayor es su influencia sobre la marcha de la historia, cuanto más decisivas resultan -en el buen y en el mal sentido- las decisiones del proletariado para él mismo y para la humanidad entera, tanto más importante es preservar en toda su pureza la única brújula que puede guiarnos en mar tan embravecido y salvaje, es decir, la conciencia de clase del proletariado, confiriendo una claridad siempre creciente a este espíritu, única gula posible en la lucha.

Esta importancia de la función histórica activa del partido del proletariado es un rasgo central de la teoría y, en consecuencia, de la política de Lenin, un rasgo al que no se cansó jamás de exaltar, subrayando su importancia en las decisiones prácticas. He aquí, por ejemplo, sus palabras en el XI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, cuando su polémica contra los enemigos de la evolución hacia un Capitalismo de Estado: "El capitalismo de Estado es un capitalismo al que podemos frenar y cuyas fronteras podremos delimitar siempre; un capitalismo estatal vinculado al Estado y el Estado son los obreros, el sector más avanzado de los obreros, la vanguardia, es decir, nosotros... Y cómo haya de ser ese capitalismo de Estado es algo que depende de nosotros".

De ahí que todo punto nodal de la evolución al socialismo sea siempre -y de modo decisivo- un problema interno del partido. Lo que está en juego es una ordenación de las fuerzas, una adecuación de las organizaciones del partido a su nueva tarea: influir sobre la evolución social en el sentido que se desprenda de un exacto y cuidadoso análisis de la totalidad desde el punto de vista de clase del proletariado. He ahí por qué ocupa el partido un lugar preeminente en la ordenación jerárquica de las fuerzas que constituyen el Estado -que somos nosotros. He ahí también por qué este mismo partido -dado que la revolución únicamente puede triunfar a escala mundial y dado que el proletariado sólo puede constituirse realmente en clase como proletariado mundial- está incorporado y subordinado, como sección, al órgano supremo de la revolución proletaria, a la Internacional Comunista.

La rigidez mecanicista que caracteriza a todos los oportunistas y pequeñoburgueses, verá siempre en estas conexiones contradicciones insolubles. Esta rigidez no podrá comprender nunca como los bolcheviques, después de "haber regresado al capitalismo", se aferran a la antigua estructura del partido, a la vieja "dictadura antidemocrática" del partido. No podrá comprender que la Internacional Comunista no renuncie un solo instante a la revolución mundial, que intente prepararla y organizarla con todos los medios a su alcance, al mismo tiempo que el Estado del proletariado ruso procura firmar la paz con las potencias imperialistas e intente que el capitalismo imperialista participe en la mayor cuantía posible en la reconstrucción económica de Rusia.

Tampoco podrá comprender que el partido se aferra inexorablemente a su rigor interno y procure consolidarse ideológica y organizativamente de la manera más enérgica, en tanto que la política económica de la república soviética se esfuerza sobremanera en que su alianza con los campesinos, a los que debe su subsistencia, no sea debilitada; en tanto, en fin, que la república soviética lleva camino de convertirse, a los ojos de los oportunistas, en un Estado campesino, perdiendo así progresivamente su carácter proletario, etcétera, etc.

La rigidez mecanicista del pensamiento no dialéctico es incapaz de comprender que estas contradicciones son contradicciones objetivas, contradicciones de la época actual; que la política del PCUS, la política de Lenin, sólo es contradictoria en la medida en que busca y encuentra las respuestas dialécticamente exactas a las contradicciones objetivas de su propio ser social.

El análisis de la política de Lenin nos lleva, en consecuencia, siempre a las cuestiones fundamentales del método dialéctico. Su obra entera no

es sino la aplicación consecuente de la dialéctica marxista a los fenómenos ininterrumpidamente cambiantes de una época de transición gigantesca, unos fenómenos que dan vida constante a lo nuevo. Pero como la dialéctica no es ninguna teoría hecha, susceptible de ser aplicada mecánicamente a los fenómenos de la vida, sino que existe como teoría únicamente en la medida de esta aplicación y en virtud de ella, el método dialéctico heredado de Marx y Engels ha ganado, gracias a la praxis leninista, en amplitud y plenitud, siendo asimismo superior su evolución teórica.

Está, por consiguiente, plenamente justificado hablar del leninismo con una nueva fase en la evolución de la dialéctica materialista. Lenin no se ha limitado a revitalizar la pureza de la teoría marxista, desfigurada y debilitada durante decenios por el marxismo vulgar, sino que ha hecho evolucionar el método mismo, confiriéndole mayor concreción y madurez. Y si ahora la tarea de los comunistas radica en seguir avanzando por la senda del leninismo, este avance únicamente será fructífero si procuran adoptar respecto de Lenin una actitud similar a la sustentada por Lenin respecto de Marx.

La forma y el contenido de este comportamiento vienen determinados por la evolución de la sociedad, por los problemas y deberes que el proceso histórico impone al marxismo y lo que determina su éxito es el nivel de conciencia de clase proletaria alcanzado por el partido dirigente del proletariado. El leninismo significa que la teoría del materialismo histórico aún se ha aproximado más a las luchas cotidianas del proletariado, que aún se ha vuelto más práctica de lo que podía serlo en la época de Marx.

La tradición del leninismo no puede, pues, consistir sino en mantener en pie -sin falsearla ni volverla rígida- la función viva y vivificante a un tiempo, creciente y a la vez enriquecedora del materialismo dialéctico. De ahí -repetimos- que Lenin deba ser estudiado por los comunistas de manera similar a como Marx fue estudiado por Lenin. Hay que estudiarlo para aprender el método dialéctico. Para aprender a encontrar lo particular en lo general y lo general en lo particular, gracias al análisis concreto de la situación concreta; a encontrar en el momento nuevo de una situación lo que la vincula al proceso anterior y en las leyes del proceso histórico lo nuevo que va surgiendo una y otra vez; a encontrar en el todo la parte y en la parte el todo; a encontrar en la necesidad de la evolución el momento de la acción eficaz y en el hecho, la vinculación con la necesidad del proceso histórico.

El leninismo implica un nivel de pensamiento concreto, del pensamiento no esquemático ni mecanicista no alcanzado hasta la fecha; un

pensamiento enteramente vertido a la praxis. Conservar esto es la tarea de los leninistas. Pero en el proceso histórico tan sólo puede conservarse aquello que está inmerso en una evolución llena de vida. Y semejante conservación de la tradición leninista es, actualmente, la tarea más noble para todo aquel que verdaderamente asuma el método dialéctico como arma en la lucha de clases del proletariado.